

REVISTA NACIONAL
DE

EDUCACION

Año I

NOVIEMBRE

1941

S U M A R I O

EDITORIAL

PENSAMIENTO ESPAÑOL

Antonio Tovar: *Preocupaciones sobre la enseñanza universitaria de la filología clásica.*

LETRAS

Concha Espina: *Tierras y mujeres.* — Joaquín de Entrambasaguas: *El paisaje imaginado (ensayos).* — Lorenzo Ríber: *Las confesiones de San Agustín.*

FILOSOFÍA

Eleuterio Elordúy, S. J.: *Aristóteles en la cultura occidental.*

NOTAS DOCENTES DEL EXTRANJERO

El Consejo Nacional de Educación en Portugal.

REPORTAJES

La Exposición Nacional de Bellas Artes.

CRÓNICAS:

Formación de los mandos en Alemania. — *Creación de un Parque en la Ciudad Universitaria.* — *Semblanzas del Movimiento.*

Documentación legislativa.

EDITORIAL



Ley de reforma.

OLVEMOS otra vez al tema universitario. Aún lo subraya más la actualidad, puesto que en estos días el ministro de Educación ha entregado solemnemente a los Rectores de todas las Universidades de España y a la Sección 1.^a del Consejo Nacional de Educación el anteproyecto de

Dijimos ya que el concepto de la nueva Universidad, tal como la Ley lo plantea, está determinado por la multiplicidad y riqueza de sus órganos funcionales. De todos ellos, el primero es la Facultad. La reforma quiere ser en este punto tradicionalista, y, por ello, da cierta jerarquía de prioridad al órgano universitario más viejo y en uso. Se conserva así la Facultad como órgano específico de la función docente universitaria en las diversas ramas de la cultura. Sólo a través de la Facultad, y mediante el curso sistemático de sus enseñanzas y pruebas, se alcanza la colación de los grados académicos de Licenciado y Doctor. Presupone, por tanto, la nueva Ley, que todos los aspectos del sistema son reglamentables de manera independiente, pero ella, a su vez, traza una serie de normas generales de extraordinaria novedad, que son, por así decirlo, los principios básicos de las Facultades todas.

Lo primero que salta a la vista es el afán del legislador por abarcar en los estudios facultativos, el programa total de la ciencia con un criterio universalista rigurosamente universitario. Las Facultades se multiplican así notablemente, en relación con las que existen en la actualidad. Por encima de todo, se hace patente el deseo de restaurar a la reina de las ciencias en el ámbito universitario.

El anteproyecto proclama la necesidad de que el Estado español, de acuerdo con la Iglesia, restablezca, en la medida de lo posible, dentro de las Universidades Nacionales, las Facultades de Teología y Cánones. Necesidad imperiosa de cultura, que además está exigida por lo más puro de nuestra tradición histórica universitaria, ya que, como justamente señalaba Menéndez y Pelayo, los más grandes vuelos científicos hispanos corresponden a las ciencias sagradas.

Aparte de la Facultad de Teología, que en el anteproyecto figura solamente como una ambición, se catalogan y definen las demás Facultades, partiendo de las que encarnan la ciencia pura en los dos sectores tradicionales. Tales son las Facultades de Filosofía y Letras y Ciencias. En el afán de acrecentar su contenido y precisar las especializaciones concretas, se determinan sus diversas secciones. La Facultad de Filosofía y Letras abarca seis. En primer término, la especialidad o Sección de Filosofía; en segundo lugar, la triple rama literaria o filológica, que exigen a una nuestra tradición científica e historia y los tiempos que vivimos: la Sección de Filología clásica, tan indispensable para la formación de humanistas, que a la par que pongan en marcha la investigación en este sector de la ciencia, dirijan y orienten al profesorado que la reclama la nueva enseñanza media; la Sección de Filología semítica, tan útil en el orden de la investigación hispánica, como propia de un país que históricamente se vinculó a lo islámico, y que aun hoy día ha de pensar en ello, mirando a sus colonias africanas; la Sección de Filología románica, propia de una nación cuya lengua y literatura es románica, y que tantas necesidades tiene en este aspecto de la cultura, no sólo en orden a la exaltación de sus letras y a la investigación concienzuda de la lengua nacional y de las regionales, sino en sus relaciones lingüísticas con los países del mundo latino. En fin, se consolida la Sección de Historia en toda su amplitud y en el conjunto de las disciplinas complementarias, pero se independiza de ella, en Sección aparte y nueva, la de Geografía. Es, acaso, el establecimiento de esta Sección, la mayor novedad de la Facultad de Filosofía y Letras. Pero su justificación es tan obvia en un país de tan gloriosa tradición geográfica como el nuestro, por desgracia interrumpida y en crisis, que a ningún espíritu culto puede extrañar esta bellísima iniciativa personal del señor ministro de Educación.

La Facultad de Ciencias aparece también reorganizada profun-

damente en las líneas generales que diseña el anteproyecto. Aparte de las tres viejas Secciones: Exactas, Químicas y Naturales, que se conservan, se instauran otras nuevas que responden a indudables exigencias de la vida moderna. Tales son las de Ciencias Físico-matemáticas, Físico-químicas y Químico-naturales. Más o menos, las dos primeras venían implícitamente a figurar en el plan de estudios de algunas Facultades de Ciencias, si bien no se habían sistematizado y establecido de manera fija y regular. La innovación es, sobre todo la última, que persigue una aplicación concreta de las ciencias de la naturaleza, un enlace y armonía de lo químico y lo biológico, un estudio de nuestras riquezas naturales con una nueva práctica, tanto en el campo de la investigación, como en el de la técnica.

En lo que toca a las Facultades de Derecho, el anteproyecto es también altamente renovador. Pretende, ante todo, desglosar de las viejas Facultades las disciplinas económicas, que por sí propias tienen suficiente entidad para formar una Facultad independiente: la Facultad de Ciencias Económicas. Este programa ya fué lanzado en España hace años por diferentes personalidades y corporaciones, como compendio y cifra de una necesidad cultural evidente: la de formar economistas, financieros, hombres de empresa y de negocios con solidez y extensión de conocimientos, cimentadas en la esfera universitaria. Pero, además, la propia Facultad de Derecho, que, naturalmente se mantiene, se bifurca en dos Secciones: una, propiamente tal, que formará a los alumnos en las disciplinas jurídicas generales y, principalmente, en el Derecho privado, y otra, nueva, que se titula de Ciencias Políticas, la cual pretende abarcar en la esfera profesional todas las actividades del Derecho Público.

Subsisten las Facultades de Medicina y Farmacia en el anteproyecto, y se agrega una nueva Facultad: la de Veterinaria, con lo que ascienden legítimamente a un primer plano estos estudios, preteridos y aun vituperados, que encierran un tan alto significado práctico en la vida nacional española, eminentemente agrícola y ganadera. Esta innovación permitirá la incorporación inmediata a la Universidad de las actuales Escuelas, su reorganización y revaloración, con lo que se da un primer paso en la integración o totalización universitaria que es norma del movimiento político e histórico en que vivimos.

De intento dejamos para el final de esta somera exposición del

primer órgano universitario, la Facultad, aludir al gran problema de salvar a las Universidades de la desintegración y dispersión a que las condenó el régimen liberal. En la Universidad ha de residir toda la cultura, toda la ciencia, tanto la pura como la aplicada, porque una y otra son hermanas que no pueden vivir disociadas y en divorcio, so pena de debilitación y de raquitismo. En su discurso de Barcelona, el señor ministro de Educación se refirió al proyecto de enlazar con la vida universitaria las Escuelas especiales de Ingeniería, enmarcándolas, sin mengua de su autonomía, en una Facultad llamada Politécnica, en la cual cada rama ingenieril figuraría como una Sección. ¿Han pensado los universitarios y los ingenieros, desapasionadamente, en esta coyuntura, la importancia de este proyecto y las altas conveniencias que para la cultura nacional significa?

Si esta incorporación de las Escuelas especiales se llevara a cabo, de una parte, y si de otra surgieran, como es de esperar, las Facultades de Teología, la nueva Universidad, sólo en lo que toca a su primer órgano, al específico de la función docente, se vería enriquecida de manera extraordinaria con un contenido cual nunca tuvo en ningún momento de la época moderna. Poseería nueve Facultades robustas y espléndidas, que, bien dirigidas, y dentro de un nuevo sistema de funcionamiento, regenerarían plenamente la cultura nacional. La formación científica, para la investigación y la capacitación de los profesionales, ganaría con ello notablemente, porque todas las ciencias vivirían en hermandad, sin que ninguna se desarrollara con excesiva aparatosidad a expensas del raquitismo de las otras, y sin que se alterara el régimen de sociabilidad necesario en las mismas ciencias para su progreso.

Preocupaciones sobre la enseñanza universitaria de la filología clásica

LA labor filológica sólo puede realizarse como obra de grupo. Ni los más grandes cultivadores de la filología clásica pueden ser considerados como astros aislados que pasaron fugazmente.

Quizá nunca desde la desintegración de España en el siglo xvii, ha apuntado una tendencia a la formación de un grupo como ahora. La Universidad decayó a principios del siglo xvii, y nada ha podido en este sentido sustituirla. Ni las Academias del xviii, ni las imitaciones europeas del xix, pudieron reanimar nuestros estudios, prematuramente interrumpidos. Y precisamente sobre la Universidad puede organizarse de nuevo un grupo que rehaga su continuidad.

Salamanca es, sin duda, uno de los centros más indicados para que un grupo filológico desarrolle su actividad. De momento, no puede pensarse en España en que cada cátedra universitaria de estudios clásicos tenga un Seminario y Biblioteca completos. Por otra parte, la organización de las Facultades de Filosofía y Letras que en provincias dedican su actividad a la Historia y orientan a los alumnos en este sentido, no permitiría la formación de filólogos. Descartada también la Facultad de Granada, que, por situación y tradición se dedica a los estudios árabes, quedan Madrid, Barcelona y Salamanca para los nuestros.

En Madrid, la existencia del Instituto Nebrija, con su Biblioteca, su revista y publicaciones, impone la continuación de estos estudios y su continuo acercamiento a la Universidad. La misma orga-

nización centralista de nuestra enseñanza y el privilegio de Madrid para conceder el grado de Doctor, exigen que el centro de nuestros estudios sea en Madrid donde se mantenga. Por eso, las publicaciones del Instituto Nebrija son las que deben tener el carácter de centrales, de instrumentos de unión, donde converjan los esfuerzos para levantar en España nuestros estudios. Pero en este orden, a Barcelona y Salamanca les corresponde su papel. Barcelona, porque en los últimos lustros había desarrollado un gran esfuerzo, que no por mal encaminado, por equivocado en el orden político y por ligero en el científico, ha dejado de significar una ambición respetable. La colección Bernat Metge ha sido el índice de una actividad que, aunque no demasiado profunda, sino más bien dependiente de trabajos extranjeros, concretamente de la Colección Guillaume Budé, ha acostumbrado, en cierta medida, al público y al comercio de libros, a la presencia de los clásicos griegos y latinos. No creo yo viable una colección bilingüe como la Bernat Metge, no ya en catalán, sino en español mismo. Contra la misma modelo francesa, la Colección Budé, tengo reparos muy serios que hacer. Una colección bilingüe acostumbra a mirar la lectura de los clásicos con demasiada ligereza. La comodidad de la traducción al lado, les quita a los clásicos esa dificultad, que, a veces, es su mayor encanto, y que siempre es lo que exige el estudio de otros textos, que puedan explicar el punto difícil y la ampliación de conocimientos filológicos. La traducción al lado quita a los descubrimientos sus encantos, sin contar con que la inercia puede llevar al lector por el camino más fácil, que casi nunca puede ser lo bastante fiel, porque el texto griego o latino más sencillo, traducido, pierde siempre lo que le hace problema, es decir, cosa interesante.

Pero las publicaciones de Bernat Metge han creado, por reducido que sea, un ambiente, y lo que es más, unos instrumentos de trabajo y un material editorial cuya inutilidad sería desdoro de nuestra ciencia y de nuestro régimen consentir. La insuficiencia editorial que encontramos en Madrid y que nos hace tan difícil continuar nuestras publicaciones, podrá compensarse utilizando los medios que nos ofrece Barcelona.

Sería, además, poco conveniente que estos elementos materiales que existen en Barcelona, abandonados a sí mismos, fueran puestos en movimiento por iniciativas incompletas y parciales, que dividieran lo que debe ser un esfuerzo único para el resurgimiento español de los estudios clásicos.

Por lo que hace a Salamanca, no podemos menos de lamentar que la marcha política de España durante tres siglos la haya impedido mantener una tradición que la hubiera hecho equivalente a Oxford. Sin embargo, la Facultad de Filosofía y Letras posee una Biblioteca que puede ser una buena base de trabajo. Los inapreciables fondos antiguos, los manuscritos, que, aunque no muchos en número, pueden bastar a los alumnos en el estudio de la paleografía y la crítica textual, puede convertir a Salamanca, junto a Madrid y Barcelona, en nuestro tercer centro de estudios clásicos.

Ahora bien, considero vital para la organización de éstos, que se mantenga la más estricta unidad y espíritu de colaboración. Incluso razones económicas nos obligan a ello, y las mismas compras de libros, hoy tan difíciles, deberán hacerse de acuerdo, para evitar repeticiones innecesarias.

Salamanca, por ello, habrá de trabajar en la más estrecha relación con Madrid. Los trabajos que salgan de aquella Universidad, será alrededor de Madrid, donde se centren y en las colecciones de Madrid donde se publiquen. Es verdad que ello privará, de momento, a aquella Biblioteca de las ventajas de intercambio; pero todavía no está en España el trabajo organizado de tal forma que podamos pensar en publicaciones nuevas.

La organización en Salamanca de un Seminario de Filología clásica tendrá la ventaja no sólo de darle a aquella Universidad algo de lo que, por tradición, le corresponde, sino de crear un núcleo que pueda servir a Madrid para suministrarle colaboradores. A Salamanca, por otra parte, es a la Universidad a que corresponde una cátedra de Latín, orientada hacia los estudios clásicos, que han tenido allí representantes como León de Castro, el Brocense y antes Nebrija y el Pinciano. Si hay un sitio donde la idea grecolatina y puramente clásica de una cátedra tenga su sede apropiada, es pre-

cisamente la Universidad de Salamanca. Sus propios Archivos y su Biblioteca son más bien propios para continuar la labor de aquellos sabios que para descubrir códices medievales y estudiar siglos que pueden entregarnos aún secretos nuevos, pero que lo humanistas salmantinos hubieran —injustamente— llamado «bárbaros».

Así entendida la relación entre Salamanca y Madrid, la existencia de un sentido nacional, central, en la enseñanza, no elimina centros vivos en las Universidades de provincias, centros de gran interés para nuestra enseñanza y para la cultura nacional. La existencia de estos centros provinciales puede compensar la excesiva atracción que ejerce Madrid y favoreciendo la existencia de Bibliotecas que sean suficientes para el trabajo y la investigación científica, asentará establemente al profesorado en Universidades provincianas dignas de mejor suerte.

Por lo demás, es evidente que *Emérita* es la única revista de filología clásica que pueden editar las Universidades españolas. Se dirá que es algo heterogénea y que la filología propiamente dicha, la lingüística y las noticias críticas de libros, se mezclan, sin distinción ninguna. Incluso, a veces, ha recogido *Emérita* inscripciones y temas casi arqueológicos; pero no ha llegado el momento de especializarla. Para los españoles, tiene que ser juntamente *Glotta* y *Hermes*, y a la vez, *Gnomon*, reuniendo cosas que en otros países se separan. Nuestros mismos docentes han de ser menos especialistas que en otros países, ya que no podemos permitirnos el lujo de especializar a un profesor para una sola cosa, y más si tiene que marchar a desarrollar su actividad a una Universidad de provincias. Quizá esto tenga la ventaja de sacar a la filología de la especialización excesiva, que, por excesivo afán de perfección, impide la realización de grandes obras. Piénsese, por ejemplo, en la desesperante lentitud con que van apareciendo las *Moralia* de Plutarco, en la colección Teubner. Los nuevos métodos de crítica textual no se pueden aplicar con rigor, sino a obras de corta extensión. No hay ahora en el mundo, editor capaz de atreverse a la edición completa de Cicerón, por ejemplo. Los grandes corpus textuales tenemos que manejarlos en ediciones antiguas o resignarnos a irlos recibiendo en fascículos, que no llegan a com-

pletarse nunca. No es que esto sea una crítica negativa; el rendimiento de esta lenta meticulosidad es superior al del apresurado siglo XIX; pero no ha llegado la filología en España a poder permitirse el lujo de trabajar con esta lentitud.

Eméríta, con su misma falta de especialización, representa muy bien la situación de nuestra filología. Sólo más adelante, después de unos años de actividad, cabrá pensar en alguna división.

Por ejemplo, separando de la revista la parte crítica y de vida diaria de nuestros estudios. A la manera como en Italia se reparten la *Rivista di filologia ed istruzione classica* y el *Bollettino*, la actividad, podrá la parte crítica llegarse a separar de *Eméríta* y constituir un pequeño boletín, de mayor frecuencia, que llevase a los centros de enseñanza española, con mayor vivacidad, noticias de nuestros estudios, y que fuese un órgano eficaz de mejora de la enseñanza y de modernización de la misma. *Eméríta*, descargada de esta parte ligera, y de lectura momentánea, dedicaría sus dos fascículos anuales completos, a publicar trabajos de investigación, e incluso podría llegar a desdoblarse en una revista de lingüística indoeuropea y otra de filología e historia clásica.

Pero todo esto, que podría proporcionar, en el futuro, cada uno de los tres centros de Madrid, Salamanca y Barcelona, una publicación que sirviese de índice de actividad y de instrumento de intercambio, había de fundarse en la más estrecha colaboración e intercambio, ya que lo más inútil de todo sería que terminaran por aparecer, simultáneamente, dos o tres revistas concurrentes, con el mismo terreno mezclado y sin la debida separación.

Sin embargo, en unos cuantos años, no puede hablarse de esta separación, y, de momento, la colaboración entre los tres centros en que habrá de organizarse el estudio universitario de la filología clásica, habrá de ser exclusivamente alrededor de *Eméríta*, en la que la primera tarea, después de mantenerla en vida, es publicar los tomos que no salieron por causa de la guerra, pero que se cuentan en la numeración de tomos corrientes.

Alrededor de *Eméríta* habrán de agruparse distintos grupos de trabajos. En primer lugar, la colección de clásicos, ya iniciada. Después,

los *manuales*, iniciados también y que pueden servir también para cubrir las faltas más urgentes en nuestra enseñanza universitaria. Otra misión de *Emérita* será la de publicar textos y documentos para la historia de nuestro humanismo, sección para la que hay anunciadas valiosas colaboraciones, entre ellas, la que hará volver a la luz una obra olvidada de Luis Vives, no incluída, hasta ahora, nunca en sus obras completas.

Queda fuera, y merecería una publicación, más o menos periódica, especial, todo el latín medieval, que en España es aun un campo que rendirá resultados sorprendentes, y que no puede mezclarse en la misma publicación, con la lingüística y filología clásica.

Por último, *Emérita* puede servir de núcleo a una publicación que es urgente en España y que es preciso emprender: una colección de manuales, que pongan al alcance de nuestros estudiantes universitarios y profesores de enseñanza media, lo más fundamental y preciso de nuestra ciencia. Aparte las ventajas de orden práctico y el inmediato levantamiento del nivel medio de nuestros estudiantes, la ordenación en una pequeña enciclopedia sistemática de los conocimientos filológicos modernos, tendría el inmenso valor de fijar las líneas en que, forzosamente, la filología española habría de moverse durante años. Es decir, que la publicación de esta enciclopedia, empresa que podría coronarse en unos años, debe ser realizada por el Instituto Nebrija y vigilada por *Emérita* cuidadosamente, si interesa a este organismo del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, como moralmente debe interesarle, la dirección de estos estudios, que han estado en España postrados durante siglos, y que sólo por impulso dirigido por el Estado puede volver a tomar fuerza y hacerse dignos de su tradición.

La enciclopedia que se propugna para nuestros estudiantes, tiene que comprender las diversas secciones de nuestra ciencia con un criterio escolar, de resumen «aprendible», que represente un mínimo de conocimientos exigibles en un examen final de Licenciatura. No es, precisamente, algo del estilo de la *Einleitung in die Altertumswissenschaft* de Gercke-Norden lo que se propugna: en esta magnífica publicación, a la que contribuyen los mayores especialistas de nuestro

tiempo, predomina el tono de síntesis, de ojeada a los problemas, de orientación para sugerir temas de investigación; nuestra enciclopedia *Eméríta* habrá de tener un tono, forzosamente, más modesto; quizá, a veces, hasta con más extensión; pero siempre escolar, práctico y de estudio: cada cuestión llevará bibliografía; poca, pero muy escogida; el autor se permitirá pocas opiniones personales de detalle; la ordenación de los asuntos será rigurosa.

La enciclopedia podría organizarse —y tórnense estas notas como completamente rectificables— en diversas secciones. Por no hablar del *Handbuch*, de Iwan Müller-Otto, que es un modelo de sistema, ya en pequeños manuales, como en el tan conocido de Laurand (del que hubo traducción española) y los ingleses *A companion to Greek studies* y *A companion to Latin studies*, Cambridge, el sistema tiene precedentes. Ahora bien, podríamos aspirar a una cierta originalidad, en las líneas que me parecen hoy las más adecuadas para organizar nuestros estudios clásicos.

Conforme a este concepto, la enciclopedia constaría, básicamente, de dos gramáticas completas, pero de estudio, del latín y del griego. En extensión y orientación, un modelo excelente podría ser la *Historische griechische Grammatik*, de Kieckers, que se compone de cuatro pequeños volúmenes de la colección Göschen. Como complemento de estas gramáticas, y con extensión no mayor, una introducción a la gramática comparada de las lenguas indoeuropeas sería de la mayor utilidad. Por último, criterio a seguir en esta introducción, o bien materia para un trabajo de orientación en estos problemas, sería el de una continua atención hacia las cuestiones de sustrato mediterráneo, de toponimia, de lenguas prehistóricas de la Península y Africa, invitaciones al vasconce, bereber; campo donde caben descubrimientos y ampliaciones a la filología de un siglo de indoeuropeísmo.

Con estos tres o cuatro manuales, quedaría completa la base lingüística para nuestros estudiantes. Manuales de literatura griega y latina, de Historia griega y romana y del Imperio romano, de Arqueología, Numismática, Epigrafía, Geografía antigua del Mediterráneo, Religión y Mitología, Derecho, serían base de estudio, sin

la que nuestros estudiantes sólo pueden conseguir una preparación deficiente.

La paleografía, orientada hacia los textos, habría de ofrecer, en dos atlas, un mínimum de facsímiles, que sirviesen de base a un estudio de iniciación, por desgracia aún alejado de nuestra enseñanza universitaria.

En España existe, sin duda, el núcleo de personas dispuestas a realizar este trabajo. No podemos aspirar, naturalmente, a ofrecer obras de suprema síntesis, resultado de toda una existencia dedicada a una especialidad, como son, por ejemplo, *die Griechische Sprache* de Kretschmer, en la *Einkl.* de Gercke-Norden, o la *Literatura Griega* de Wilamowitz, en la colección *Die Kultur de Gegenwart*. Pero sí estamos en condiciones de ir preparando, al lado mismo de la enseñanza universitaria, y como resultado de ella, manuales de estudio, resúmenes que recojan la problemática de una rama de nuestra ciencia, las indicaciones bibliográficas indispensables, el esqueleto de conocimientos precisos y exigibles a un licenciado.

En lo posible, habrán de utilizarse algunos libros ya existentes, remozándoles y poniéndoles al día. Así se puede hacer, y puede hacerse en un curso universitario, con la *Literatura Latina* del que fué catedrático de Madrid, González Garbín. Es una obra anticuada, pero susceptible de utilización: en extensión y contenido coincide exactamente con lo conveniente para la enciclopedia, y se podría publicar rápidamente, con lo que sería un modelo para los siguientes volúmenes.

Pero existen en España personas capaces de realizar la empresa. Ha sido ya posible recoger ofertas numerosas de colaboración. Con esta colaboración sería posible ofrecer, en unos años, a nuestros estudiantes, el material de estudio que necesitan. La enciclopedia tendría unas anchas perspectivas, tanto en el orden cultural, como en el económico, pues conquistarían los centros docentes de habla española, donde se estudia la cultura clásica.

Tal vez pueda sonar a pretencioso el exponer, en un simple ensayo, un plan aún absolutamente por realizar, y al que la aportación de una sola persona es insuficiente; pero el problema de los

libros de estudio es el primero con que, en las actuales circunstancias de la economía nacional, se tropieza en la enseñanza, y, por ello, no debe faltar esto en las preocupaciones de todos los catedráticos. Y el problema del texto no puede estudiarse aisladamente, sino en conjunto, con la ambiciosa idea de que la filología clásica es una unidad en la que hay especialidades, pero no ramas separadas. Por eso, el problema de los libros de estudio, es de conjunto, y sólo con una idea de enciclopedia puede ser afrontado. Como todo lo planeado, en la realización, este plan de enciclopedia puede ser modificado y corregido. No es una idea nacida, ya armada, como Minerva.

Para concluir, expresaré mi esperanza en la terminación de un diccionario latino-español, que modernice el de Raimundo Miguel y dote a nuestra lengua de un instrumento de trabajo comparable al diccionario inglés de Lewis-Short, en el que la parte etimológica no sea abandonada tampoco, y se utilicen los resultados conseguidos por Ernout Meillet y por Walde. Es de lamentar que el intento que se hizo de adquirir los derechos del viejo de Miguel, para remozarle y darle continuidad, fracasara. Esta modernización de diccionarios y manuales de estudio, debería hacerse frecuente en España, en vez de seguir una rutina invariable o condenar al olvido cosas estimables: la utilización de todo lo no caducado, es la única salida del dilema.

ANTONIO TOVAR

LA Falange es la servidora de dos extremismos, de dos misticismos: el de la permanente revolución cristiana y civilizadora y el de la presente revolución moderna, reivindicadora y popular. La Falange puede limpiar, fijar y dar esplendor a cuanto hay de sucio, incierto y deformado y opaco en izquierda y derecha, pero que en izquierda y derecha responde a raíces profundas, mal cultivadas, desarrolladas en árboles viciosos y torcidos. De esta doble corrección nace la integridad del Estado nuestro, que se liga por sus dos extremismos al fondo de un país que, en gran parte, se conserva tradicional y católico, y al fondo de un país que, por otra parte, hierve de reivindicaciones modernas y populares. Alía de este modo la Falange, en su revolución ordenada, conciencia de modernidad y conciencia de eternidad, o sea, plenitud de conciencia histórica.

JOSÉ
ANTONIO

Tierras y mujeres

A UN no danzan las hojas del otoño, en gemidor tropel, como otros años acontece, por las lindes estas de octubre, en las rutas de Cantabria.

El ábrego las acaricia todavía con un soplo agostizo y suave, firmes en su tallo, perdidos apenas la tersura y el color. Estas hojas que, como las golondrinas, van y vienen, por misteriosos derroteros, en el rolde constante de los meses, alrededor del campo montañés.

Aún la tristeza toñal no ha tendido aquí, según acostumbra, el espléndido manto de su melancolía. Viajan las nubes muy altas por el cielo, despejando los caminos al sol, y muy limpios los aires por el monte, libertando a las cumbres de la niebla.

En las mieses rubias, en los valles hondos, en las hoces ásperas, tiene la luz el inefable resplandor de unos ojos enamorados que se despiden: en la costa brava, todo el celaje es un zafiro inmenso que se mira en el mar.

Con afanes, también de despedida, anduvimos ahora unas sendas calladas y apacibles: Luzmela, Ontoria, Santibáñez, Cos, Ruento, Cintul; pueblecillos silenciosos, tierra adentro, al borde antiguo de la calzada, en el fondo de una mies, a la orilla de los ansares, entre herlechos y zarzamorras.

Estos son los famosos «caminos de la Montaña» de Amós de Escalante, los que sorprenden y maravillan a Ortega y Gasset, con su acento heráldico, la remota voz de los escudos, los pétreos blasones erguidos en el hastial de las casonas solariegas, de los palacios viejos: mansiones linajudas, a veces torreadas con orgullo de muchas estirpes, siempre señoriales, y que vienen a ser aquí los castillos de la otra Castilla.

Parece que están muertos o ensoñados; la madre selva los aroma con su flor, que aquí se dice, devotamente, «lámpara de Jerusalén»;

el bosque los vigila, el río les cuenta el eterno escucho de su fugacidad.

Tienen estas aldeas de la Montaña, en el centro del poblado, en lo que pudiéramos llamar su corazón, un templo, siempre decoroso, con guarecido portal, y un cementerio a la sombra de la espadaña y la cruz. Los muertos, sabemos bien que reposan allí; pero los vivos, ¿en qué senderos luchan o se esconden?

El viandante forastero se lo preguntaría, con asombro rayano en estupor, ya que ni un paso, ni una palabra, ni un cantar, suele decir la vida de tales vecindarios, cuando se cruza las camberas aldeanas entre espinos florecientes o se descansa en «el corro», el lugar del baile dominguero, junto a la bolera ensombrecida por los castaños.

Nosotros, los indígenas, sabemos que existen detrás de los cerrados huertos y de las herméticas corraladas, unas cocinas hondas, unos portales abiertos al cobijo del ancho tejeroz, donde las mujeres cosen, cuidan las cunas y abastecen el llar cuando no trabajan los campos o «hacen leña en los montes».

Sabemos que hay una fuente donde las mozas cortejan al anochecer, mientras el agua ríe, insinuante, en la boca del cántaro burlón.

Sabemos también que en las escondidas socarrenas hay unos hornos primarios, donde unos alfareros hacen, con el barro cocido, tradicionalmente, unas singulares vasijas muy útiles y clásicas; como hay, asimismo, unos modestos talleres para labras de nogal y abedul, una industria célebre en la artesanía de hacer almadreña, zapitas, colodras, bastones y otros objetos menudos, en una talla originalísima y secular: cuando el cultivo trabajoso de la tierra consiente, a los pocos hombres que la habitan, dedicarse a otro quehacer.

Así, lo mismo que en el resto de Castilla y que en León, la mayoría de los hombres, la flor de la juventud, emigra huyendo de las infecundas labores, hermanas de la pobreza miserable. La Argentina, Cuba y el Brasil, conocen hoy el paradero de muchos labrantes montañeses: cientos de vidas anónimas, que trituran cada año las enormes fauces de América.

Y Cantabria, igual que otras regiones españolas, tan infelices aunque menos bellas, se van quedando a solas con las mujeres y los niños, frente a las luchas y el dolor, en el fondo de los pueblecillos mudos y blasonados, donde tiene el cantar de las aguas un penetrante rumor de escucho y se perciben en el viento voces y sus piros de infinita pesadumbre.

En vano quisiéramos descubrir, al través de los pueblos montañoses, lo mismo en la costa que en el valle, la gracia de la campesina en todo su esplendor.

No; estas mujeres sufren, por lo común, la tristeza como una inquebrantable realidad, como una investidura de hidalguía, sigue de alta predestinación. Cuando la mocedad o los amores les hace sonreír, siempre será de un modo pensativo; nunca la pena estará ausente de estos ojos grandes y dulces, llenos de inquietud, donde se refugia, con tremenda expresión, toda la melancolía del Norte.

La vida difícil en el hogar, las nubes adustas en el cielo, las olas crespas en la orilla, el atavismo de una raza, independiente y noble, producen aquí estas mujeres sufridas y cristianas, hermosas y tristes, ignorantes de la movilidad juvenil que admiramos en las andaluzas adornadas de flores, vestidas con percales vistosos, cantarinas como los pájaros al sol; ni del hechizo que producen las «donas» catalanas haciendo encaje en la ribera de su apacible mar, con las manos finas, erguido el busto, colmados los ojos de esperanza y de luz.

No; las mujeres de estos caseríos norteños, asomados al duro cantil, hundidos en la hoz, sembrados en la llanura de la mies, no saben manejar rosas ni encajes, no dominan la palabra ocurrente ni el gesto feliz. Son criaturas interesantes y fuertes, de una belleza algo esquiva y misteriosa, de un carácter reservado y profundo. Labradoras o sardineras, pescantinas y menestralas, se entregan a los trabajos más penosos con un heroísmo absoluto y fatal muy español, más admirable en ellas, porque no son inconscientes, como en otras regiones incultas, donde la esclava del terruño vive ignorante de su derecho social, sumida en el sopor del instinto y la costumbre libre de ensueños y quimeras.

Mas no así en el pueblo montañés, el que menos analfabetos cuenta en España, el que pone, con muy recias codicias, la mirada y el corazón en todas las cumbres y sideales, y enseña a la más humilde mujer el tentador camino de las altivas ilusiones, el remoto confín de la ventura inasequible.

COLOFÓN

En esta tregua del otoño, cuando ya se avecinan los cierzos y las brumas; cuando para marchar de aquí sólo esperamos que se nubie el sol, ofrecemos una reverente amistad a nuestras hermanas montañesas, las más pobres y oscurecidas, éstas de los ojos pensativos y tristes, que, en las noches temerosas de invierno, cuidan las cunas, alimentan el llar y dicen romances y oraciones con una misma extraña devoción.

CONCHA ESPINA

El paisaje imaginado

(ENSAYOS)

INICIACION EN EL PAISAJE

LA Naturaleza es, acaso, excesivamente pródiga en sus manifestaciones. Da todo; y *dar todo* es equivalente casi siempre a *dar nada*. Su misma profusión neutraliza los efectos aislados de sus componentes y nos impide discernirlos. Este fenómeno antinómico se patentiza, más expresivamente que nunca, en la contemplación del paisaje. La multiplicación de excitaciones, anula la eficacia de cada una de ellas. De aquí, que la complejidad de la Naturaleza disminuya los valores de sus integrantes.

El paisaje, como valor humanístico, es imposible razonarlo en bloque. Requiere la desintegración de sus elementos, imprescindible para el análisis. No nos podemos conformar hoy exclusivamente con admirar y sentir el paisaje. Es necesario comprenderle y razonarle por vía analítica de valoraciones individualistas.

Las más perspicaces miradas panorámicas, no las logramos directamente. La amplitud formal de la Naturaleza, nos desorienta; nos impide saborearla desapasionadamente; saturarnos de ella con lentitud. La espléndida fecundidad estética de un paisaje, nos deslumbra, nos embriaga y no podemos apreciar sus matices esenciales. La multiplicidad de instantes de observación acaba por caotizar su sucesión, y retenemos entonces, desequilibradamente, lo superfluo, lo exterior, y, en cambio, dejamos escapar las diferenciaciones más valiosas.

No parece que la evaluación del paisaje, por lo que tiene de prehumano, requiriera un entrenamiento especial y pausado. Sin embargo, es así. Resulta totalmente imposible la contemplación íntegra de un paisaje para un no iniciado.

Y no debe extrañarnos esta paradójica comprensión de la natura-

leza a través de una graduación artificiosa, porque, precisamente lo natural en el arte es lo que sólo se logra a fuerza de depuradísimas mixtificaciones. Un dramaturgo solamente podrá darnos la realidad en escena, cuando, para él, esta realidad sea un verdadero sistema idealista. Si nos fuera dable plasmar la realidad pura en el Arte—sin que éste dejara de serlo—, los efectos serían contraproducente, y es probable que sólo lograríamos una calidad, más o menos destacada, de irrealismo; y seguro que la Humanidad tacharía semejante plasmación de fantástica, aunque la interpretara de continuo inconscientemente.

Lo mismo el paisaje podrá ser captado de manera única, por quienes tengan ya una idealización sistemática de cada uno de sus valores y cualidades.

Aun en la Naturaleza misma, será imposible valorar toda la emotividad estética de una nevada, sin la previsión de las tintas cálidas de la irradiación del estío. La perennidad de la eficiencia del contraste es innegable.

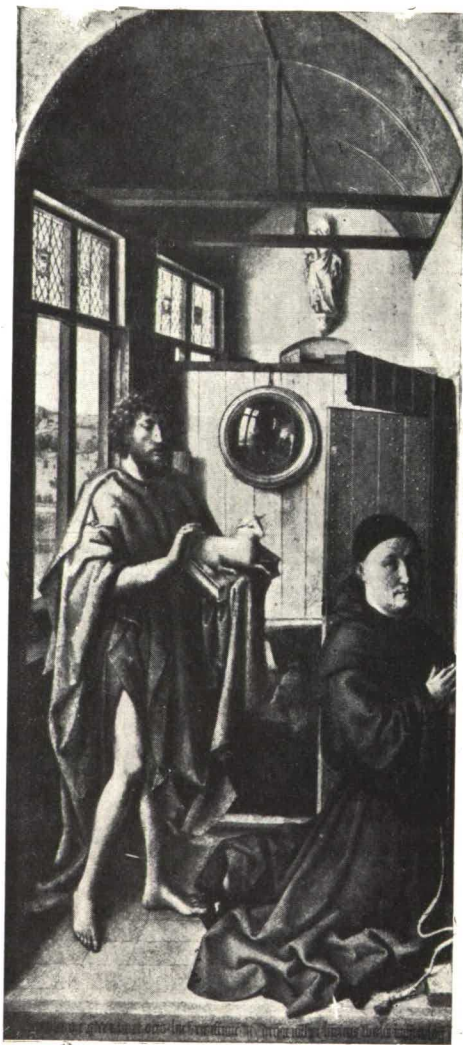
De aquí la importancia sin igual que revisten, para penetrar en la Naturaleza pura del paisaje, las creaciones humanas del paisaje imaginado, inexistente, del paisaje valor humanístico, que, teniendo perfectamente dosificados e individualizados sus integrantes, permite valorizar cada uno por sí propio. El será una beneficiosa manifestación de la diversidad de la Naturaleza, desde el punto de vista de someter a reglas todo aprendizaje. Todos los componentes de la Naturaleza llegarán a poseer sendos valores concretos y concentrados, y adquirirán especial carácter diferencial. En el paisaje real, un árbol podrá tener, a veces, sustantividad propia; pero, también a menudo, será un aditamento complementario de otra manifestación paisista: el marco del río, la tercera dimensión de un camino, acaso. En el paisaje imaginado, por el contrario, un árbol será siempre *el árbol*, pura y simplemente, porque este exclusivo valor de personalidad le ha querido dar el hombre. Así, podrá lograrse la distancia perfecta entre *el árbol* del paisaje imaginado y *los árboles* que enmarcan un río o refuerzan la perspectiva lejana de un camino en el paisaje real.



Paisaje de arquitectura.



Quintaesencia
de paisaje.



Tan es así, que el análisis del paisaje imaginado constituye, en puridad, una especie de aprendizaje en el conocimiento y diferenciación de las calidades de la Naturaleza. El paisaje, lo que se llama paisaje en toda su amplitud, viene a ser una antología de lo existente, y debe bastar esta consideración para que se juzgue indudable la necesidad de penetrar profundamente en cada uno de los componentes dissociables que la forman. Luego, lo interesante será tener una noción clara de cada uno de los valores paisistas.

La razón es bien concreta. El Arte tiende siempre a diferenciar y agudizar las características naturales. Sin la representación pictórica, por ejemplo, jamás se habría concedido, en realidad, a un pañuelo toda la fuerza de expresión que posee colgado artificialmente de la mano. Esta fuerza, hasta entonces diluída entre las cosas que la rodean, en lo existente sólo era apreciable por un espíritu determinado. Lo mismo las sensaciones más potentes de interpretación paisista, no las advertimos, muy a menudo, en la contemplación directa de la Naturaleza, sino ante un primitivo flamenco, o hasta ante un absurdo y convencionalista tapiz de caza, que coinciden en concentrar todo el valor de un panorama en el estrecho marco de un ventanal, cuyo alféizar hace destacar la luz dorada de tres naranjas o en una perspectiva limitada de escenografía.

Es evidente que el paisaje no tendrá un verdadero valor estético apreciable, mientras no alcance una completa plasticidad, irrealizándose. Nótese que toda la poesía renacentista tiende, de continuo, a transformar el paisaje real en paisaje imaginado. De la vida se puede intentar hacer un Arte, porque no lo es. Cuando el relieve sustituye al movimiento, es exactamente el instante de mayor aptitud para percibir el paisaje. El río necesita paralizar su corriente, convertirse en remanso, para provocar la sensación de una imagen estética en el observador, y luego hacer posible la correspondiente visión dinámica. Mientras el vendaval agita el árbol, no tiene éste categoría para ser juzgado como un factor estético; será una sucesión de momentos bellos, cuya rapidez en producirse los hace ineficaces, si no se ha observado cada uno de ellos aislados, o sea, el árbol inmóvil. Únicamente, al adquirir el árbol o el río una quietud

natural, la observación no se entorpecerá por deslumbramientos emotivos, y podrá penetrar hasta lo más íntimo de la expresión artística, del espacio que ocupan en la Naturaleza, y después, comprenderle, latiendo dentro de ella misma.

Fácil es deducir también, según esto, que la lejanía o proximidad del panorama, será un concurrente más, cuya influencia se dejará sentir profundamente en la apreciación plástica del paisaje. Al fin, no será otra cosa que la disminución o aumento de su movilidad: los primitivos paisajistas tenían ya esta conciencia estética de la perspectiva.

Sólo cuando distingamos perfectamente el valor concedido por lo humano a un camino o a una ladera en una representación plástica, podremos concebir, sin esfuerzo, el que posee en la manifestación viviente de la Naturaleza. Y es, que el paisaje real —excluyendo su vitalidad, como manifestación plástica solamente—, sin el fino cristal concentrador del comentario estético, se diluye en el espacio y no podrá ser captado íntegro más que por aquéllos que hayan adquirido una hipersensibilidad visual en la contemplación despa-ciosa y humanística de paisajes imaginados.

QUINTAESENCIA DE PAISAJE

La primera mirada crítica que nos sugiere un primitivo flamenco, es para el paisaje, acaso porque constituye el más perviviente de sus integrantes. Apenas nos situamos espectadores ante el cuadro, le echamos una rápida ojeada, más de inventario que de comprensión, y dejamos vagar la mirada —mirada indecisa, de miope— por el tablero pintado, hasta que, insensiblemente, se escapa de él, por la abertura del paisaje. Este es el momento en que comenzamos a ver la pintura. Ha sido preciso salirse de ella, rodearla del ambiente de la Naturaleza —su enlace con nosotros—, antes de penetrar en su interior.

Y es que, indudablemente, hay algo más, en la concepción pictórica de estos artistas primitivos, que los datos recogidos pacientemente por la erudición y las evaluaciones rigurosas de estética

pura. No bastan, por lo mismo que son totalmente admisibles en sus límites, la evolución histórica del paisaje en la pintura o el desarrollo progresivo de su técnica. Es necesario meditar también sobre el valor interpretativo que fué adquiriendo e intentar, al menos, comprender las múltiples necesidades estéticas y la gran inquietud panteísta nacida en el Renacimiento, que con este paisaje han satisfecho los primeros pintores flamencos, casi solamente estudiados desde el punto de vista hagiográfico o técnico.

El proceso mismo de la observación puede ser, sin duda, la guía más segura, más veraz, que conduzca al artista. Es más, sin percibir este proceso, se está a pique de dejar escapar mucho de lo que hay allí y es imposible ver en otra parte.

Hay gran intuición en ese recorrer vago de la mirada, como queriendo abarcar el cuadro por entero y, en realidad, buscando el paisaje, porque únicamente a través de él se puede sentir la vibración lejana de la pintura, la vibración que aún se percibe por aquella hendidura de la Naturaleza. El cuadro se preserva de toda indagación crítica por un cristal insospechado, intangible, pero también inviolable. La única puerta es el paisaje. En su perennidad, se ha concentrado todo el idealismo del artista, y él nos hablará, con sinceridad y elocuencia deslumbradoras, de cuanto fué imposible plasmar en la tabla pictóricamente.

En el resto del cuadro, es inútil buscar este idealismo que en el paisaje se revela, más por incontinencia del pintor que por voluntad de su mano. Sólo hay realismo y perfección; realismo en la idea y perfección en la técnica. Realismo y perfección en las figuras humanas, que no pudieron dejar de ser retratos. Realismo y perfección en los interiores, en esos interiores apacibles, confortables, donde encajan por igual las vidas semidivinas de los santos —santos de *bonhomie*, con algo de burgueses y nada de mártires— que las semihumanas de los mercaderes y cambistas, semíticos de orejas y de labios; ojo redondo, de rapiña, desconfiado y avizor tras las gruesas monedas, mal redondeadas, que acarician, pulen y resoban unos dedos garfieños, con temblor de avaricia y rigidez esquelética... Así es la vida real —vida flamenca de burgueses y mercaderes— que

reproduce el artista fielmente, devotamente, sin permitirse apenas manifestar su fantasía.

El verismo con que persigue el detalle, minucioso, sagaz, individualiza los accesorios. Un ropaje, un libro, un jarro afiligornado, una lámpara repujada, un capitel labrado, un extraño mueble de que no queda ni el recuerdo —*descubrimiento*, a veces, de un decorador moderno—, o una vidriera multicromática, se convierten, por la interpretación del autor, en verdaderas *personalidades* pictóricas, que llegan a igualarse a la figura humana —un accesorio más— y hasta superan, en emotividad y valor sensitivo, al asunto mismo, cuyo epicentro estético, a veces, se escapa de la crítica más penetrante.

Pero el artista no se conforma con esta interpretación tradicional de la vida humana. Otros impulsos y deseos nuevos tiene que satisfacer. Ha prendido en su alma la inquietud sensorial de la naturaleza humanizada, del destello de luz y de la ráfaga de viento de la innovación renaciente, que iluminan y aroman la Edad Media. Pictóricamente, se resuelve esto en una perspectiva del paisaje, nunca en un problema de claroscuros. El Arte de los primitivos pintores flamencos, no busca efectismos. Es concienzudo, como todo lo que cumple una necesidad estética propia. Pintan para sí. No puede nadie figurarse la venta coetánea de un cuadro de éstos. Se trata de afirmaciones o definiciones psicológicas, no de Arte mercenario. Ese es tal vez el secreto de su frescura y transparencia, que sobresalen aún a través de tantas incógnitas filosóficas como encierran.

Los espejos convexos —repetidos con especial agrado en estas pinturas—, especies de semiesferas que reflejan reducidísimos los personajes y los objetos del resto de la habitación, del otro extremo que enigmáticamente cierra el cuadro y se traslucen para el observador, conducen a idéntico fin que los paisajes. Primeramente, el artista demuestra que no teme *cerrar* su cuadro: Sabe que por donde se ha de penetrar en él, no es por el espacio que rodea el marco, sino por el paisaje del ventanal renacentista, en cuyo alféizar aparecen exóticos frutos y flores —naranjas, claveles—, un jarro de cristal, que, a veces, compite con el espejo convexo en reflejar una escena microscópica. Y también es el espejo convexo el alambique donde

se halla la quintaesencia del resto del interior, en un afán de estilizarlo, desvanecerlo de la realidad que aparece en lo demás.

Así, el paisaje de un primitivo flamenco no es otra cosa que el espejo convexo donde se refleja, quintaesenciado también, el resto del mundo —mundo dilatado, según los viajes y cultura del pintor—, la Naturaleza, «mayordomo de Dios».

El artista percibe sutilmente el valor de concentración expresiva que ha de dar a este pequeño fragmento de tabla, donde ha de verse reflejada la Naturaleza, como se ve la vida social del interior de las casas, reproducida en el espejo convexo del fondo de la estancia. Su problema —más de humanista que de pintor— es de representar tantos elementos como sean precisos, para tener una visión total, íntegra, de paisaje; pero dentro de un espacio tan reducido, que no puede permitirse repetir ninguno: un árbol ha de representar a todos; un río, igual; un edificio o un ser, exactamente lo mismo.

La primera utilización de estos escasos medios especiales es tan sencilla como hábilmente disimulada. El pintor aleja extraordinariamente la perspectiva. Ante los paisajes que contemplamos a través de los ventanales o de los intersticios de masas, en los primitivos flamencos, se extiende un llano inmenso, a veces, el «verde prado» de que habla el Marqués de Santillana, hasta dar la sensación de que el edificio al que pertenece el interior, se halla alejado de la ciudad, en medio del campo. Y si el artista quiere evitar este efecto con un paisaje urbano, su única solución es enfocar una calle a lo largo, casi en perspectiva caballera, trocando la distancia horizontal por un equivalente oblicuo. Paisajes urbanos, de éstos, hay algunos como contemplados desde una torre que estuviera en una plaza, precisamente en el lado contrario de la calle reproducida. Pero lo más corriente es el paisaje rural, de afueras de ciudad, ya mirando hacia ésta —horizontes de edificios, más en exposición de maquetas arquitectónicas, que en reducto urbano— o contemplando la campiña —multiplicación de faenas agrícolas y de zoología arbitraria, que delatan el afán de la pintura flamenca por los simbolismos de los elementos—. Este paisaje rural sin sol —sin sombras, mejor—, con-

templado en un día claro, pero gris, norteño, característico de la meteorología de la Europa septentrional y también del desdén del pintor por los efectismos y recursos artificiosos de su arte.

Sin embargo, nada más bellamente falso que estos paisajes quintaesenciados. Nada más calculador y cerebral que su amontonamiento de elementos cuidadosamente ordenados. Detrás de su aparente ingenuidad, se vislumbra al artista en horas de vigilia, de selección, proyectando, midiendo, calculando... Preocupación profunda de Arte honrado, sólido, como el de esas esculturas del Renacimiento, talladas con idéntica perfección, con igual inspiración, por el lado que presentan al espectador, que por el inútil, de frente a la hornacina. El Arte por sí mismo, para sí mismo...

Al observar aquellos edificios de heterogéneos estilos y diversas épocas, reclutados pacientemente por el pintor a lo largo de sus viajes, en calidad de representación sintética de cada lugar; aquellos árboles, algunos arrancados, por capricho del artista; de tierras brillantes de sol y pintados amorosamente, con superabundancia de flor y fruto —exceso, para ahuyentar la idea de invernadero—, antes de que agonicen bajo las nieblas y el cielo gris; aquellos riachuelos de agua fría y dura como el cristal, con burbujas y espumas estilizadas; encauzados por riberas extrañamente verdes y florecientes, que parecen primaveras sorprendidas por el invierno de lo demás; aquellos animales diversos mintiendo un desarrollo y profusión de fauna que no existe —pobre casa de fieras o museo de disecciones zoológicas—; aquellos hombrecicos o mujeres diminutas, que, para dejarse ver, han de refugiarse, más tarde, en un interior de Teniers o de Brouwer, atareados, casi siempre, con quién sabe cuáles ocupaciones, imposibles de percibir en la lejanía donde aparecer; al contemplar todo este mundo palpitante, paralizado por la distancia, que constituye el paisaje de un primitivo flamenco, se experimenta la sensación de que todos aquellos elementos, los edificios, los árboles, los riachuelos, los animales y los hombres, se han reunido para asomarse a la posteridad por aquella abertura paisista, en un deseo inextinguible de pervivencia y de inmortalidad.

Y así se produce este paisaje quintaesenciado, donde se concen-

tran todos los elementos de la Naturaleza hasta lo inverosímil —poca extensión, mucho espacio— y se llega a la valorización máxima de cada uno de ellos. Paisaje en síntesis, casi «para llevar de viaje» por los derroteros del Arte y del tiempo, como un reflejo —un chispazo, más bien— de todo el panteísmo del Renacimiento, asomado a los ventanales de los interiores de la Edad Media.

Sólo raras veces, y luego, cuando avanza el tiempo, poco también, el pintor se sale fuera del interior del cuadro y pinta ya en el campo. La abertura del paisaje se agranda, se dilata hasta rasgarse, y hay amplia superficie para todo. Las cosas que antes se asomaban por la hendidura tumultuosamente, con inquietud de perderse para los años posteriores, se tranquiliza y ocupan, con reposo señorial, sus verdaderos puestos. El paisaje, entonces, es más sereno, más sincero; pero, a la vez, menos rico, menos denso, menos idealista. Adquiere el realismo de los interiores, y la quintaesencia concentrada en el alambique del ventanal o los intersticios de las masas, se derrama en aquella amplitud, donde el artista abandona todo escrúpulo y humedece su pincel, taimadamente, en luces y sombras que, a veces, se amalgaman en un truco de clarooscuro, cuando, en la evolución triunfal de la pintura, nadie se acuerda de aquellos paisajitos imaginados inexistentes, sin sol, sin realidad, sin Naturaleza misma; pero percibidos en sus integrantes finamente, con una exquisita sensibilidad y destilados de la Naturaleza con paciencia y refinamiento asombrosos, que sólo se dan en una época prodigiosa: cuando llega el Arte a ser, no un halago de los sentidos, sino una necesidad del espíritu.

UN PAISAJE OLVIDADO

La voz de lo que vive se manifiesta, precisamente, en que no puede jamás silenciarse sino con la muerte, y el paisaje, como voz de la Naturaleza, también ha de oírse siempre, mientras exista. Tarde o temprano, será inútil todo muro que se oponga para cubrirle. Si el paisaje existe —el paisaje, valor imaginado y, a su vez, inexistente en la Naturaleza—, siempre se manifestará como la evidencia, a través de toda materia. El *flúido paisista* penetrará en

todas partes y dejará su huella vívida. Nada podrá ocultarle, ni aún disimular su existencia. Se delatará de improviso, inevitablemente, cuando más seguro se crea su apartamento.

Olvidó Hans Holbein respetar esta inmortalidad del paisaje, cuando pintó el retrato de Erasmo de Rotterdam, y el paisaje se descubre, al fin, burlándose de la imprevisión ingenua del artista. Pero, además, pone de relieve, a la vez, la disimulación del Renacimiento. Un grito inesperado rasga de improviso el silencio artificial y mayestático del humanismo, tan alejado de lo humano, a a veces, y se desploma el mundo del convencional *debe ser*.

El olvido de Holbein ha sido eficaz y afortunado. El haberse podido subsanar fácilmente, ha mostrado, mejor que nada, la importancia expresiva de la ausencia del paisaje, en esta pintura de transparencia insospechada.

Desde ahora, nuestra actitud ante ella habrá de ser algo más comprensiva que la del simple espectador. La hemos sorprendido su secreto, valiéndonos arteramente de su propia indiscreción.

No basta que el pintor haya conservado la figura del humanista en el marco de un retrato. Posiblemente, se nos esfumará dentro de su propia limitación. Cuando se trata de aprisionar plásticamente un espíritu como el de Erasmo de Rotterdam, es cuando se está más a pique de dejarle escapar. De aquí parte el olvido. Para tenerle por entero, tendremos que lanzarnos, mentalmente, a través del cuadro, a buscarla allá en su casita de Basilea, en un atardecer luminoso de primavera, cuando las cosas se individualizan cromáticamente. Sorprenderle allí, con la misma postura en que le paralizó Holbein; pero rompiendo algo de esta serenidad sugestiva, de inmortal, con que le sujetó. La mirada mental de Erasmo ha de duleificarse en la armonía del paisaje helvético; en el refinamiento de sus blancos y sus verdes, donde reposa el renacer continuo de la Naturaleza. Así, sí podremos captar la presencia erasmiana íntegramente. No hay peligro de que se nos borre, si la dejamos espacio atmosférico donde se expanda ampliamente, sin oscurecerse en el recargamiento de su concentración misma.

Así estará. Tranquilo, firme, en idéntica postura, esa tarde de

principios del siglo XVI. En la misma posición a que la ha concretado el artista para las generaciones que han de preguntar por él. Sobre el fondo oscuro, casi uniforme, de la estancia —¿el pensamiento mismo de la Europa Occidental de entonces?—, seguirá destacándose su perfil, fino, enérgico, temiblemente penetrante para la oscuridad que le rodea, con algo de cuchillo, y mucho de decisión inquebrantable... Un perfil tan... *perfil*, que parece la divisoria y el equilibrio de las manos —trabajo y reposo— que trazan la obra.

¡Qué imprevista y cristalina revelación del espíritu de Erasmo —casi del espíritu íntegro de la Reforma y la Contrarreforma—, en la rivalidad inevitable de sus dos manos!

No menos que una teoría filosófica fluctúa en la unión de esas dos manos. La concreción renacentista de la alianza de lo clásico y de lo medieval. Sin la coexistencia de ambas, ¡cuántos años se hubieran perdido estériles!

Es preciso escrutar a través de su transparencia, para redimir la obra de Erasmo de la abolición implacable del tiempo, cuando sobrevenga, y reconocer el nudo cultural que representa.

Estas dos manos elocuentes; que pudiéramos llamar la humana y la divina; la una el cuerpo y la otra el alma del propio Erasmo, logran, con su lucha muda que el perfil de su dueño arbitra, todo lo que hubiera podido revelarnos una realización más minuciosa del pintor.

La diestra, la divina, nos conduce al retrato de Holbein. Su ambiente es la seguridad hermética del cuarto de trabajo, de los negros y los sienas del interior donde aparece. Esta mano guió a Holbein engañosamente, sin atracción de sirena, pero con ineficacia de realidad.

La otra, la humana, la siniestra, nos lleva ante un paisaje olvidado en el retrato de Holbein. Señala los blancos y los verdes de la Naturaleza. La intuición del artista no pudo evitarse. Impensadamente quedó allí creada, con la sinceridad de lo espontáneo, y ahora nos descubre su gesto despreocupado, cínico, todo un mundo completo de revelaciones que ya sospechábamos.

Ella ha hecho perviviente la obra de Erasmo, y su misma indo-

lencia permitió a Holbein seguir a la otra, la gazmoña diestra, sin oponerse a su interpretación. El pintor vió la pluma de Erasmo, pero adivinó sus anillos, y en Arte, vale acaso más adivinar que ver. Por eso tal vez, perderá algo de su fuerza el ascetismo estático del cuadro, pero siempre se mantendrá su vitalidad. Aunque parezca paradójico, el humanismo cerebral se oscurece y disminuye ante el humanismo afectivo.

He aquí la razón de que, para lograr el retrato de Erasmo por completo —el retrato de cuerpo entero de su psicología—, habrá de añadirse fuera del cuadro, en otro lado del aposento, donde se imagina estar el espectador, una ventana abierta, amplia, alargada, de vidriería irisada cuando se cierre, desde la cual se contemplará aquella vibración de luz, de blancos y verdes, donde deben embeberse las nieblas, que pudieran oscurecer aún más el cuadro.

Sin esta circunstancia, que extrañamente olvidó Holbein exteriorizar, nunca podrá justificarse en el retrato la inquietud sensual y precozmente abandonada de la mano con anillos que se apoya petulante sobre el papel. Ella delata, sin piedad, la negligencia del pintor.

En la posición de esa mano, se revelan, inopinadamente, con la fuerza potente de lo imprevisto, el paisaje olvidado y toda la persona sabia y epicúrea —epicureísmo espiritual— de Erasmo de Rotterdam.

Una vez que se ha visto, desintegrándola del medio ambiente donde aparece —la estancia, la propia corporeidad del silencioso humanista—, es ya imposible sustraerse a la idea de que, contemplando esa mano enojada y blanda, se escribieron los *Colloquia* y se burló, una vez más, la sonrisa placentera renacentista, de la tiesura medieval, y el empaque inflexible de quien ni aun se inclinaba sobre el papel para comprobar los rasgos seguros, iguales —inquietadoramente iguales y seguros—, que trazaba con la otra mano, la mano del cerebro, desnuda de riquezas, casi ascética.

EL PAISAJE INACABADO

Al morir, Rusiñol dejó un cuadro sin concluir. Un paisaje inacabado, mostrando ingenua e involuntariamente, el «truco» que contienen todas las obras de Arte; el secreto maravilloso de todas las obras del genio.

Hubiera sido uno de sus paisajes de jardín, paisajes imaginados, de estilizaciones sentimentales; ni de invierno, ni de primavera, ni de estío, ni de otoño; sencillamente, de Rusiñol; de esa época del año propicia para pintar paisajes, formada con lo más extremado de cada una de las otras cuatro, excluyendo toda disonancia o imperfección de la Naturaleza y deformando ésta exquisitamente, aún a través de su manifestación intelectual y humanística de Aranjuez, los jardines situados siempre en el «equinoccio de Rusiñol», «jardinero de ideas», visto sutilmente por Rubén Darío.

Inmóvil por la muerte, la mano del artista no pudo realizar todo su pensamiento, y quedó el paisaje sin terminar; la mitad de él, plástico, y la otra mitad, perdida irremisiblemente, arrancada ya de la Naturaleza y encerrada en el cerebro, en el alma del pintor, errante por las altas regiones.

La muerte mostró su terrible potencia, su cobarde potencia, contra la vida y la creación, dispersando este cuadro, que el maestro descubrió en su propio paisaje, no lejos del llamado «paisaje de Rusiñol», al atardecer transparente de un luminoso día.

Y así quedó el paisaje... Con la incomprensible mueca del ser anormal y deforme, y los atisbos delatores de lo que pudo haber sido, igual que una Venus de Milo, manca de nacimiento, o semejante a esas bellas criaturas que muestran, con escalfriante paradoja de su perfección, un miembro incompleto o torcido groseramente, de reacción tan desoladora como la lamentación de lo efímero de Jorge Manrique...

Así ha quedado el cuadro... Pidiendo inútilmente, con la voz geométrica de las cosas —gritos de ángulos y ruegos de curvas, en la perspectiva— que el alma del paisajista vuelva al pobre cuerpo que la amparó, y así, le concluya y no le deje bipartito, entre lo inexistente y lo inefable.

Parece que la muerte tiene el cruel placer de dejar truncada, siempre que puede, la obra del hombre. Nunca le llama en sus momentos de inercia, sino cuando vibra en la creación de su idea. Cuando el hombre, creando, se siente convertido en un semidiós, entonces le paraliza, le arranca brutalmente la vida y deja, frente a la obra comenzada, el inerte pelele vacío del que la concibió.

Casi todos los hombres dejan al morir, empezada, sin acabar una obra. Morimos al hacer algo, siempre que emprendemos un trabajo que pueda inmortalizarnos. En las obras sin terminar, que esperan eternamente la conclusión de su personalidad, vemos, sin eufemismos, la sinrazón de nuestra muerte, y comprendemos la reciosa tristeza, la desesperación de no poder realizar todo lo pensado, de no llevar a cabo cuanto contábamos terminar. La lucha sin piedad y heroica de toda la vida, en la que de antemano somos los derrotados.

Todos los artistas mueren siempre dejando una obra inconclusa. ¿Por qué? ¿No pudo sobrevenir la desgracia antes o después? ¿A qué dejar estos huérfanos, por añadidura mancos, incompletos? Es doble así el dolor de la pérdida del artista. Se lloran, con equivalencia casi exactas, los años de su vida perdida y las horas que le faltaron para finalizar su trabajo. Aquéllas como horas extraordinarias de las que «velan» los obreros, que no pudo o no supo aprovechar.

Si la muerte tuviera, en verdad, esa verticalidad de justicia que le asignamos capciosamente para consolarnos, nunca truncaría la vida de un artista sin dejarle acabar su obra. No le condenaría a que el último de sus cuadros, por ejemplo, como en este caso, fuera un paisaje inacabado, semejante a la puerta falsa por donde se escapó el pintor de su palacio de ensueño al asaltarle la muerte, para no volver más, olvidando cerrarla o no pudiendo hacerlo en su precipitación.

Un paisaje inacabado es, sin duda, lo más incompleto de todo lo sin concluir; lo más difícil de imaginarse entero, cuando queda sin terminar. Inútil es excitar a la imaginación para que se forje verdes y azules, sienas y violetas, en fantásticas masas. Siempre re-

trocederá vencida, y la tela sin pintar no será más que el muro ruinoso, por cuyos intersticios se entrevé un paisaje existente detrás. En vez de cubrir con pintura, nace el deseo de raspar, de roer el muro blanqueado y manchado que quita la vista del observador. El paisaje imaginado, que concibe el Arte como creación de la Naturaleza, como antología de ella, es tan sólido, están de modo tan denso relacionados sus integrantes, que no admite la solución de su continuidad. Sólo pueden esfumarse sus límites, y siempre producirá el hacerlo extraños efectos, o encerrarle en un marco cuadrado, que quedará convertido en alféizar de ventanal. Nunca se le puede dejar inacabado, lógicamente. El retrato, en caso análogo, será un rostro, una mano, que se asoma; pero el paisaje sin acabar de pintar, no puede ser más que esto: un paisaje que no se ve, a causa de un muro semiderruido y antiestético.

El paisaje inacabado de Rusiñol, su última obra sin terminar, acabará seguramente en un museo, y allí será expuesto, con todos los honores de veneración que se merece; pero sin guardársele, de seguro, la menor consideración a su incomparable desgracia. El insensible y ávido visitante de pinacotecas, podrá, como si fuera un crítico sagaz, descubrirle el «truco», el secreto de su técnica; violará todas sus intimidades: la clase y preparación de la tela con que lograba tales o cuales efectos; el dibujo, que tenía aquellas o estas faltas; la extraña o vulgar manera de extender el color... En fin, lo único que logran ver los críticos, a veces, en las obras, y que los grandes artistas rodean de un misterio prodigioso, con la taumaturgia de su arte.

Y el triste paisaje inacabado, cuadro fenómeno, no mejor ni peor que los demás del autor, quizá, sino distinto de todos ellos, caso único por la catástrofe que le acaeció, será allí, ante la impertinencia pedante de las miradas del vulgo, como una atracción de feria, y, a ratos, como el cadáver de un atropellado expuesto a la curiosidad innoble de las gentes, en un depósito de identificación. Y quizá no falte, para mayor escarnio, el insufrible empleado, que, buscando una propina —ese virus contumaz contra la ética ciudadana—, muestre a quienes quieran saber todas las cosas inútiles.

la última pincelada del maestro, la última «verdadera» que dió, antes de despedirse del cuadro «hasta mañana»; hasta el mañana de la eternidad.

He aquí el doble dolor de la muerte del artista: su desaparición y la profanación civilizada de su arte, la violación inadmisibile del paisaje inacabado. Rusiñol, con la penetración de los padres para las desdichas de los hijos, presentía ésta, quería evitarla. Durante su agonía, en los desconocidos instantes del ser al no ser, pedía el cuadro, y la paleta, y los pinceles para concluirle. Cuando ya era imposible la empresa y se tomaba por delirio su intuición maravillosa, trataba abnegadamente de evitar lo inevitable.

Pero si la muerte es tan cruel, tan incomprensiva, tan absurda, que deja incompletas las obras humanas, el hombre no debe dejar de ser hermano del hombre, de rendir pudorosamente esta violación de las intimidades del Arte en las más desamparadas de sus obras, los paisajes inacabados, y algún día creará un museo dedicado a las obras sin concluir, expuestas ahora a la vergüenza en los demás museos.

Acaso entonces, los sorprendidos por la muerte, los emigrados de la vida precipitadamente, se decidan a reintegrarse a su Arte por aquella puertecilla que no pudieron cerrar, y allí, en la quietud íntima del museo, sin visitantes ni empleados, vuelvan a tomar los instrumentos de trabajo, y acaben milagrosamente la obra incompleta, para que el Arte del hombre rinda de nuevo, con su inmortalidad, al atrevimiento malintencionado de la muerte.

PAISAJE DE ARQUITECTURA

Es preciso reconocer, aunque sea rompiendo con muchos convencionalismos, que el hombre no se ha preocupado nunca, conscientemente de los resultados estéticos de la arquitectura en el paisaje. Siempre ha sometido éste a sus ideales arquitectónicos. Hasta los griegos mismos, tan respetuosos siempre con la armonía entre el hombre y la Naturaleza y entre lo animado y lo inanimado, no dudaron en cortar las suaves curvas de sus bosques y sus mares —verde, azul, blanco, oro— con las aristas serenas y seguras de sus frontones y sus

columnas de mármol. Y luego, como la Edad Media se refugió casi siempre en la tenebrosidad de sus interiores y el Renacimiento se satisfizo con contemplar el paisaje desde la ciudad y dosificarlo sabiamente en la literatura y en el Arte, en épocas posteriores jamás ha surgido una apetencia de aunar la arquitectura y el paisaje.

Las ciudades modernas, más que ningunas, han venido a ser —prescindiendo de la estética urbana puramente interna— unas horrendas pústulas en el paisaje, cuya monstruosidad se revela bien claramente en esas odiosas «vistas generales» de las grandes urbes, tan gratas a los turistas de tinteros de conchas y manguilleros con vistas microscópicas.

Para quienes no se contentan con el urbanismo de dentro afuera que busca alrededores pintorescos de espaldas a la ciudad, y quieran ir al encuentro de ésta, desde el paisaje, imaginándola como una prolongación de él y no como una negación suya, la contemplación de las ciudades, dentro de la Naturaleza, será siempre algo desconcertante, que culmina en esas metrópolis, cuyos edificios se ponen en pie indignados, con gritos de rascacielos, semejantes a tumores urbanos del paisaje.

El Arte barroco fué, quizás, el único que sintió, no bien definida, esta necesidad de armonía entre la arquitectura y el paisaje. El problema de comprensión de la arquitectura barroca, no puede plantearse y resolverse más que desde este punto de vista, sea el que sea su aspecto crítico. Lo que sobrevino en el intento barroco, fué la esterilidad del afán creador. Lo barroco, queriendo satisfacer sus ansias incontenibles de amoldar la arquitectura al paisaje, logró únicamente lo contrario, y el paisaje y la Naturaleza se le hicieron arquitectura, al derramarse en flor y fruto por entre los razonamientos geométricos de sus portadas, de que no supo librarse a tiempo. Posteriormente, este problema, ni siquiera se ha planteado a los arquitectos modernos, atenzados por el cobarde afán humano de replegarse en el amontonamiento de las grandes ciudades.

Sólo ha habido una excepción esporádica nunca bastante señalada: Antonio Gaudí, el gran arquitecto catalán, el último constructor genial.

No obstante, es muy posible que quien se enfrente, por primera vez, con el templo de la Sagrada Familia, en Barcelona —inconcluso aún en esa ciudad donde se construyen tantas cosas continuamente, y la obra más representativa del arte de Gaudí, sin duda alguna—, sufra una desilusión y pierda hasta el menor deseo de seguir viendo más arquitectura suya.

Pero el desencanto se deberá siempre a suponer un arquitecto urbano, donde existe únicamente un paisajista arquitectónico; a querer encontrar edificios donde sólo pueden contemplarse panoramas, y a buscar piedras en vez de árboles, y descubrir líneas donde hay masas.

Porque éste es, fundamentalmente, el eterno problema, cuya solución ha intentado la técnica gaudiana: la fusión de la arquitectura con el paisaje.

Las artes todas, desde su consagración clásica, son, dentro de su infinita e inaprehensible calidad de matices, imitación apasionada e inquieta de la Naturaleza.

La pintura se iluminó con su luz y sus colores y tendió la perspectiva, como una mirada al infinito; la escultura se moldeó en sus formas, y su movimiento captó el espacio; la música aprisionó en las notas sus sonidos, e interpretó la silenciosa voz de su alma... Solamente la arquitectura le fué hostil desde su aparición.

Corrigió, cobijando al hombre, una imprevisión suya, y se opuso a sus rigores. Se apoderó de su superficie terrestre, y se interpuso a través de ella, cortándola, aislándola, quebrando su continuidad. Siempre corrigiéndola, con pedantesca superioridad, la casa perfeccionó la gruta; la columna, el tronco del árbol; el pavimento, el suelo; la calefacción, la primavera; la piscina, el lago... Eternamente quiso superar, con falsos artilugios, la Naturaleza, y jamás la imitó con humildad, procurando seguir sus normas perennes.

Y Gaudí se dolió de esto. Sintió en lo hondo la desnaturalización de la arquitectura. Amaba su Arte y no lo quería desnaturalizado, porque nada es vital sin ser humano, ni lo humano puede arrancarse de la Naturaleza, desarraigándolo totalmente.

Y así surgió su creación arquitectónica. Por primera vez, el

hombre sometió a la Naturaleza sus construcciones y doblegó la soberbia de sus líneas matemáticas a las curvas indecisas y suaves de ella. La Naturaleza se interpretaba por vez primera, también, en la arquitectura, y este arte se convertía, merced a Gaudí, en su estilización más cordial.

Así se concibieron y realizaron, en Barcelona, la galería del convento de Santa Teresa, verdadera alameda, donde las ramas de los inexistentes árboles se entrelazan, formando bóveda de aéreos arcos; la casa Milá, como un inmenso panorama, verdadero paisaje romántico, con sus rampas, sus peñascos, sus bosquecillos floridos en los balcones y las montañas de sus tejados, en que grupos de chimeneas semejan riscos fantasmales, cuando la luna los platea; la casa Batlló, balcón abierto de par en par a un paisaje montañoso, coronado por la airosa torrecilla de una ermita; el palacio Güell, la casa Calvet... Todas sus construcciones de una misma ideología y técnica idéntica, personal, inconfundible. Con los colores y las sombras del paisaje, agitadas por su brisa; como jardines y plazoletas fértiles y frescas, en medio de la seca aridez de las calles urbanas. Hasta la superación del templo, de la Sagrada Familia, en que la portada del Nacimiento tiene, como fondo de su paisaje invernal y opulento de grutas, jardines y caminos, el bosque gigantesco de sus torres, enormes árboles, perdidos en lontananza, con anhelos de cumbres, y hasta el parque Güell, en que el paisaje arquitectónico de Gaudí se une, en un bello abrazo estético, con la Naturaleza misma, fundiéndose con ella, como el más noble amor del hombre con su impulso creador.

RUINAS DE PAISAJE

Es preciso que avivemos nuestro amor a las ruinas. El amor respetuoso y callado que requieren. La conmiseración silenciosa y comprensiva que demandan sus piedras desmoronadas, sus arcos inseguros, que ponen puertas al campo; sus soterraños misteriosos e ignotos...

Las ruinas son de tal potencia humana, de tal afirmación emoti-

va, que ni aun su derroche en la literatura y en el Arte, ha logrado disminuir sus dimensiones estéticas.

El tiempo no colabora nunca con el hombre. Es su enemigo natural, su constante puerta que se le cierra. Sin embargo, se une a él, excepcionalmente, para realizar las ruinas auténticas. Las ruinas que han ido formándose por desidia, lenta, insensiblemente, sin precipitar su evolución. Las ruinas de noble abolengo...

Las ruinas falsas, las que pudiéramos llamar ruinas improvisadas, las fabrica el hombre por sí sólo. Son las ruinas de muerte violenta, que brotaron inopinadamente, al conjuro de la piqueta del progreso —del inquietante progreso— o del cañón guerrero...

Las ruinas verdaderas, creadas sin precipitación, tienen el sereno semblante del cadáver de un ser que ha logrado su vida por entero, antes de dejarle el espíritu, en una muerte ejemplar; pero las ruinas falsas se contorsionan aún en las angustias preagónicas, como cadáveres de batallas o de atropellos urbanos, y piden, con la violencia de sus actitudes inestables, la mano del arquitecto —cirujano de la piedra—, que las cure, completándolas y aprovechando sus miembros útiles. Son cuerpos de asesinados que claman salvación. No son muertos en olor de santidad que solicitan culto, como las ruinas verdaderas.

Y como el hombre sabe que es imprescindible someterse al tiempo, a su enemigo implacable, para crear las ruinas, y tiene la sospecha de que él sólo es quien realmente las crea, y aún podría —y ha podido a veces— prescindir de su colaboración, se enfrenta, en algún caso, con las ruinas, y hasta pretende, insensatamente, turbar su quietud extraterrena, captar su espíritu, en los restos aquellos que quedaron.

Cuando el hombre trata de intervenir en las ruinas, es cuando comete el más cobarde abuso de autoridad. Avergüenza y duele ver la irrespetuosa dureza de su alma en estas cosas.

Desdeña, en fin, las ruinas, y, ocultando su egoísmo en el avance de la cultura o en las necesidades de la vida, se acerca a aquellas pobres desamparadas. Las examina, las juzga, las agravia, las condena, y, empuñando, al cabo, la piqueta, da en tierra con todo aque-

llo que el tiempo fué respetando, con aquella frágil escultura, moldeada en el bloque compacto de un edificio...

Y luego, en todos los casos, siempre, los visitantes, los curiosos. La invasión de los extraños en la intimidad de la casa. Las inquietudes ajenas en el alma de uno. El allanamiento impertinente y frío de la cámara sepulcral. La masa que tacea, que rasca, que arranca, que desentierra, que derriba, que transporta... Así desaparecieron las lindas panateneas, de pies ligeros y velos gláciles, de la acrópolis dorada de Atenas, para ir a ser sólo mármol bajo las nieblas grises y yertas de Londres...

Por eso, yo amo extraordinariamente la canción de Rodrigo Caro. La canción a las ruinas, entonada de rodillas, con un respeto íntimo, con una emoción acendrada y penetrante.

Hoy, que todo tiende a asirse a las matemáticas, la arquitectura va estilizándose, fatalmente, en las líneas seguras, cortantes, de la geometría. Los edificios son exaedros en el paisaje. Son la jugada de dados que hace el hombre con la Naturaleza para perder la vida, contando las ventanas que abre, para asomarse a ella, sin atreverse a penetrarla. Pero las ruinas, no. Las ruinas son, en realidad, los únicos edificios que no quiebran con aristas duras la suavidad curvilínea de masas esfumadas del paisaje.

Existen ruinas que, como los seres miméticos, toman las tonalidades del paisaje en que están. Unas destacan sus bloques redondeados, suavemente grises, sobre el dorado pálido de las llanuras, como árboles petrificados extrañamente; otras, dan el frescor blanco de sus mármoles rotos, en la penumbra verde de las arboledas. Las hay aéreas, de arcos frágiles, con vanos de cielo; perezosas, que se arrastran por el suelo, serpenteando entre las zarzamoras y los jaramagos, que las enlazan con abrazos verdes y amarillos; amedrentadas, que se ocultan dentro de la tierra, guardando para ella la frescura lóbrega y tranquila de sus cuevas insondables...

Las ruinas, para huir del hombre, se transforman en paisaje puro, como Dafne, huyendo de Apolo, trocó la blandura cálida de su carne por las ramas leñosas del laurel. Algunas de ellas comienzan a cubrirse de musgo, poco a poco, hasta envolverse en un verde abrigo

de pieles, y un buen día, al ir a buscarlas, no existen. No las hallamos aunque recorramos mil y mil veces el lugar que ocuparon. Se han convertido en paisaje, salvándose.

Pero no todas encuentran un musgo propicio. Aquellas que existen en áridos pedregales, van redondeando cada día unos cuantos sillares, con la erosión del aire y del agua, y los mezclan con las piedras auténticas del suelo. Cuando, años después, llegamos allí en busca de las ruinas, nada queda. Cogemos al azar una piedra del suelo, y, a veces, la reconocemos, la invocamos gozosos; pero la piedra palidece, disimula al punto y su mudez nos desconcierta, nos siembra la duda y acabamos por arrojarla convencidos de nuestro error.

Así se evaden las ruinas de su enemigo más implacable: el hombre. Pero tienen otro del que no se libran, porque es más vivo: la lagartija.

Cuando unas ruinas comienzan a albergar lagartijas, están perdidas, y pronto desaparecen.

Las cosquillas inaguantables que les hacen esas eternas nerviosas, con su ir y venir sin descanso, producen en sus piedras una risa interna, desconcertante, que las separa, las desmorona, y aun quedan riendo en las bocas abiertas, negras, de sus cimientos, donde el eco busca sus carcajadas.

JOAQUIN DE ENTRAMBASAGUAS

Las Confesiones de San Agustín

HE medido mis fuerzas con un atleta. He combatido durante varios meses con un campeón nómada, ágil, fuerte, bronceado, untado con el aceite de oliva escurridizo que confortaba los miembros de los luchadores antiguos. Caí vencido y derribado al suelo en el pugilato desigual; pero de esta pugna a brazo partido quedé con la mano sabrosa y con el corazón ardiente. Con este circunloquio deportivo, he querido decir que terminé ¡ay, con cuánto de sudor y de fatiga!, una nueva traducción castellana de los trece libros de las *Confesiones de San Agustín*. Esta obra, de aparición inminente, en las pulquérrimas ediciones que M. Aguilar publica bajo la divisa, precisamente agustiniana: *Tolle, lege!*, va a ser mi pobre cosecha de otoño.

* * *

Un buen día de mediados del siglo xv, cuando el mar nuestro estaba infestado de rabia pirática y los peces del Mediterráneo ostentaban en sus lomos todavía las barras del Rey de Aragón, un navío comandado por un tal Llull, bajel pirata salido de la selva del mar que en tal sazón era el puerto de Barcelona, iba a los alcances de una nave genovesa, que, medrosa y alocada con todo el impulso de sus remos y todo el vuelo de sus velas, huía de su persecución como del halcón fulmíneo huye la paloma pavorida. Al fin, clavó la uña en la nave fugitiva el alígero bajel secuaz. Tras el minucioso escrutinio que los corsarios barceloneses hicieron del cargamento de la nave apresada, en lo más escondido de sus bodegas, dieron con un bello códice latino escrito a la mano. El códice llevaba este título: *Sancti Aurelii Augustini Confessionum libri tredecim*. Sacado a subasta juntamente con los otros efectos de la nave el codiciable manuscrito, presa la más rica de aquella piratería afortunada, se quedó con él el propio Rey de Aragón, que pagó por él diez ducados.

Este Rey de Aragón ¿es menester decirlo? era nada menos que Alfonso V el Magnánimo, el Rey caballeroso, lucero de la guerra y de la milicia, tocado del amor de las letras humanas y de las letras divinas. De él cantó el Marqués de Santillana:

*Sintió las visiones de Esequiel
con toda la ley de sacra dottrina,
pues, ¿quién supo tanto de lengua latina?
Ca dubdo si Maro se eguala con él...*

De este Rey dice Antonio Panormita que guardaba la Biblia entera en su memoria. Gustaba de especular en las más áridas y empinadas cumbres de la teología. Fué Mecenaz de teólogos pobres: ¿Cómo podía quedar indiferente ante la suerte que la fortuna le brindaba, de la más sabrosa de las obras del Doctor Africano, poeta sublime de la teología? A su vera, a su sombra, una callada escuela de copistas trasladaba en la bella letra *humanística* del escritorio de Nápoles los monumentos del saber antiguo, perpetuándolos así en generación viva, según aquel precepto del autor de las Geórgicas:

Atque aliam ex alia generando suffice prolem.

No sabemos si al manuscrito agustiniano le cupo la suerte de una segunda vida. Pero sí que se quedó en la biblioteca regia, al lado de otros manuscritos que viajaban siempre con él, y en sus empresas y salidas bélicas, aposentaban en su propio alfanegue, y eran tratados por él con nocturna mano, ya que su mano diurna tenía que empuñar el pomo de la espada que, como la del Cid, hacía relumbrar todo el campo. Acaso, más que la lectura de otros cancioneros de amores frívolos, debía apetecer el grave Monarca la lectura del manuscrito rescatado, los trece libros de las *Confesiones de San Agustín*, que es el Cancionero de las grandezas y las misericordias de Dios.

Alienta, todavía poderoso y vasto, el *ardente spiro* africano que caldea el clima del libro vivaz. *Vivunt commissi calores*; respiran fuego todavía, las inefables confidencias que este suave Doctor —*Thus ardens in igne*— contó a los oídos de la Humanidad, con tan verídico acento y con voz tan penetrante y queda, que el corazón percibe en

ella lo que el propio Santo, con expresión de Job, llamaba *la vena del susurro de Dios*. Es un hombre el que en este libro inmortal se confiesa a Dios y a los hombres. Es un hombre, *parte ruin de la creación, un hombre que lleva en derredor de sí el andrajo de su mortalidad y encima de sí el estigma de su pecado*. Es todo un hombre, que, aún con mayor verdad que el otro africano (Terencio, quiero decir), con cuyas sentencias áticas Agustín gustaba de esmaltar sus escritos, puede exclamar con sinceridad profunda: *Hombre soy y nada humano creo ajeno de mí*. Nada humano; pero tampoco nada divino.

San Agustín ha sido llamado rey de corazones. Raudal afluente de cordialidad, es acaso el Santo del Santoral más rico de simpatía. Nadie ni nada se esconde de su invencible calor, ni se sustrae a su blanda tiranía. Plugo a Dios darle anchura de corazón, como la de las arenas que ciñen la inmensidad del mar. Sus *Confesiones* son la odisea por este amargo mar interior de un corazón sin fin y sin suelo; maravilla de profunda intronspcción, oceanografía insondable, medición estupenda del abismo desde cuyas profundidades el alma eleva a Dios la voz de sus clamores temblorosos. Agustín, hijo de lágrimas, no ha dejado de encender el llanto en tantos ojos como son los que se han posado en esta implacable y sollozante Confesión, que es a la vez oda y elegía, psicomaquia y triunfo, drama sacro y epopeya íntima, salterio de la misericordia y el juicio, viaje del alma, tránsito del Señor. Por donde quiera que ha pasado su espíritu, la peña se ha convertido en hontanar:

Flabit spiritus ejus et fluent aquae.

Alma afín de la gran alma de San Pablo, lo que el Apóstol vió en un lampo de visión fugaz, Agustín consiguió verlo tras una peregrinación trabajosa. ¡Qué camino de Damasco tan penoso y tan prolijo para el hijo de lágrimas como el que va de las riberas de Cartago, sartén de descarríos mentales y de amores viciosos, hasta la esquividad del doméstico jardín milanés y la pureza argentina, infantil, del estribillo *Tolle, lege!* Tenía que ser la gran voz de San Pablo la que hallase eco en aquella alma gemela y profunda. Un abismo llamaba a otro abismo. Sus palabras, como truenos melodio-

sos, como sonidos de las nubes nos han devuelto, a través de Agustín, inextinguibles y magníficas resonancias.

Ambos a dos, Agustín y Pablo, han creado el lenguaje de la piedad cristiana. Lo que el Salmista hizo del lado de allá del Calvario, lo hicieron Pablo y Agustín después que Cristo Salvador nuestro mostró a los hombres su benignidad y su humanidad. A la piedad afásica, que no sabía hablar más que el ¡*a, a, a; no sé hablar!*!, del profeta Jeremías, ellos le enseñaron las palabras que se encienden como olíbanos preciosos a la presencia del Señor, los gemidos inenarrables que hieren el oído divino, tan amorosamente cercano de nuestro corazón. Ellos supieron hallar expresiones de exquisitísima ternura, como jamás había de dictarlas amor ninguno humano. Ellos, en la fragua del espíritu, fabricaron aquellas voces trémulas, aquel inefable balbuceo con que el alma habla a Aquél que es más íntimo que lo íntimo nuestro, que lo más abstruso y esquivo de nuestra intimidad; eficaces fórmulas que contienen todo sabor de suavidad y todo deleite: *De forti dulcedo*. De estos fuertes, mana una vena de dulzura: miel en la boca del león; panal en el tronco de la encina.

Agustín, que vivió hacia el fin del mundo antiguo, y que con ojos présagos, como el Amfiarao de la fábula, vió abrirse la sima que había de tragarle en sus profundidades, se proyectó en haces de luz viva hacia el mundo venidero. Agustín es el primer hombre moderno. El Petrarca, que debe ser el segundo hombre moderno, traía habitualmente consigo *Las Confesiones* agustinianas y las leía con lágrimas y encontraba en ellas consuelo y fortaleza. Con un ejemplar de ellas, pequeñito, en su valija de alpinista, subió a aquel Olimpo de la Provenza que es el monte Ventoso. Y allí, ante la faz del mar, amasado de mediterráneas claridades y ante la majestad del Ródano pontifical que expandido en siete brazos da tributo al mar potente, ante la gloria de los horizontes abiertos y el espejismo flotante y la inanidad de todos los reinos de este mundo, sacó el menudo libro manual y leyó en él el pasaje que esta lectura hizo famoso:

«Y suben los hombres a admirar la altura de los montes, el oleaje proceloso del mar, el fácil y copioso curso de los ríos, y el ámbito

del Oceano, y las revoluciones y giros de los astros; y no ponen atención en lo que llevan consigo mismos...»

Este amor indeficiente que el Petrarca sentía por el pequeño libro divino, es una supervivencia del favor inicial con que fué acogido el Confesional de Agustín ya en el instante mismo de su aparición. Halagaba Agustín las más profundas y honradas fibras de su paternidad, cuando muchos años después que lo hubo lanzado al mundo, escribía visiblemente complacido: «¿Cuál de mis obrecillas pudo darse a conocer con más favor y más agrado del público que el libro de mis Confesiones? Sé que contentaron harto a muchos de mis hermanos y que les contentan todavía...».

Este que ahora llamaríamos éxito editorial, debió consolarle de aquel callado fracaso que tuvo en su obra primera de doctrina estética, *Acerca de lo bello y de lo conveniente*, que se ha perdido, acaso no con demasiada mengua de la fama del Polígrafo ubérrimo y genial. Diríase que este librito primerizo, solamente gustó a la inexperiencia y a la perdonable y simpática petulancia del novel profesor de Cartago. Este, que fué el primer vuelo de su pluma de águila, le proporcionó la decepción de que ni siquiera le alabase, que sepamos, aquél a quien dedicó las verdes primicias de su ingenio, es a saber, Hierio, el desconocido ilustre.

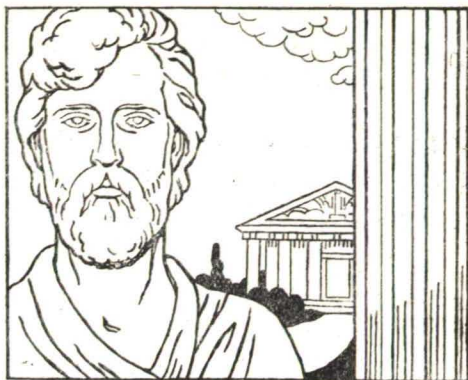
¿*Quid in senectute felicius quam quod jucundissimum fuit in juvenuta?* No hay placer más puro y más sabroso que ese de mirar con ojos de crepúsculo aquellos frescos panoramas del recuerdo que la aurora tocó con sus dedos ágiles, bañados de rosa. A la hora tierna del poeta y del ruseñor; a la hora melancólica en que caen de los montes sombras cada vez más largas; a la hora dorada, en que de regreso a los umbrales conocidos, sobre el lado cansado, se tumba pensativo y lento el rumiante; a la hora grave de recogitar a la presencia de Dios, los años antiguos, hora que, para Agustín, llegó en aquella plenísima sazón de las *Retractaciones*, cuando con su mente aquilina, había ya recorrido los más vastos y sublimes espacios de las especulaciones metafísicas y teológicas, y, con el ritmo de su corazón mortal, había ya medido catorce lustros laboriosos y, con sus brazos de atleta, haciendo la obra con la una mano y con la

otra teniendo la espada, había edificado los muros ingentes de la *Ciudad de Dios*; a la hora sincera de las *Retracciones*, digo, Agustín pasó los ojos por esta obra de sus precoces fervores y de la máxima y más espontánea y dulce cosecha de su corazón. Y vió que la obra era buena. Su corazón y su carne exultaron en el Dios vivo. Y en la antigua voz de intensa confianza, percibió el rumor del divino susurro, reconoció la voz de su hijo predilecto y aspiró con delicia el olor de sus vestidos. Y palpando la cabeza amada con las manos cargadas de amores y de temblores seniles, con los dedos videntes de aquel añoso patriarca antiguo, busca si hay en el libro mácula o arruga. Y con la humildad sollozante e ingenua de una monja santa y timorata, el máximo Obispo y Doctor de la Iglesia, el que desde la pequeña diócesis numédica de Hipona lleva la dirección espiritual de todo el mundo cristiano, arrastra sus rodillas por el polvo, y a sus *Confesiones* les añade esta medrosa acusación y este pungente epílogo:

«—En el libro cuarto, cuando confesé la miseria de mi alma con motivo de la muerte del amigo, al decir que nuestra alma en cierta manera de dos se había hecho una sola, yo escribí: *Por ende temía yo morir, para que no muriera todo aquél a quien había amado con extremo*. Esto me parece ahora más propio de la ligereza, que de la gravedad de una confesión; por más que esa inepticia esté algún tanto atenuada por el adverbio reticente: *acaso*. Y en el libro décimotercero, cuando dije: *Vemos el firmamento hecho entre las aguas superiores espirituales y las corporales inferiores; asaz inconsideradamente lo dije*, porque es cosa ésta muy abstrusa. Esta obra de mis *Confesiones*, comienza así: *Grande sois, Señor...*». Y es un himno torrencial, añadido yo; es una glosa férvida e inmensa del versículo invitatorio del Salmo: *Confesad al Señor, porque es bueno y porque es eterna su misericordia*.

Siempre admirable, Agustín. Admirable en sus yerros y admirable en sus intuiciones. Admirable en sus caídas y admirable en sus levantamientos. Admirable en sus tinieblas y admirable en su luz: *Sicut tenebrae ejus, ita et lumen ejus*.

Aristotelismo en la cultura occidental



*Todos los hombres, por naturaleza,
desean saber.*

ARISTÓTELES
Met. A. 1. 980 a 22

LA bibliografía aristotélica de M. SCHWAB (1) contenía una lista de más de 3.700 números. Los trabajos aristotélicos posteriormente escritos formarían una lista de muchos centenares de volúmenes. Las publicaciones aristotélicas del año 1935 fueron 71; 97, las de 1936; 75, las de 1937, y 106, las de 1938 (2).

Para apreciar el valor que estos números tienen como exponente de la vida intensa del aristotelismo, hay que tener en cuenta que la producción bibliográfica actual sobre Aristóteles representa sólo una etapa del peripatetismo; es población asentada sobre ruinas de ciudades populosas que la precedieron. Todavía nos hablan los antiguos comentaristas griegos, latinos, árabes, hebreos y sirios, como testigos supervivientes, de la inmensa literatura que los siglos anteriores a la imprenta habían dedicado, en forma de códices, a la exégesis del Estagirita.

El volumen extraordinario que ocupan los estudios aristotélicos, en la cultura occidental, produce impresiones, al parecer, antagónicas: la primera, es de reacción desfavorable al Estagirita. Un autor a cuyo estudio se han consagrado legiones de hermenutas, sin

(1) M. SCHWAB, *Bibliographie d'Aristote*, París, 1896.

(2) A estas cifras aproximadas hay que añadir los escritos que versan sobre comentaristas aristotélicos, que son, respectivamente, para esos cuatro años 20, 19, 15 y 8.

lograr la interpretación satisfactoria del mismo, no puede ser un filósofo de inteligencia clara; es un enigma. Esta consideración adquiere aún mayor fuerza, cuando se tiene en cuenta la profunda discrepancia y la variedad ilimitada de las interpretaciones dadas a Aristóteles.

En el dilatado panorama de la tradición aristotélica, es menester distinguir épocas que correspondan a las diversas interpretaciones que dan del Estagirita. En la primera de dichas épocas, los amigos y sucesores de Aristóteles prosiguen la labor del maestro, como herederos de sus escritos, de su museo y de su espíritu, agrupados en el recinto material del Liceo. Otra época de adhesión más universal y entusiasta se abre con la era de los grandes comentaristas griegos. Con el Cristianismo, surgen nuevas tendencias, que, en parte, sincronizan con la corriente anterior de los comentaristas, pero dando al estudio de Aristóteles una orientación dogmática en que aquéllos no habían insistido.

La Edad Media cristiana inaugura otra era aristotélica, en parte influida por los filósofos árabes y judíos; es el escolasticismo cristiano, que ha de formar, en las Universidades europeas, legiones compactas de maestros y discípulos que rivalizan en entusiasmo peripatético. El Renacimiento busca en Aristóteles un maestro más de una pseudorrenovación pagana, que, con sus estudios literarios, prepara el terreno a la crítica moderna, en la que el aristotelismo lleva el signo realista y positivo de los estudios históricos y filológicos.

El enigma de Aristóteles parece haberse convertido en pesadilla científica de todas las edades. ¿No podríamos prescindir de esa preocupación fatigante, quemando, de una vez para siempre, toda esa inmensa literatura? ¿Perdería algo con ello la verdadera filosofía y la dignidad de la cultura humana?

Sueño vano el querer prescindir del Estagirita, por esa impresión desfavorable que produce tanta labor de hermenéutica y tanto comentario. Aristóteles ha logrado una importancia histórica trascendental, y la humanidad no podrá prescindir de él, mientras no prescinda de su propia historia. Al Estagirita le hallamos como elemento influyente en todas las generaciones que le han sucedido; la historia

nos lo presenta cubierto con toda clase de ropajes y armaduras. En una miniatura antigua, aparece cubierto de turbante moro, porque los musulmanes le consideraban suyo, como le podían considerar también suyo los cruzados de San Luis. Maimónides le introdujo en las sinagogas israelitas, de donde ha podido pasar, sin dificultad, a las logias masónicas. En las estancias del Vaticano, aparece, en primer término, en la Escuela de Atenas, como precursor de nuestra ciencia y maestro de la juventud cristiana. En Barthelemy-St.-Hilaire, es Aristóteles un profeta de la Revolución francesa, un demagogo de las libertades populares, en cuyas sienas asentaría perfectamente el gorro frigio. Entre los forjadores del imperialismo inglés y del racismo germánico, Aristóteles ha hallado discípulos entusiastas, que agradecen al Estagirita el armazón de sus ideas antropológicas y políticas.

A Aristóteles se le podrá mirar con el recelo y la enemistad con que le miraron los Santos Padres o con el afecto y admiración con que a él se acercó Santo Tomás. Lo que no se puede hacer ya es, excluirle de la historia de los pueblos, y muchos menos de naciones, como España, que en dos épocas de su historia ha culminado entre los pueblos cultos, una vez como representante del aristotelismo judío-arábigo y otra vez como portaestandarte del escolasticismo cristiano.

Para orientarnos en el intrincado problema del aristotelismo, no estará de más tener presentes las diversas manifestaciones del mismo, presentándolas sumariamente y sin pretensiones de investigación, en los párrafos siguientes.

I. Edad antigua.

a) *Sucesores de Aristóteles.* A la muerte del Estagirita (322, 321 a. C.), el Peripato era una especie de universidad moderna, donde predominaba, con mucho, el espíritu de investigación sobre las exigencias de la formación dogmática y moral de sus discípulos. Esta circunstancia fué la que proporcionó al Peripato la posibilidad de seguir dando a las ciencias el impulso que éstas habían tomado de Aristóteles; pero fué también causa de la poca unidad de la escuela enfrente de las otras sectas filosóficas, como la Academia, el Epicureísmo y la Estoa.

escuelas que alcanzaron una longevidad mucho mayor que la de Aristóteles, entendiéndose por escuela aristotélica, así el Peripato o escuela de Atenas, como la forma difusa en que muy pronto comenzó a propagarse el movimiento aristotélico.

El primer escolarca, TEOFRASTO, abarcó, en toda su universalidad, la obra de Aristóteles, aun cuando parece haber sido causa, con sus aporías, de haber restado prestigio al sistema metafísico y lógico del Estagirita. Por lo menos, contribuyó al escepticismo y divergencias doctrinales dentro de la escuela, aunque las heterodoxias no fueron nunca causa directa de desunión o abandono del trabajo común, que era el distintivo principal de la corriente iniciada por el fundador. TEOFRASTO defendió la eternidad del mundo contra la incipiente escuela de Zenón, como doctrina aristotélica.

EUDEMO, temperamento más religioso y menos naturalista que TEOFRASTO, cultivó, con especial interés, las matemáticas y la astronomía. ARISTOXENO DE TARENTO se consagró a la música, disciplina cuyo estudio fomentó, mostrando gran simpatía por la secta de PITÁGORAS, escuela que había sido objeto de los ataques más fuertes por parte de Aristóteles. EUDEMO, lo mismo que DICEARCO, sostenía que el alma consistía en la armonía que conserva la constitución orgánica del cuerpo (1). DICEARCO DE MESINA dió un fuerte impulso a los estudios históricos de la política griega, iniciados por Aristóteles (2).

Entre otros nombres célebres de la escuela peripatética, la antigüedad ha conservado los de CRITOLAO, que defendió, en contra de Aristóteles, la ilicitud de todo placer (3), y DEMETRIO FALEREO, más conocido por su actividad política y literaria que como filósofo. El interés predominante de la escuela se orientó hacia las ciencias naturales y exactas, y hacia el estudio histórico y cultural, con detrimento de la metafísica y de la misma moral, hasta que la competencia con las escuelas rivales, obligó, hacia el escolarcado de LYKON (272-268), a dar a esta última disciplina un carácter más práctico. A los discípulos de Aristóteles les ocurrió algo de lo que había sucedido a los de Sócrates; cada uno siguió el rumbo que más le agradó; si en el Peripato hubo mayor solidaridad y unión, ésta fué debida al mismo edificio que los albergaba, suministrándoles una biblioteca y un museo, como no los poseyó el mundo antiguo antes de la fundación de la biblioteca Serapeum, de Alejandría.

El Peripato no tuvo, según esto, carácter de escuela, sino de Universidad, que conservó de su fundador la iniciativa investigadora del trabajo cultural, sin restringirse a un sistema cerrado de doctrina. ¿Sería que el mismo Aristóteles se halló siempre en un estado de crisis y evolución científica? Tal es la teoría de JAEGER. En cambio, otros, como el profesor de la Gregoriana P. LE BLOND, se inclinan a creer que la filosofía de Aristóteles tiene algo de mosaico doctrinal.

b) *Período grecorromano.* Los rasgos característicos de este período, consisten en la labor crítica y biográfica sobre Aristóteles y sus obras y en la apa-

(1) LACTANCIO, *Inst.* VII, 13; ML, 6, 778, CICERÓN, *Tusc. disp.* I 20, 21.

(2) CICERÓN, *ad AH.* II 2.

(3) CELIO, *Noc. AH.* IX 5, 6.

riación de los grandes comentaristas de Aristóteles. Como labor filológica, fué de influjo definitivo, para el decurso de los siglos, la edición crítica llevada a cabo por ANDRÓNICO DE RODAS, NICOLÁS DE DAMASCO escribió un libro sobre la filosofía aristotélica; TOLOMEO DE CHENOS, una biografía del Estagirita.

Entre los primeros grandes comentaristas, figuran ASPASIO y ALEJANDRO DE AFRODISIA, cuyas obras se han conservado en parte. La labor exegetica hecha sobre Aristóteles, en forma, hasta entonces, exclusiva para Homero y poetas más insignes, fué causa de que el peripatetismo, que llevaba una vida lánguida, como secta, se introdujera en las demás escuelas, especialmente en el Neoplatonismo, al que pertenecieron gran parte de los comentadores, fuera de algunos, como ALEJANDRO DE AFRODISIA, llamado el segundo Aristóteles y considerado como el último peripatético. La corriente de los comentaristas griegos perduró, no sólo en la escuela de Atenas, donde llevó una vida oscura hasta mediados del siglo IV, sino que prosiguió, aún en la época bizantina, durante toda la Edad Media. Entre los comentaristas, descuellan los nombres de AMMONIO, TEMISTIO, SIMPLICIO y FILOPONO, además de los antes mencionados. Es de notar la preferencia que dichos comentaristas muestran por las obras de carácter especulativo, como son el *órgano*, la *física*, la *metafísica* y el tratado de *anima*; los estudios de ciencias naturales, la historia y la política, que habían atraído, casi exclusivamente, la atención de los sucesores inmediatos de la escuela ateniense, quedan relegados al olvido por los comentaristas; la mayor parte de las obras del Estagirita se pierden, por la incuria del tiempo y la indiferencia de los eruditos.

Además, hay que tener en cuenta, respecto a la moral y a la política, que la primera no podía compararse con la perfección que los estoicos habían sabido dar a su ética; y la política de Aristóteles era también muy inferior, prácticamente, a las doctrinas políticas de los romanos, muy especialmente a la República de Cicerón.

Además de los comentaristas descuellan, entre los peripatéticos de esta época, el autor de la obra *περί κόσμου* y el gran erudito y médico GALENO (129 ? p. C.), ambos de tendencias muy ecleciásticas.

e) *El aristotelismo cristiano en la era patristica.* El evangelio les pareció a los primitivos cristianos doctrina muy divergente de los sistemas filosóficos del mundo helénico. Contra la filosofía en general, les había advertido San Pablo que no se dejaran seducir por ella y que no siguieran las vanas falacias de las tradiciones humanas, «según la enseñanza de los elementos del mundo» (1); contra los filósofos en general, van dirigidas aquellas palabras: «*Quia cum cognovissent Deum non sicut Deum glorificaverunt, aut gratias egerunt, sed evanescunt in cogitationibus suis, et obscuratum est insipiens cor eorum*» (2).

Esta animadversión general se concretó en Aristóteles, más que en otros filósofos. Ya en TACIANO encontramos una invectiva, dura y sarcástica, contra Aristóteles, como enemigo de la Providencia y mal educador de Alejandro Magno: «Aristóteles, habiendo puesto límite, insensatamente, a la Providencia, y habiendo

(1) 1 Cor. 2, 4-5.

(2) Rom. 1, 21, 22.

establecido la felicidad en los placeres a que él se dedicaba, cometió también la necesidad de adular al joven loco Alejandro (1). En diversas obras de la primitiva Iglesia, atribuidas falsamente a SAN JUSTINO, se refutaban las opiniones de Aristóteles; así, por ejemplo, en la *cohortatio ad graecos* (2). Y todavía más ampliamente en un opúsculo citado por FOCIO, como del mismo SAN JUSTINO, y que lleva por título *Confutatio quorundam Aristotelis dogmatum* (MG 6, 1491-1564).

ATENAGORAS se ocupa de las opiniones de Aristóteles, recogidas en los *Placita* de AECIO, para contraponerlas a las cristianas (3); en otro pasaje ataca la opinión antiprovidencialista de Aristóteles, diciendo: «Esto hizo que también Aristóteles dijera que no había providencia en las partes inferiores del cielo» (4). SAN IRENEO reprende a los Valentinianos, por haber introducido en cosas de fe «las minucias (dialécticas, el *minutiloquium*) y la sutileza en las cuestiones, cosa propria de Aristóteles» (5).

El escritor cristiano que más ampliamente se ocupó de Aristóteles, en los primeros siglos cristianos, fué HIPÓLITO, que dedica resúmenes, relativamente muy minuciosos, a sus opiniones. Su actitud respecto al Estagirita, es, poco más o menos, como la de SAN IRENEO, al reprender a BASÍLIDES por su aristotelismo anti-cristiano: «No parece oportuno pasar en silencio las opiniones de BASÍLIDES, que están tomadas de Aristóteles el Estagirita y no de Cristo» (6).

CLEMENTE DE ALEJANDRÍA insiste también, como la mayor parte de los Padres y escritores que estamos enumerando, en el antiprovidencialismo de Aristóteles; basta un sólo pasaje: «Ni será molesto, según creo, que, al llegar aquí, recuerde también a los peripatéticos. Porque el padre de esta secta, por no creer en el Padre de todas las cosas, piensa que el que lleva el nombre de Altísimo es el alma de todo; es decir, que, al pensar que Dios es el alma de todo, él mismo se talladra» (7).

ORÍGENES, en su refutación de Celso, no podía menos de referirse con frecuencia a las opiniones del Estagirita. Así dice, hablando de Moisés: «¡Ojalá que Epicuro y el que le es algo inferior al blasfemar contra la Providencia, Aristóteles y los estoicos, que hacen corpóreo a Dios, le hubieran podido oír!» No estaría el orbe lleno de doctrinas que niegan o limitan la Providencia (8).

EUSEBIO DE CESAREA reprocha, entre otras cosas, a Aristóteles el haber puesto la felicidad en los bienes de fortuna, reputándolos tan necesarios como la virtud (9). Después, suscribe los reproches dirigidos por el neoplatónico ATICO contra

(1) TACIANO, *Or. ad graec.* c. 2; ed. SCHWARTZ, p. 23.

(2) Ps. JUSTINO, *cohortatio ad graecos*, 5; MG 6, 250 sq.

(3) ATENAGORAS, *leg. pro christ.* 6; MG 6, 902; ed. SCHWARTZ p. 6. 23.

(4) l. c. 25; MG 6, 950.

(5) SAN IRENEO, *adv. haer.* II, 14, 5; MG 7, 751.

(6) HIPÓLITO, *Elechos* VII, 14; ed. WENDEL, p. 191.

(7) CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *cohort. ad gent.*, v: MG 8, 170; ed. STALLIN p. 50; cfr. *Strom* II, 21; v, 14, y muy especialmente IV, 5 contra el antiprovidencialismo.

(8) ORÍGENES, *contra. Celsum*, I, 21; MG 11, 696.

(9) EUSEBIO DE CESAREA, *Præp. evan.* XV, 3; MG 21, 1302.

Aristóteles, en el tema de la Providencia: «Aristóteles, que ha puesto la divinidad (en los cielos) hasta la luna, quita a la administración divina las otras partes del mundo» (1); objeciones iguales aduce, en el capítulo siguiente (2), contra la doctrina aristotélica de la eternidad del mundo, y en el capítulo séptimo, contra la naturaleza del éter (3).

Lo mismo impugna SAN GREGORIO NAZIANCENO «la pedantesca providencia de Aristóteles, con su método técnico, sus raciocinios sobre la mortalidad del alma, y el naturalismo de sus dogmas (4). Todavía podríamos añadir, con FESTUCIERE (5), los nombres de EPIFANIO y TEODORETO, sin contar a CIRILO DE ALEJANDRÍA (Thes, x) y, entre los latinos, a TERTULIANO (6), sin llegar a completar la lista de los Padres y escritores cristianos adversos al Estagirita. El pequeño favor o benevolencia relativa que encontró en otros Padres, como SAN BASILIO, SAN GREGORIO NISENO, DIODORO DE TARSO y NEMESIO, no sirve para amenguar en nada esta animadversión profunda que la Iglesia primitiva sintió por el que, más tarde, había de ser el Filósofo por antonomasia en el escolasticismo cristiano y musulmán.

Dos hechos de capital importancia para la historia del aristotelismo, que tienen lugar dentro del período patrístico, son los de su acogida favorable, así en las sectas heréticas en general, y, en especial, en el Nestorianismo, como en las obras de SAN JUAN DAMASCENO, que escribió los tratados completamente aristotélicos, la dialéctica (7) y la *institutio elementaris ad dogmata*, fundado en el deseo de aprovechar la filosofía gentil, «en la cual, tal vez, encontremos alguna cosecha y recogemos frutos buenos para el alma» (8). Con esto, comienza la filosofía aristotélica su oficio de *ancilla theologiae*. Ambos hechos han de influir poderosamente, así en el Islam, que tuvo su cuna en las regiones invadidas por el Nestorianismo, y que, más tarde, había de difundir el cultivo de los estudios aristotélicos hasta el Occidente, por medio de los escolásticos musulmanes de España, como en las escuelas cristianas, influenciadas directamente por la autoridad del DAMASCENO e indirectamente por la difusión del aristotelismo, fomentado por los eruditos hispanoárabigos. Otro factor histórico importante fueron también, para la invasión lenta de Aristóteles en la Europa cristiana, las traducciones y comentarios latinos de Boecio y otros autores.

(1) l. c. xv, 5; MG 21, 1310.

(2) l. c. xv, 6; MG 21, 1314.

(3) xv, 7; MG 21, 1319.

(4) SAN GREGORIO NAZIANCENO, *oratio*, 27, 10; MG 24.

(5) FESTUCIERE, *L'ideal religieux des grecs et l'évangile*, pp. 260 sq.

(6) TERTULIANO *de praescrip.*, 7.

(7) MG 95, 99-110.

(8) SAN JUAN DAMASCENO, *Dialect.* 1; MG 94, 532.

II. Escolasticismo.

La aceptación de la filosofía aristotélica en las escuelas cristianas, aunque preparada por AVICENA en el Oriente y por AVERROES en España, es un fenómeno histórico tan difícil de explicarse como transcendente para el aristotelismo y la cultura humana. ¿Cómo es posible que un autor mirado por la Iglesia primitiva con tanto recelo y hostilidad, que fué objeto de condenaciones más o menos solemnes en pleno siglo XIII, lograra al poco tiempo conseguir la hegemonía filosófica en el escolasticismo cristiano? El Concilio provincial de París, en 1210, decretaba *nec libri Aristotelis de naturali philosophia nec commentaria legantur Parisiis*. La prohibición fué repetida el 1215, por el legado pontificio ROBERTO DE COURÇON (1). Las limitaciones indicadas, por las que la prohibición sólo tenía fuerza en París y no afectaban a la lógica y ética aristotélica, amenguan, ciertamente, el alcance de las disposiciones, pero no quitan su importancia excepcional a las medidas conciliares y pontificias. Conforme a ellas, GREGORIO IX, en 1231, y URBANO IV, en 1263, ordenaron una enmienda expurgatoria de los libros del Estagirita. Estas disposiciones se adoptaban en vísperas del triunfo definitivo del aristotelismo, preparado en España, Nápoles e Inglaterra y consumado, por SAN ALBERTO MAGNO y SANTO TOMÁS DE AQUINO, en Colonia, París y Roma.

Esta victoria tan definitiva, sólo pudo obtenerse a fuerza de ingenio y de méritos relevantes por parte de sus comentadores; pero no sin previos compromisos en la interpretación del Estagirita. Por de pronto, la doctrina de éste tenía que ser enmendada en puntos tan importantes como la eternidad del mundo y la imprevisión divina respecto a los seres sublunares; además la filosofía aristotélica debía ser enseñada como preparación para los estudios teológicos, es decir, como *ancilla theologiae*. Una doctrina que había hecho al aristotelismo muy sospecho como doctrina panteísta y materialista, era el averroísmo, defendido, entre los cristianos, por SIGER DE BRABANT y, más tarde, por MARSILIO DE PADUA, JANDUNO y otros muchos filósofos italianos. AVERROES (Ibri Rosehd) concedía a cada uno de los hombres sólo el entendimiento adquirido, de naturaleza corruptible. El entendimiento agente y el posible, que son inmortales, es idéntico para todos los hombres. Aristóteles no podía hacer su entrada en las universidades cristianas enseñando semejantes errores gentílicos.

Tampoco se podía admitir la interpretación de los alejandristas. ALEJANDRO de AFRODISIAS, influido por el estoico ARISTOCLES, pretendió encontrar tres entendimientos en la psicología aristotélica: el posible, el adquirido y el agente. Sólo éste último es inmortal, eterno y separable. Los dos primeros nacen y se corrompen con la vida del cuerpo.

SANTO TOMÁS interpretó al Estagirita estableciendo en cada uno de los hombres un intelecto espiritual, que puede ser posible y agente (Sto. Tomás, *Comm. de anima*, lec. x).

Maestro ya de universidades católicas, Aristóteles tenía que acomodarse ahora a las exigencias de sus nuevos discípulos y protectores. La labor crítica, ver-

(1) Cfr. DENIFLE-CHATELAIN, *Chart. univ. París*, I 136-7, § 79.

daderamente enorme, de ediciones, comentarios, diccionarios aristotélicos, antologías, compendios y traducciones, algunas de la altura de la de GUILLERMO DE MORBECA y SILVESTER MAURUS, no podía ser ocasión ni título para que los escolásticos socavaran la doctrina católica con enseñanzas paganas y naturalistas.

A pesar de estas garantías, el triunfo aristotélico no fué tan absoluto que no durara aún varios siglos la doble corriente antagónica de exaltación y de condenación de la filosofía aristotélica, tal como se enfrentaron los espíritus en las controversias del siglo XIII. Baste recordar los debates que tuvieron lugar en la España de los siglos XVI y XVII, para establecer una serie de actitudes diversas de nuestros pensadores frente al aristotelismo.

Entre ellos, le fueron encarnizadamente hostiles, ya en la época renacentista, HERNANDO ALONSO DE HERRERA, autor de una *Breve disputa de ocho levadas contra Aristóteles y sus secuaces* (1), que cita en su favor a sus hermanos GABRIEL y DIEGO, al Obispo PEDRO DEL CAMPO, al secretario JORGE DE BARACALDO, a ALONSO RUIZ DE ISLA, a PEDRO MARTÍN y al Comendador GRIEGO.

Pero el portavoz del antiaristotelismo fué, un poco más tarde, el francés PEDRO RAMUS, que formó escuela contra el peripatetismo, contando entre sus discípulos españoles al protestante abulense PEDRO NÚÑEZ VELA y a FRANCISCO SÁNCHEZ, en su *Quod nihil scitur*, aunque, más tarde, por razones de carácter económico, se pasó éste a las filas de los aristotélicos.

Entre los peripatéticos incondicionales más ilustres, se ha de contar a GINÉS DE SEPÚLVEDA, admirador ferviente del filósofo griego, y a ANTONIO GOVEA, oponente del *Ramismo*. Junto a ellos, forman legión los escolásticos de las Ordenes religiosas, especialmente dominicos y jesuitas, precedidos, respectivamente, por SOTO y FONSECA, aunque, entre los últimos, haya mucha más elasticidad en la adhesión al Estagirita, como lo prueba el hecho de que SUÁREZ construyera la metafísica aristotélica en moldes nuevos, rechazando la interpretación metafísica del movimiento, tal como SANTO TOMÁS había interpretado los pasajes aristotélicos referentes a esta cuestión. Otros autores jesuitas, como MARIANA y NIEREMBERG, no pueden ser considerados como peripatéticos, como tampoco lo fueron PEREYRA, HUARTE DE SAN JUAN, «doña OLIVA DE SABUO», CARAMUEL (más bien antiaristotélico) y toda la escuela de VIVES, que se mantiene en un eclecticismo medurado y discreto.

Tampoco los dominicos siguieron ciegamente al Estagirita. MELCHOR CANO, en un capítulo excelente que dedica a la autoridad de Aristóteles, discute, con serenidad y perspicacia, las razones que en pro del Estagirita y de Platón se aducen, a imitación de sus respectivos patronos, adoptando esta sabia actitud:

«Nos place también a nosotros Aristóteles, y con razón nos place, con tal de que, aún contra su voluntad, no le queramos convertir siempre a los dogmas de Cristo; que es lo que los intérpretes suelen hacer ordinariamente» (2). A con-

(1) Cfr. BONILLA SAN MARTÍN, *Revue Hispanique*, t. I.

(2) Placet enim quoque nobis Aristoteles, et recte placet, modo ne repugnantem etiam illuc ad Christi velicus semper dogma convertere. Id. quod interpretes fere solent. Qui vim contextui saepe afferunt, atque Aristotelem cogunt, ut velit nolit pro fide catholica pronunciet. (MELCHOR CANO, *De locis theologicis*, x, 5.).

tinuación, enumera seis tesis aristotélicas, en las que, a su juicio, no se puede reconciliar a Aristóteles con el Evangelio.

A través de las visitudes de la lucha entablada en torno a Aristóteles, el prestigio de éste fué creciendo, si no en extensión —pues el escolasticismo se vió limitado, primeramente, a los estudios sagrados y, aún dentro de éstos, el cultivo de los estudios positivos mermó la importancia antes concedida a Aristóteles—, sí en profundidad, en el sector correspondiente al pensamiento metafísico tradicional. Prueba de ello son las veinticuatro proposiciones tomistas aprobadas por la Sagrada Congregación de Estudios (27-VII-1914), que son, bajo el punto de vista autoritario, el mayor triunfo obtenido por el aristotelismo, como se puede comprobar por el tenor de las mismas.

No quiere esto decir que ni dentro del tomismo sea absoluto el triunfo del aristotelismo, en su oposición a las doctrinas filosóficas de índole más neoplatónica. GEYER expresa acertadamente las relaciones existentes en la influencia de ambas corrientes dentro del escolasticismo: «Mientras que en ALBERTO MAGNO, juntamente con las doctrinas peripatéticas, se introduce una fuerte corriente de neoplatonismo, TOMÁS se halla en continua batalla contra los platónicos y trata de alejarse lo más posible del neoplatonismo. Es claro que no podía eliminar del todo ni el neoplatonismo de los árabes ni el de AGUSTÍN. Por lo que hace al Obispo de Hipona, en las lagunas que presenta el sistema aristotélico, recoge abundantemente materiales agustinianos, como sucede en cosmología, en las tesis de la creación, de la conservación y del gobierno del mundo, y en ética en la ley eterna, con otros elementos históricos y filológicos de la antigüedad» (1).

Con este carácter, no dogmático, pero sí más o menos obligatorio, adquirido por el aristotelismo, interpretado en sentido cristiano, está en armonía otro rasgo, no menos trascendental, del triunfo aristotélico, que es su tendencia avasalladora y la acción absorbente y monopolizadora que trata de ejercer para asegurar su victoria. Aristotelismo y platonismo, que han luchado largos siglos por la hegemonía, y durante otras épocas han intentado abrazarse amigablemente en una armonía imposible de realizarse, aparecen hoy, respectivamente, como símbolos de ciencia pura y de atisbos geniales, pero incoordinados de una sublime fantasía filosófica. Fenómeno equivalente al que ha ocurrido en el seno del escolasticismo entre las corrientes tomista y agustiniana, donde, el raciocinio agustiniano lleva la nota de genialidad no científica, desde que se ha adoptado la terminología y método aristotélicos, como únicos que responden a las exigencias de la ciencia. Así, por ejemplo, se ha podido expresar MANDONET, diciendo, sobre el método agustiniano, en su obra *Siger de Brabant*:

«Absence d'une distinction formelle entre le domaine de la philosophie et de la théologie, c'est-à-dire entre l'ordre des vérités rationnelles et celui des vérités révélées. Quelquefois, les deux ordres sont fusionnés pour constituer une sagesse totale, en partant de ce principe que les vérités possédées par les anciens philosophes sont le résultat d'une illumination divine et qu'a ce titre elles font partie

(1) UEBERWEG-PRAECHTER, *Gesch. d. Phil.* 11, II, 428.

de la revelación total. D'autres fois, les domaines de la philosophie et de la théologie sont affirmés comme distincts de droit, mais on n'arrive pas de fait à assigner un principe capable de sauvegarder cette distinction. Même tendance, d'ailleurs, à effacer la séparation formelle de la nature et de la grace. C'est ce fait de l'absorption de l'objet de la philosophie dans celui de la théologie, qui a fourni le prétexte et aussi une demi-justification à ce grief si souvent renouvelé que les scolastiques n'ont pas su aborder les problèmes scientifiques indépendamment du dogme, et même que leur philosophie ne doit pas trouver place dans l'histoire de cette science. Mais cette accusation, qui a un fondement réel chez les théologiens augustinien, n'a plus de raison d'être à l'égard de l'école thomiste» (1).

III. Aristotelismo moderno.

Al desencadenarse el ataque renacentista contra el escolasticismo, muchos humanistas impugnaron a Aristóteles, no tanto en u persona histórica, como en la del Aristóteles escolástico. Dentro del Renacimiento, brotó otra tendencia histórico-crítica del verdadero Aristóteles, que, aunque por el momento no condujo a resultados definitivos, fuera de una serie muy apreciable de traducciones, de ediciones como las de ALDUS y no pocos estudios filológicos, tuvo la virtud de preparar el terreno para los estudios críticos e históricos que se habían de llevar a cabo en la última centuria, a partir de las ediciones críticas que BEKKER y BRANDIS prepararon por encargo de la Academia de Berlín. Los nombres de BONITZ, BARTHELEMY-SAINT HILAIRE, TRENDELENBURG, DUEBNER, WILAMOWITZ, WAITZ, SEMIHL, IMISCH, ROSS, y otros muchos, que sería prolijo enumerar, han contribuído a una labor de depuración y de preparación de materiales histórico-críticos que, en cantidad y calidad extraordinarias, están hoy al alcance del investigador.

Junto a esta labor de índole más material y externa, se han realizado otros muchos trabajos críticos, biográficos e históricos, referentes a la vida de Aristóteles y a todas y cada una de sus obras. Esta nueva corriente no ha podido menos de suscitar numerosas controversias, de las cuales, las más, han tenido lugar entre los representantes de la interpretación escolástica de Aristóteles y los especialistas de la corriente criticista. Así, la falta de crítica, como el exceso de ella, han sido ocasión de deformaciones muy radicales de la realidad histórica, y, por lo menos, han provocado celos, parte justificados, parte infundados, como sucedió en la polémica sostenida entre el P. FONSECA y MENÉNDEZ Y PELA-

(1) P. MANDONNET, *Siger de Brabant*, pp. 55, 56. A propósito de Siger de Brabant, representante del averroísmo europeo, debo hacer notar que los límites estrechos del artículo y el título mismo que éste lleva, nos obligan a prescindir del aristotelismo árabe y judío. Para la inmensa literatura relacionada con el aristotelismo medieval, véase UERERWEG PRAECHTER, *l. c.*, pp. 672-675. En su desarrollo tuvieron singular importancia las escuelas de traductores, entre las cuales destacó la escuela de Toledo, con intérpretes tan insignes como DOMINICO GUNDSALINO.

YO (1), en la controversia entre ZELLER y BRENTANO y en otras escaramuzas científicas relativas a la mentalidad del Estagirita.

Uno de los puntos que más interesa a la crítica aristotélica es la fijación de su doctrina teológica. Según la mayoría de los autores, Aristóteles resolvió en sentido teísta el problema de la divinidad, pero con un teísmo de contenido muy pobre. Así, después de haber comentado algunos de sus pasajes más conocidos, dice el historiador ZELLER (2):

«Estos párrafos relativos al espíritu divino contienen la primera prueba científica del teísmo, en cuanto que, en ellos, la determinación de una inteligencia divina no se deriva de fantasías religiosas, sino que se deduce lógicamente de los principios de un sistema filosófico. Pero, al mismo tiempo, surge también aquí la dificultad cuya solución es la suprema incumbencia de toda especulación teísta, la de fijar la esencia de Dios, de tal modo, que ni la vida personal de Dios quede eliminada por su diferencia esencial de todo lo finito, ni viceversa. Aristóteles quiere forjarse un Dios consciente; mas, por otra parte, no sólo se le niega cuerpo y vida sensitiva, sino que toda producción, actuación y aún el mismo acto del querer, se declara incompatible con su perfección, quedando su pensamiento limitado a una contemplación solitaria de sí mismo, con exclusión de todo otro objeto.»

Contra estas apreciaciones de ZELLER, reaccionaron SCHNEIDER y BRENTANO, sobre todo éste último, defendiendo que Dios, al conocerse, conoce también la creación, pero sin aportar pasajes aristotélicos probativos de su tesis.

Otros filólogos ensalzan los méritos teológicos de Aristóteles, anteponiéndolos a los de los mismos escolásticos. Así, JAEGER (3) considera al Estagirita como fundador de la teología cosmológica, intelectual y objetiva, que ha servido de fundamento a las ideas teológicas de la antigüedad y de la escolástica medieval. Para ello supone, fundado en conjeturas no comprobadas, que las ideas teológicas de la Estoa, contenidas en el libro segundo del diálogo *De natura deorum* de CICERÓN —que probablemente son de origen oriental—, están tomadas de los opúsculos primerizos de Aristóteles, que hoy no se conservan; así, por ejemplo, del argumento analógico de los grados de la naturaleza, allí desarrollado (que Aristóteles no quiso utilizar en la *Metafísica*), opina JAEGER que le merece a Aristóteles el título de fundador de la teología, por la gran divulgación lograda por el opúsculo en que se supone haber desarrollado este argumento (4). Con este libro comienza la era de los argumentos racionales para demostrar la existencia de Dios.

JAEGER estima como mérito singular de Aristóteles, el haber logrado la redacción de esta prueba, no en forma meramente analítica, falta en la que incurrieron sus sucesores, ni en haber probado la existencia de un Dios popular como el que los pueblos adoran, sino de un Dios, que «por ser forma de todas las formas rea-

(1) Cfr. MENÉNDEZ Y PELAYO, *La ciencia española*, t. III, Madrid, 1888.

(2) ZELLER, *Phil. d. Griechen*, ed. 4, II, 2 p. 368.

(3) JAEGER, *Aristoteles, Grundlegung einer Gesch. s. Ent.* Berlín, 1923, p. 159.

(4) *l. c.* p. 161.

les, tiene que ser real» (1). A esta conclusión le llevaron su argumento teológico y del movimiento; tal fué el primer grandioso conato realizado para dominar el problema de la existencia de Dios sobre la base de una explicación sistemática de la naturaleza, con argumentos científicos de dialéctica concluyente (2).

La interpretación que ofrece JAEGER, está íntimamente ligada con su tesis sobre la evolución interna de Aristóteles. Esta evolución, que había sido reconocida por especialistas, como M. T. CASE (3), es considerada por JAEGER como norma absoluta para la cronología de las obras aristotélicas; de tal modo, que un escrito de Aristóteles será tanto más tardío, cuanto más se aparte de la mentalidad platónica.

Este criterio que, tomado en forma tan categórica, tiene el inconveniente de adoptar como punto inicial de partida una teoría tan incierta y ambigua como lo es la mentalidad platónica, por nuestro desconocimiento de muchas facetas de las ideas de Platón, es también recusable por otros motivos. Son demasiado bruscos los cambios que JAEGER supone, al afirmar que Aristóteles pasó del platonismo más puro e incondicional, a un semiplatonismo vacilante, en su período del Asia Menor, para avanzar, después, al antiplatonismo de su segunda estancia en Atenas, tal como se refleja en su *Física* y en la mayor parte de la *Metafísica*, olvidándose, más tarde, de sus preocupaciones metafísicas, al engolfarse en las ciencias naturales.

Dice a este propósito MANSION, en el profundo estudio que dedica a la obra de JAEGER: «Sería paradójico que el naturalista apasionado que se refleja en Aristóteles, no se hubiera despertado si no al llegar a los cincuenta años, después de haber pasado los mejores años de su juventud en un medio ambiente donde se cultivaban los estudios naturales, médicos y matemáticos, con la mayor actividad, como ocurría en la Academia, durante el último período de Platón (4).

La crítica francesa ha seguido derroteros distintos, aunque siempre en combinación con los resultados positivos de la escuela alemana, especialmente en cuestión filológica. Con atinada crítica, han observado los especialistas franceses que el punto más vulnerable de la filosofía aristotélica es su física, la ciencia en que el Estagirita apoyó con más confianza y seguridad el peso principal de sus grandes construcciones; tal vez con menos acierto, han partido, en general, de la seguridad absoluta del fundamento cartesiano de la física moderna, especialmente de la ley de la inercia. En esta doble observación o principio parecen fundarse los estudios de L. BRUNSCHVIG (5) y también, en parte de H. CARTERON (6).

Los estudios físicos de Aristóteles han sido examinados, con gran competencia,

(1) *l. c.* p. 162.

(2) *l. c.*

(3) M. T. CASE, *Encyclopaedia Britannica*, 11. ed. v. *Aristotle*.

(4) A. MANSION, *La genèse de l'oeuvre d'Aristote*, Rev. Neoscol. de Phil. 1927, p. 335.

(5) L. BRUNSCHVIG, *L'expérience humaine et la causalité physique*, Paris, 1922.

(6) H. CARTERON, *La notion de force dans le système d'Aristote*, Paris, 1929.

por O. HAMELIN (1) y por P. DUHEM, cuyos trabajos han contribuido poderosamente a la crítica negativa de las teorías aristotélicas. Dentro del mismo campo físico ha emprendido el P. J. LE BLOND (2) un análisis minucioso de los esquemas diversos a los que corresponden las teorías peripatéticas, entre las cuales encuentra contradicciones fundamentales, que obedecen a la diversidad de dichos esquemas.

Esta nueva interpretación, nacida dentro del escolasticismo, suscita un problema de importancia no despreciable para la filosofía cristiana. Hablando de estas contradicciones, que no se pueden disimular en el Estagirita, y teniendo en cuenta la acusación que contra él se lanza, cada vez con más insistencia, dice otro representante del escolasticismo francés:

«Et ce penseur païen, genie puissant merveilleusement logique, est l'auteur d'un des systemes philosophiques les plus homogènes, les plus rigoureusement liés. Cela aussi des théorèmes de Spinoza. Or, la Scolastique depui S. Thomas, est aristotélicienne; donc la conclusion s'impose: faillite de la Scolastique comme philosophie chrétienne. Voilà le préjugé. Pour le combattre, il arrive qu'on fait Aristote beacoup pus chrétien qu'il n'est» (3).

El P. BREMOND se inclina a creer que Aristóteles no es tan irreductible al cristianismo, y, para ello, concede que hay en él muchas contradicciones, derivadas de su negación de las ideas platónicas.

EL PORVENIR DEL ARISTOTELISMO

En nuestra mano está el orientar más o menos los estudios aristotélicos, en una u otra dirección; pero no el sepultar en la sombra del olvido al genio del Estagirita, que ha obligado constantemente a legiones de estudiosos a ocuparse apasionadamente de sus doctrinas, en los veintitrés siglos transcurridos desde su muerte. Aristóteles seguirá actuando en el porvenir como en el pasado. ¿Cuál será el signo de su influjo? ¿Lo podemos predecir?

Desde luego, podemos estar seguros de que los estudios aristotélicos han de tener, en adelante, una doble finalidad, marcadamente separada: la fijación ulterior del pensamiento aristotélico y la evolución progresiva de la filosofía por él iniciada. En los siglos anteriores, ambas corrientes fusionaron su caudal, sin establecer el discernimiento necesario entre la labor hermenéutica y el avance filosófico. Es mé-

(1) O. HAMELIN, *Le système d'Aristote*, París, 1920.

(2) P. J. LE BLOND, *Logique et méthode chez Aristote*, París, 1939.

(3) A. BREMOND, *Le dileme aristotélicien*, Archives de Phil., 1933, 139.

rito de la moderna filología el haber abierto, para una y otra corriente, cauces autónomos y profundos, que ya no es posible unificar.

En la fijación del pensamiento aristotélico hay, a nuestro juicio, una ingente tarea que realizar. Es cierto que la exégesis de los comentaristas griegos, árabes y escolásticos está ya superada por la crítica filológica; lo cual nada tiene de extraño, dada la imperfección de los instrumentos de trabajo de que disponían los intérpretes y exégetas anteriores a la invención de la imprenta. El hojear de los códices, sin más acotaciones que la de los «textos» o capítulos, sin más ayuda que la de las *catenas* y florilegios, siempre deficientes, era labor sumamente fatigosa y difícil, en la que el comentarista apenas contaba con otro recurso que el arsenal de su memoria. Sólo el índice de Bonitz proporciona hoy al investigador más medios de estudio que todas las bibliotecas de los comentaristas. Estas ventajas externas con que cuenta el investigador moderno, hacen que su labor de interpretación pueda ser mucho más exacta que la de los antiguos.

Pero ¿han utilizado los filólogos modernos todo este material de trabajo para cubrir las lagunas y corregir los yerros de los antiguos comentaristas? Ciertamente que no. Los comentarios antiguos están desvalorizados, pero nada hay que los reemplace. Los estudios de TRENDELENBURG, ROSS, CARTERON y otros de inferior calidad, son fragmentos sueltos para la interpretación de Aristóteles. Para que el Estagirita sea bien conocido, necesitamos comentarios totales de sus obras que vayan provistos de todo el aparato de lugares paralelos, de esquemas amplios, que hagan clara la concatenación del argumento, de aclaraciones verbales, de notas históricas y filosóficas.

Tenemos que confesar que estamos lejos de poseer interpretaciones dignas de la hermenéutica moderna, y que en los mismos procedimientos de estudio se han empleado métodos que dicen muy bien en el análisis de poetas, de historiadores y de escritores de otros géneros, en los que la expresión gramatical y el dato histórico tienen un valor definitivo; pero que son deficientes para el estudio de un filósofo, donde lo que importa es su punto de partida, su orientación

y su lógica. Estos tres elementos están muy poco estudiados en la mayoría de los puntos más transcendentales del Estagirita; y, para fijarlos, ha de contribuir el estudio detenido y amplio de la argumentación del mismo autor, más que la caza afortunada de curiosidades históricas o de fragmentos desconocidos de sus obras perdidas. Se comprende que esta búsqueda sea necesaria para autores como Zenón Citieo o Posidonio de Rodas, cuyas obras se han perdido en su totalidad; pero todo ese material de fragmentos y de alusiones históricas ocupa un lugar ínfimo en un filósofo como Aristóteles, que en miles de columnas de letra cerrada, se esfuerza en explicarnos su pensamiento.

Contra esta reanudación de la exégesis de Aristóteles, se podrá, tal vez, invocar el pretexto de que no es posible tomar en serio los comentarios del Estagirita, después de las conquistas de la filología moderna sobre la evolución constante de las ideas aristotélicas. Si la doctrina de Aristóteles no cuajó en un sistema cerrado, sino que evolucionó constantemente (JAEGER) o es producto de un conjunto de esquemas heterogéneos (LE BLOND), la labor del comentarista consistiría en el afán irrealizable de fijar un pensamiento que está en continuo flujo.

Mas, para aceptar este reparo, hay que conceder a las teorías de Jaeger y a sus descubrimientos, un alcance que no tienen. Concedido que en Aristóteles hubo un cambio de ideas importante; pero mientras, en cada caso, no se demuestre la desviación doctrinal, la exégesis aristotélica, como la de cualquier autor que haya sufrido más o menos cambios en su pensamiento, ha de proceder sobre la base de la unidad de su pensamiento. Proceder en otra forma, sería negar al Estagirita una personalidad científica que nadie puso en duda entre sus discípulos y seguidores, que nos hablan de un Aristóteles único, a quien le consideraron como verdadero autor de las obras conservadas bajo su nombre. En resumen: a Aristóteles se le ha de considerar como autor responsable de sus doctrinas; los métodos filológicos modernos no han de servir para soterrar el sistema aristotélico en su cualidad de sistema, ni para eliminar las antiguas exégesis de sus intérpretes y comentadores, si no para remozarlas y

mejorarlas. El panorama de trabajo que este plan supone, necesita legiones de investigadores.

Aun en el terreno histórico filológico, que la crítica moderna ha trabajado con especial interés, quedan todavía regiones poco exploradas en el conocimiento del Estagirita. Tal es, ante todo, el conjunto de relaciones que unen a Aristóteles con sus predecesores; se ha hablado y escrito mucho sobre el nexo entre Platón y Aristóteles, quienes probablemente llevaron al sepulcro el secreto de sus mutuas afinidades y pequeños resentimientos, sin declarárselos a nadie. Ni a Platón le convenía dar pábulo al disgusto que le pudiera ocasionar la gloria creciente y autónoma de un discípulo que le podía eclipsar, ni a Aristóteles le estaba bien el aparecer como mal amigo y como discípulo desertor de maestro tan venerado. En este sentido es muy difícil que una investigación ulterior nos sorprenda con revelaciones inesperadas. En cambio, se han estudiado muy poco las relaciones entre Aristóteles y otros escritores anteriores, a quienes debe una parte tan considerable de su saber el Estagirita, que, por la copia de sus citas, merece justamente el calificativo de padre de la Historia de la Filosofía. Examinar con cuidado las relaciones de Aristóteles con los autores por él citados, es empresa que puede iluminar notablemente la índole del sistema doctrinal del Estagirita.

En particular, merecen estudiarse con interés las relaciones entre Aristóteles y los pitagóricos. El pitagorismo fué la corriente doctrinal que Aristóteles con más saña ridiculizó, refutó y combatió, a lo largo de todos sus escritos, lo mismo en su juventud que en el ocaso de su vida. Las mismas controversias que sostiene con los platónicos, responden, de ordinario, a su animosidad contra Pitágoras. El Estagirita no podía comprender que una inteligencia tan preclara y disciplinada como la de su maestro, se hubiera dejado seducir por la fantasía crédula y alborotada de visionarios como Pitágoras. La ciencia oriental, representada en Grecia por las cábalas astrológicas de Pitágoras, se le hacía una ciencia propia de ilusos. La filosofía y la teología aristotélicas tienen, como objetivo primordial, el liberar a la religión culta de los griegos de aquella servidumbre oriental, haciendo de la religión una verdadera ciencia, en el sentido em-

pírico y positivo que esta palabra había conquistado desde Demócrito.

* * *

Más difícil es adivinar la trayectoria que, en su evolución, ha de seguir la escuela peripatética, hoy representada todavía en el escolasticismo. La diferencia misma que separa a los escolásticos del aristotelismo puro, es tan inmensa, que sólo con gran trabajo se pueden precisar las etapas de esa progresión creciente con que el escolasticismo ha ido modificando su *facies* doctrinal, hasta llegar a la fase en que hoy se encuentra.

El aristotelismo cristiano conserva de Aristóteles nociones aisladas, algunas clasificaciones y el esqueleto de sus categorías; pero en el interior de esas nociones y en los dogmas vivos que envuelven a esas categorías, ha depositado el genio cristiano tesoros de ciencia perenne, que no pudo penetrar la mirada opaca de un filósofo que negaba la Providencia.

El aristotelismo, expurgado por Santo Tomás, conservó aún, durante varios siglos, la hegemonía científica, merced a la costumbre de enseñar la filosofía en la forma clásica de comentarios de Aristóteles.

Dos españoles ilustres contribuyeron, en primera línea, a echar por tierra esta hegemonía de Aristóteles: Luis Vives, en forma de protesta airada contra los abusos introducidos por un peripatetismo decadente; y Francisco Suárez, en forma de construcción positiva, oscureciendo, para siempre, la metafísica aristotélica con el resplandor de sus *Disputaciones Metafísicas*, inspiradas, unas veces, en la problemática del Estagirita y, muchas más veces, en las aguas puras del pensamiento cristiano.

SUÁREZ observó tres siglos antes que JAEGER, la falta de unidad de la metafísica aristotélica, como lo anota acertadamente Grabmann (1); comprendió la situación desventajosa en que se hallaba la

(1) Cfr. M. GRABMANN, *Mittelalterliches Geistesleben*, I, München (1926), p. 528.

filosofía cristiana, condenada a explanar sus grandes teorías bajo un sistema ajeno, con ocasión de algunas expresiones incidentales del Estagirita. El Doctor Eximio no se resignó a ver el Evangelio vi- viendo en forma precaria, y se decidió a echar los cimientos de una metafísica cristiana, en que los materiales aristotélicos sirvieran de complemento y de materia de ornamentación cultural, mas sin comprometer la armonía e integridad que debía poseer en sí misma la ideología filosófica de mentes esclarecidas por la luz del Evangelio.

Suárez abrió una nueva era al pensamiento humano. Lo que en Aristóteles es balbuceo confuso y vacilante, adquiere en el Doctor Eximio la madurez del discurso perfecto. Tal sucede con la doctrina sobre el objeto de la metafísica, el concepto y propiedades del ente, la teoría de la causalidad y las mismas categorías. En estas doctrinas, Aristóteles es tan sólo el punto de partida de muchas de las discusiones y el forjador de fórmulas filosóficas aceptadas por la posteridad peripatética; la savia vital vaciada dentro de esas fórmulas, es patrimonio de la sabiduría cristiana.

En otros temas, y precisamente en los más fundamentales de la filosofía, Suárez avanzará por regiones casi desconocidas para el Estagirita. Tal sucede, por citar algún caso, en la *disputación quinta*, sobre la unidad individual, y en la *disputación treinta y cuatro*, sobre la personalidad. Dígase otro tanto sobre las *disputaciones veinte-veintidós*, en que se trata sobre la creación y conservación de los seres por Dios y sobre el concurso de la acción divina. Más lejos aún de la esfera terrena en que se mueve Aristóteles, se eleva el vuelo del pensador cristiano, en las *disputaciones veintiocho-treinta y una*, que versan sobre las relaciones entre el ente finito y el infinito. La *disputación treinta y una* termina con la explicación de la dependencia del ser creado respecto a Dios; en ella, Suárez eleva la especulación filosófica hasta los confines del mundo sobrenatural. Si el pensamiento cristiano y aun el humano, ha de tener como meta suprema el conocimiento de las relaciones entre el hombre y Dios, Suárez, maestro egregio en la explicación de las distancias que separan a lo finito de lo infinito, es el pensador que más alto ha subido en la explicación filosófica de la unión del hombre con Dios. Por eso, la filosofía peripatética

cristianizada tiene en él un jefe que, con mirada genial, le descubre horizontes inmensos, iluminados a medias por la luz de la inteligencia y de la revelación.

Grabmann ha explicado, con el peso de su inmensa erudición, la trascendencia de las *Disputaciones Metafísicas* de Suárez en la Historia de la Filosofía; su autoridad, unida a las muchas que el mismo autor cita y comenta, nos sirve de garantía al tratar de dar a Suárez un relieve tan excepcional en la filosofía cristiana. El sendero abierto por Suárez, puede transformarse fácilmente en camino real del pensamiento cristiano. Al separarse del método clásico de los comentarios aristotélicos, superándolos con una creación tan genial y portentosa, ha creado un sistema nuevo, en que la mente humana se ve forzada a someterse a la divinidad, para unirse con ella, transformándose en sujeto apto para las operaciones de la gracia, como instrumento del imperio divino, a cuya acción se adapta, mediante su potencia obediencial, pasiva y activa.

Aristóteles perdió en Santo Tomás el carácter pagano antiprovidencialista, ingénito a toda su filosofía. El Doctor Angélico le hizo adoptar dogmas muchos más extremosos que los que él había combatido en el pitagorismo. Con Suárez, perdió definitivamente el mismo cargo de maestro que venía ejerciendo en la filosofía perenne, teniendo que contentarse con la gloria eterna que sus méritos le han merecido en la Historia de la Filosofía, y que Suárez es el primero en reconocérselos. En otros sectores de la Filosofía, muy especialmente en la moral, es mucho menor todavía la autoridad docente que Suárez reconoce en el Estagirita.

Alguien ha considerado a Suárez como un analizador que arrastra con la habilidad seductora de su raciocinio, pero a quien le falta la visión de conjunto que se exige de un pensador de talla excepcional (1). A nuestro juicio, es al revés; el dialéctico, con ser muy penetrante, es en Suárez muy inferior al genio y al vidente. En trabajos, parte publicados, parte en preparación, abrigamos la esperanza de probar prácticamente que el que sólo ha visto en Suárez al

(1) Cfr. J. T. DELOS, *La Société Internationale et les principes du Droit Public*, París (1929), p. 230.

maestro brillante de una escuela filosófica, que proporciona a sus discípulos un arsenal rico en definiciones y distinciones, en esquemas, en tesis propias y en ratiocinios ingeniosos, y no ha sorprendido en él una unidad maravillosa del pensamiento cristiano, ha pasado por sus obras sin comprender lo mejor que ellas encierran. En el Doctor Eximio hay muchos puntos controvertibles, como los hay en el Doctor Angélico, su maestro y guía; pero lo más fundamental de su filosofía recuerda, por su unidad y la fuerza aplastante de la verdad, la concatenación y profundidad que tienen los ejercicios ignacianos para la moral cristiana.

En otros estudios nos hemos ocupado del parentesco que existe entre la ascética de San Ignacio y la filosofía suareziana. Al aristotelismo, cristianizado por Santo Tomás, ha enriquecido, de este modo, Suárez, con los raudales de luz con que está iluminada la vida interna del cristiano. No pretendemos con esto hacer un llamamiento a favor del suarismo, sino afirmar la esperanza de que los estudiosos que buscan en el Doctor Eximio dirección para salir de la crisis filosófica en que se encuentra la cultura humana, encontrarán en él un guía que les oriente en su noble empresa, con una dirección complementaria a la que el mismo Suárez había encontrado en la ascética ignaciana.

ELEUTERIO ELORDUY, S. J.

EL liberalismo es la burla de los infortunados; declara maravillosos derechos: la libertad de pensamiento, la libertad de propaganda, la libertad de trabajo... Pero esos derechos son meros lujos para los favorecidos por la fortuna. A los pobres, en régimen liberal, no se les hará trabajar a palos, pero se les sitia por hambre. El obrero aislado, titular de todos los derechos en el papel, tiene que optar entre morir de hambre o aceptar las condiciones que le ofrezca el capitalista, por duras que sean. Bajo el régimen liberal se asistió al cruel sarcasmo de hombres y mujeres que trabajaban hasta la extenuación, durante doce horas al día, por un jornal mísero, y a quienes, sin embargo, declaraba la ley hombres y mujeres «libres».

*JOSÉ
ANTONIO*

NOTAS DOCENTES

DEL EXTRANJERO

El Consejo Nacional de Educación en Portugal

EN abril de 1936, fueron publicadas las bases de reorganización del Ministerio de Instrucción Pública, denominado, a partir de este momento, Ministerio de Educación Nacional. Estas bases traducen el pensamiento del Ministro, Profesor Carniero Pacheco, el cual se proponía dar nuevas direcciones al Ministerio correspondiente, en las que dominaran, no solamente la instrucción de la juventud, sino también su educación. Fué, por ello, creado el Consejo Nacional de Educación (Junta Nacional da Educação — J. N. E.), en sustitución de otros órganos internos del Ministerio, a los que estaban asignados el estudio de todos los problemas que pudieran comúnmente interesar la formación del carácter, enseñanza y cultura. Este nuevo organismo —J. N. E.— tiene una importancia esencial, ya que se puede decir que todos los servicios del Ministerio vienen a depender del mismo, por estar llamados a colaborar en la obra de educación nacional los representantes de las Escuelas de todos los grados, de las Corporaciones científicas, culturales y deportivas; representaciones de tipo familiar y de las varias organizaciones de carácter social. Se puede decir que el J. N. E. es un organismo de carácter complejo, el cual tiene por fin toda la actividad del Ministerio de Educación Nacional, y que, por medio de sus múltiples

Secciones y Subsecciones, y de la rígida organización jerárquica, obtiene la cooperación de muchas Instituciones e individuos, sin que ello sea obstáculo a su necesaria unidad de acción.

DECRETO-LEY NUMERO 26.611, DE 19 DE MAYO DE 1936

TITULO I

FINES GENERALES

ARTÍCULO 1º La J. N. E., constituida por la Ley número 1.941 de 11 de abril de 1936, es un organismo técnico y consultivo, que funciona unido al Ministerio de Educación Nacional, y que tiene por fin el estudio de los problemas relativos a la formación del carácter, a la enseñanza y a la cultura de los ciudadanos portugueses, así como al integral desenvolvimiento de su capacidad física.

ART. 2º. El Consejo Permanente de la Acción Educativa, creado por la misma Ley número 1.941, es un organismo ejecutivo, que tiene por fin asegurar, en vía jerárquica, la unidad y continuidad de acción del Ministerio de Educación Nacional, teniendo también función consultiva.

TITULO II

ORGANIZACION

ART. 3º La J. N. E. será nombrada por el Ministro, por un período normal de tres años, debiendo recaer la elección sobre individuos o instituciones que hayan dado pruebas de capacidad en cualquier ramo de interés para la educación nacional.

1) El Ministro elegirá como Presidente de la J. N. E., individuo que ya ha dado relevantes pruebas de interés por la educación de la juventud.

2 y 3) Se refieren al nombramiento para los puestos vacantes.

ART. 4º La Junta Nacional de Educación, estará constituida por las siguientes Secciones: 1º Educación moral y cívica. 2º Enseñanza Primaria. 3º Enseñanza Secundaria. 4º Enseñanza Superior. 5º Enseñanza Técnica. 6º Bellas Artes; y 7º Alta Cultura.

1) La Sección primera estará dividida en dos Subsecciones: Educación moral y civil y Educación física y premilitar.

2) La Sección quinta estará dividida en las siguientes Subsecciones: Enseñanza Técnica y Profesional; Enseñanza Técnica Media, Enseñanza Técnica Superior y Enseñanza Artística.

3) La Sección sexta está dividida en las siguientes Secciones: Artes plásticas; Museos y Monumentos; Antigüedades, Excavaciones y Numismática; Música, Arte escénico y Canto coral; Literatura, Bibliotecas y Archivos.

4) La Sección séptima está dividida en las siguientes Subsecciones: Investigaciones científicas y Relaciones culturales.

ART. 5º La Sección primera (Educación moral y física) está constituida por el Director general de Sanidad Escolar, como Presidente, y de los componentes de sus Subsecciones.

1. La Subsección primera (Educación moral y civil) está compuesta como sigue: 1), un Vicepresidente y de cuatro a seis miembros nombrados por el Ministro; 2), un representante de la 15 Sección (Intereses espirituales y morales), de la Cámara Corporativa; 3), el Director general de Asistencia; 4), el Director de los Servicios de Censura del Ministerio del Interior; 5), un representante del Comisariado general de la Juventud portuguesa; 6), un representante de la Comisión Ejecutiva de la Obra de la Madre a favor de la Educación Nacional; 7), un representante de las Asociaciones de los Cabezas de Familia; 8), uno representante del Comité Olímpico portugués; 9), un representante de la Fundación Nacional por la «Alegría en el Trabajo»; 10), un representante de los Servicios de Inspección de los espectáculos; 11), Inspectores de la Enseñanza privada.

2. La Subsección segunda (Educación física y premilitar) está compuesta como sigue: 1), un Vicepresidente, que será el Presidente de la Comisión Superior de Educación física del Ejército, y de cuatro a seis miembros nombrados por el Ministro; 2), el Director general de Sanidad; 3), el Director general de Asistencia; 4), un representante del Comisariado general de la Juventud portuguesa; 5), un representante de la Comisión Ejecutiva de la Obra de la

Madre a favor de la Educación Nacional; 6), un representante de las Asociaciones de Cabezas de Familia; 7), un representante de la Fundación Nacional por «La Alegría en el Trabajo»; 8), un representante del Comité Olímpico portugués; 9), un representante de las Federaciones deportivas; 10), Inspectores de la Enseñanza privada.

ART. 6º La segunda Sección (Enseñanza Primaria) está constituida por el Director general de la Enseñanza Primaria, como Presidente, y de: 1), un Vicepresidente y de cuatro a seis miembros nombrados por el Ministro; 2), un representante de la Enseñanza colonial; 3), un representante de los padres y Maestros; 4), un representante de las Municipalidades; 5), el Inspector de la Enseñanza privada.

ART. 7º La tercera Sección (Enseñanza Secundaria) está constituida por el Director de Enseñanza Secundaria, como Presidente, y de: 1), un Vicepresidente y de cuatro a seis miembros nombrados por el Ministro; 2), un representante de la Enseñanza colonial; 3), un representante de los padres y de los Maestros; 4), un representante de los Ayuntamientos que mantengan un Liceo; 5), Inspector de la Enseñanza privada.

ART. 8º La cuarta Sección (Enseñanza Superior) está constituida por el Director general de Enseñanza Superior, como Presidente, y de: 1), un Vicepresidente, que será el Rector de la Universidad de Lisboa, y de los Rectores de las Universidades de Coimbra y Oporto; 2), un miembro por cada una de las Facultades, nombrado por el Ministro; 3), un representante de la Enseñanza colonial; 4), un representante de los padres y de los Maestros; 5), un representante de los laureados y diplomados.

ART. 9º La quinta Sección (Enseñanza Técnica) está constituida por el Director general de la Enseñanza Técnica, como Presidente, y de los componentes de las cuatro Subsecciones:

1. La primera Subsección (Enseñanza Técnica y Profesional) está compuesta como sigue: 1), un Vicepresidente y un miembro por cada tipo de Escuela Profesional, nombrados por el Ministro; 2), un representante de la Enseñanza colonial; 3), un representante de los

padres y de los Maestros; 4), representantes de las Asociaciones de Agricultura, Comercio e Industria, legalmente constituídas; 5), un representante de los Ayuntamientos; 6), Inspector de la Enseñanza privada.

La Subsección segunda (Enseñanza Técnica Media) está constituida como sigue: 1), un Vicepresidente y un miembro por cada tipo de Escuela de Enseñanza Media, nombrados por el Ministro; 2), un representante de la Enseñanza colonial; 3), un representante de los padres y de los Maestros; 4), representantes de las Asociaciones de Agricultura, Comercio e Industria, legalmente constituídas; 5), un representante de los Ayuntamientos; 6), Inspector de la Enseñanza privada.

La Subsección tercera (Enseñanza Técnica Superior) está constituida como sigue: 1), un Vicepresidente, que será el Rector de la Universidad Técnica; 2), un miembro por cada tipo de Escuela de Enseñanza Técnica Superior, nombrado por el Ministro; 3), un representante de la Enseñanza colonial; 4), un representante de los padres y de los Maestros; 5), representantes de las Asociaciones de Agricultura, Comercio e Industria, legalmente constituídas.

La cuarta Subsección (Enseñanza Artística) está compuesta como sigue: 1), un Vicepresidente y un miembro por cada tipo de Escuela de Enseñanza Artística, nombrados por el Ministro; 2), un representante de los padres y de los Maestros; 3), Inspector de la Enseñanza privada.

ART. 10. La Sección sexta (Bellas Artes) tiene como Presidente el Presidente de la Academia Nacional de Bellas Artes, y está compuesta de los componentes de las cuatro Subsecciones:

1. La primera Subsección (Artes Plásticas, Museos y Monumentos) está compuesta como sigue: 1), un Vicepresidente, y de cuatro a seis miembros, nombrados por el Ministro; 2), el Director del Museo Nacional de Arte Contemporáneo; 3), un representante de cada uno de los Museos, nombrado por el Ministro; 4), un Delegado de la Inspección de Bellas Artes; 5), el Director general de Edificios y Monumentos Nacionales; 6), un representante de la Sociedad Nacional de Bellas Artes; 7), un representante de los Ayun-

tamientos que posean un Museo; 8), el representante del Consejo Nacional del Turismo; 9), el Director del Secretariado de la Propaganda Nacional.

La Subsección segunda (Antigüedades, Excavaciones y Numismática) está compuesta como sigue: 1), un Vicepresidente y de cuatro a seis miembros, nombrados por el Ministro; 2), el Ingeniero Jefe de los Servicios Geológicos; 3), el Director del Museo Etnológico, Dr. Leite de Vasconcelos; 4), un representante de los Institutos de Antropología de la Universidad; 5), un representante de las Asociaciones de Arqueólogos portugueses y uno del Instituto portugués de Arqueología, Historia y Etnografía; 6), un representante de otras colectividades científicas que se dedican al estudio de la Arqueología.

La Subsección tercera (Música, Arte escénico y Canto coral) está compuesta como sigue: 1), un Vicepresidente, que será el Director del Conservatorio Nacional de Música, y de cuatro a seis miembros, nombrados por el Ministro; 2), un representante de las Sociedades o Centros de Cultura Musical; 3), el Secretario del Instituto Nacional del Trabajo; 4), el Director de la Emisora Radio Nacional; 5), el Director del Secretariado de Propaganda Nacional; 6), un representante de la Inspección de Espectáculos.

La Subsección cuarta (Literatura, Bibliotecas y Archivos) está compuesta como sigue: 1), un Vicepresidente, que será el Inspector Superior de Bibliotecas y Archivos, y de cuatro a seis miembros, nombrados por el Ministro; 2), el Presidente de la Academia de Ciencias de Lisboa y de la Academia Portuguesa de Historia; 3), un representante de los Ayuntamientos que posean Biblioteca-Archivo.

ART. 11. La Sección séptima (Alta Cultura) constituye el Instituto para la Alta Cultura, con personalidad jurídica, y está constituido por un Presidente, elegido por el Ministro entre personas que hayan realizado trabajos de mérito en la investigación científica, y de los componentes de las dos Subsecciones:

La Subsección primera (Investigación científica) está compuesta como sigue: 1), un Vicepresidente y de cuatro a seis miembros, nombrados por el Ministro, entre Profesores o miembros de Corpora-

ciones científicas; 2), un representante de todo Instituto de investigación científica, reconocido por el Estado; 3), el Presidente del Consejo de Misiones Coloniales.

La Subsección segunda (Relaciones culturales) está compuesta como sigue: 1), un Vicepresidente y de cuatro a seis miembros, nombrados por el Ministro, entre Profesores y miembros de Corporaciones científicas; 2), los Rectores de las Universidades; 3), los Presidentes de las Academias reconocidas por el Estado. La Dirección del Instituto de Alta Cultura está constituida por su Presidente, de los Vicepresidentes de las dos Subsecciones y de dos miembros, nombrados por el Ministro, uno por cada Subsección.

ARTS. 12 y 13. Relativos a particularidades de algunos nombramientos.

ART. 14. El Consejo Permanente de Acción Educativa está constituido por el Presidente del Consejo Nacional de Educación, por los Presidentes de las Secciones de este Consejo y de los Inspectores de Enseñanza privada.

TITULO III

COMPETENCIA

ART. 15. Será competencia del Consejo Nacional de Educación: 1) Proceder, teniendo en cuenta las iniciativas que partan del Ministro, al estudio preparatorio de cualquier Decreto, Reglamento o propuesta de Ley y desarrollar la Exposición de Motivos de los mismos; 2) Proceder a la revisión de cualquier proyecto de Decreto, Reglamento o propuesta de Ley que les haya sido sometido, limitando su acción a la corrección técnica del texto y a la unidad orgánica de toda la legislación; 3) Promover investigaciones y experimentos pedagógicos, así como dar sugerencias relativas al progreso de la Legislación y al perfeccionamiento de los Servicios; 4) Armonizar los varios ramos de la Enseñanza, y definir los límites de los respectivos programas observando el orden lógico de las materias y eliminar todo aquello que sea inútil y pedagógicamente omisible; 5) Orientar, por

medio de la política del espíritu, la acción de la Escuela, a fin de obtener una formación moral e intelectual y el concepto de servir a la Nación en todas las circunstancias, dentro del orden social constitucionalmente establecido; 6) Estudiar el problema de la preparación y del perfeccionamiento del Profesorado, en lo referente a sus aptitudes pedagógicas, a fin de estimular la iniciativa privada en el campo de la educación, para obtener una mayor cooperación de la Enseñanza privada, con la familia y el Estado, bajo la indispensable vigilancia del Estado; 8) Extender los métodos especiales para la educación de toda clase de anormales, sea mediante la acción del Estado, sea estimulando la iniciativa privada; 9) Informar sobre la convalidación de títulos y de estudios extranjeros, en relación a los títulos de las Escuelas portuguesas, así como organizar las pruebas de equivalencia que puedan ser necesarias, especialmente para los hijos de portugueses, en los términos de la base 11 de la Ley número 1.941 (portugueses residentes en el extranjero); 10) Promover la institución de bolsas escolares, con la colaboración de los Municipios y de otros órganos públicos y privados, para estudiantes pobres de reconocida capacidad moral e intelectual, y de premios nacionales para los mejores estudiantes, los cuales consistirán, preferiblemente, en visitas a los monumentos históricos y en viajes en las colonias portuguesas; 11) Informar sobre todas las cuestiones que, por determinación de la Ley y por disposición ministerial, les sean presentadas; 12) Formar los índices bibliográficos para la constitución de la Biblioteca del Ministerio de Educación Nacional, en plena correspondencia, permanentemente, sea con la evolución doctrinal y legislativa, sea con la necesidad cultural de la Nación.

ART. 16. A la primera Sección (Educación moral y cívica) compete el estudio de los medios a emplear para la formación moral y cívica de los ciudadanos portugueses —en armonía con el párrafo 3º del artículo 43 de la Constitución— y para la valoración de sus energías físicas, en el espíritu de devoción a la Patria.

1. A la primera Subsección (Educación moral y cívica) compete, especialmente: 1) Organizar y revisar el programa literario de la educación moral y cívica, en relación a los diferentes grados de

Enseñanza, y de la educación familiar en la Escuela femenina; 2) Informar sobre la elaboración de los manuales de educación moral y cívica y sobre el valor de los libros de lectura y sobre los manuales de Historia y Filosofía, solicitando, en su caso, por escrito, informe de personalidades nacionales de reconocida competencia; 3) Promover el desenvolvimiento de lecturas edificantes para jóvenes portugueses, y dar el propio parecer sobre libros destinados a premios escolares, de cualquier grado de la Enseñanza; 4) Proceder a la revisión de todas las relaciones oficiales y datos estadísticos sobre acción moral y cívica desenvuelta en las Escuelas portuguesas de cualquier grado, sean públicas o privadas, y promover, para estas últimas, la ayuda del Estado, cuando en las mismas se preste un relevante servicio de asistencia a las clases necesitadas, así como promover su reconocimiento oficial cuando reunieren los requisitos técnicos y pedagógicos considerados suficientes por disposición ministerial; 5) Establecer las líneas generales directrices para el registro de todas las Asociaciones de educación y recreativas, con especificación de sus fines, así como conocer de la acción moral y cívica por ellas desenvuelta; 6) Emitir informes en torno a la producción y a los trabajos, de cualquier género, propuestos por las representaciones cinematográficas y relativamente al argumento de los «films» de la industria nacional, relativos a motivos portugueses, así como establecer los programas del teatro, del cinema y de la radiodifusión educativa; 7) Establecer las normas a las cuales deben subordinarse la vigilancia moral y político-social de los espectáculos y la censura educativa de toda publicidad, así como proponer las sanciones que deban aplicarse a los que las inflinjan; 8) Promover la revisión de la nomenclatura de los lugares en todo el país, con el fin de eliminar todos aquéllos que sean contrarios a la acción educativa; 9) Dictar las bases para la creación de Asociaciones escolares en todos los Institutos de Enseñanza, a fin de desenvolver el espíritu de cooperación entre los estudiantes en los límites de una acción exclusivamente educativa o de asistencia; 10) Emitir informe acerca de los métodos de educación moral y cívica a adoptar en las organizaciones nacionales de la «Juventud

Portuguesa», con el fin de crear determinadas aptitudes de trabajo, como deber de solidaridad social; 11) Informar sobre todas las canciones nacionales que exalten la gloria portuguesa, la dignidad del trabajo y el amor a la Patria, y sobre cantos regionales educativos, destinados al canto coral en los Institutos de Enseñanza, sean oficiales o privados; 12) Promover todo aquello que pueda concurrir a la salud moral de la vida portuguesa, definiendo las líneas directrices por las que la Escuela coopera con la familia en la formación de la recta conciencia y de la enérgica voluntad de la juventud.

2. A la segunda Subsección (Educación física y premilitar) compete, especialmente: 1) Organizar y revisar el plan general de la Higiene y de la Educación física de la juventud portuguesa, en sus relaciones con la familia, la Escuela y la Nación, plano que tendrá lugar con el desenvolvimiento de la enseñanza de Puericultura en las Escuelas femeninas; 2) Informar sobre los métodos de educación física, tendentes a dar al individuo un mayor valor físico, útil a sí mismo y a la colectividad; 3) Promover la orientación y coordinación de juegos deportivos, respetando la constitución anatómico-fisiológica del individuo y el espíritu de fraternidad y de leal competición y la cooperación de las respectivas organizaciones en la obra educativa del Estado; 4) Coordinar las representaciones oficiales portuguesas en las competiciones deportivas, e informar, caso por caso, sobre la oportunidad e idoneidad de los representantes sobresalientes que deban saber servir al buen nombre de la Nación, aun cuando no se clasifiquen en los primeros puestos; 5) Promover el desenvolvimiento de todas especies de deportes, particularmente de los ejercicios al aire libre, y estimular la creación de un amplio sistema de gimnasios, piscinas naturales y artificiales, y campos de juego en todo el País; 6) Promover la organización de una «carta deportiva» del país, con el registro de los núcleos deportivos regularmente constituídos, de las instalaciones esenciales y de los elementos que ofrezcan la misma Naturaleza, y proponer los medios adecuados para una eficaz protección de los animales que tengan relación con el deporte; 7) Informar sobre los métodos de educación física y premilitar a adoptar en las organizaciones nacionales de

la juventud portuguesa, oído el Estado Mayor del Ejército, para la parte relativa a la instrucción militar propiamente dicha; 8) Conocer de todas las relaciones oficiales y datos estadísticos en torno a la influencia de la moda y de las organizaciones educativas portuguesas, para todo aquello que se refiera a la cultura física y a la preparación obligada civil y militar; 9) Organizar el control de las condiciones de vida física de los estudiantes, tanto en lo que se refiere a la habitación, como a la alimentación, particularmente en cuanto a los jóvenes que no se hallen en familia; 10) Promover todo cuanto pueda concurrir directamente a aumentar el vigor de la raza portuguesa.

ART. 17. La segunda Sección (Enseñanza Primaria) es competente para: 1) Organizar y revisar los cuadros de la disciplina y de los programas de Enseñanza Primaria, teniendo presente que esta Enseñanza, adecuada en sus métodos a la edad de los escolares, debe estimular el amor al país y ser orientada en el sentido de dar una preparación pre-profesional y esmerar la enseñanza de la economía doméstica en las Escuelas femeninas; 2) Informar sobre la selección de libros y compendios, acentuando el sentido de orientación moral y civil a adoptarse oficialmente por las respectivas Enseñanzas, así como conservar, en cuanto sea posible, los caracteres prácticos, solicitando, eventualmente y por escrito, informe de personas competentes, previa autorización del Ministro en cada caso concreto; 3) Proponer la Comisión que debe organizar los temas de examen para las pruebas escritas, que deberán ser recopiladas equilibradamente y con toda la claridad y simplicidad posible; 4) Conocer de los informes anuales de los Inspectores de Enseñanza Primaria, sean oficiales o privados, y valorar los datos estadísticos relativos a la Enseñanza Primaria, teniendo presente, sobre todo, el modo cómo los programas son tanto exactamente interpretados como exigidos; 5) Proponer los medios más eficaces para la desaparición del analfabetismo en breve período de tiempo, partiendo de la base que el saber leer, escribir y hacer cuentas, es necesario a la mayor parte de los portugueses, y estimular la institución de comedores escolares.

ORLANSE hoy de luto nuestras páginas con la evocación emocionada y fervorosa de la figura de José Antonio.

Hace cinco años que, en un amanecer brumoso de noviembre, el plomo criminal de una política de resentimientos segó el alto genio de aquella vida ejemplar y admirable.

La muerte de José Antonio produjo el milagro de abrir los más dilatados horizontes a una doctrina y a un pensamiento que tienen ya entre nosotros categoría histórica de inmortalidad. Porque los postulados de la Falange no constituyen el guión para una norma de gobierno ni significan, en su esencia, ese concepto frío y liberal de lo que a principios de siglo se llamó «programa político».

Por primera vez en España surge una forma nueva de valorar la vida, y este nuevo estilo, humano y español, de concebir el Mundo a través de su más honda trayectoria espiritual, se incorpora de pronto a la categoría de credo del Estado.

Si la Falange es una manera de ser, José Antonio nos dijo cómo soñaba él que fuese el hombre de España. Excepcionales ejemplos de renunciamento, de abnegación y de virtud ha dado a la juventud española el Fundador de la Falange, para que nadie que se considere servidor de su obra pueda sentirse desfallecer ante la exigencia del sacrificio.

Hoy, en que las nieblas frías de noviembre traen al ánimo entristecido, por la ausencia eterna de nuestro primer camarada, el recuerdo de su dramática y heroica muerte, nosotros queremos proclamar desde aquí nuestra adhesión viva, ardiente e inquebrantable a aquellas doctrinas que José Antonio proclamara a los cuatro vientos de España, y cuyo triunfo pagó él a costa de su propia vida.

A los cinco años de consumarse aquel crimen sin nombre, que simboliza el límite de la más refinada crueldad a que pudo llegar el marxismo, reafirmemos una vez más la profesión de nuestra fe política con ese grito inmortal por el que tantas veces, al borde mismo de su propia sangre, dieron cara a la muerte nuestros mejores: ¡Arriba España!

REPORTAJES

El Caudillo inaugura la Exposición Nacional de Bellas Artes instalada en el Retiro

*Concurren 343 artistas con 337 obras de
pintura; 97, de grabado; 116, de escultura,
y una, de arquitectura*

*El primer Certamen Nacional se celebró
en 1847, en el antiguo Ministerio de
Fomento de la calle de Atocha.*

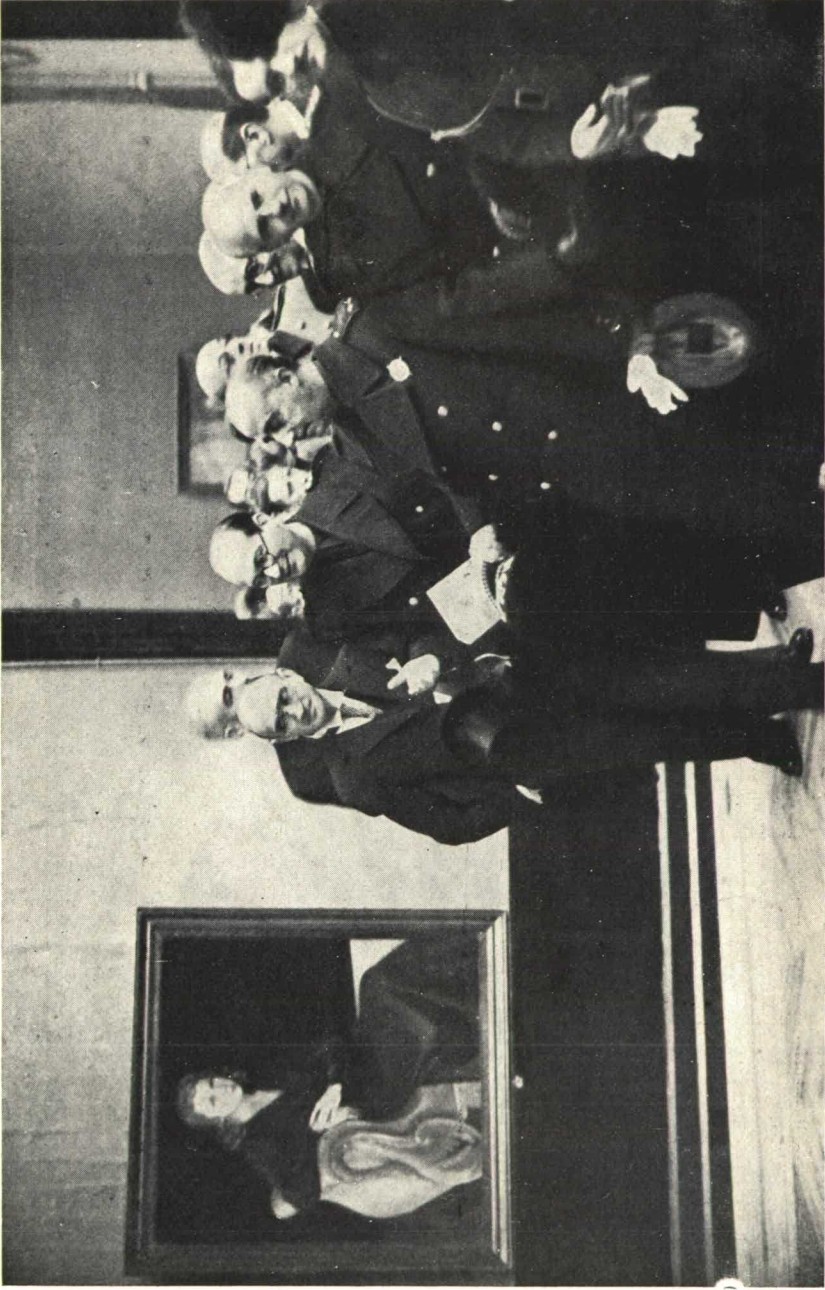
BAJO el signo de Franco, nuestro Caudillo, propulsor incansable de la cultura patria, ha abierto sus puertas en el otoño tercero de la Paz, la Exposición Nacional de Bellas Artes, convocada por el Ministerio de Educación. Quiso el Jefe del Estado honrar con su presencia la apertura del Certamen, primero que se celebra después de nuestra Cruzada, reiterando de este modo su acusada preocupación por el renacer artístico de España, que, bajo su alto mecenazgo, impulsa el Ministerio de Educación Nacional. Con perseverante entusiasmo estimuló nuestro Caudillo los propósitos del Ministerio y formuló atinadas iniciativas que realzasen la celebración del magno Certamen. Ardua tarea, que pudo ser vencida por el tesón infatigable de sus organizadores. No es labor de poca monta ofrecer a un pueblo, que aún recuerda las penalidades de una guerra civil, y que sufrió tan honda expoliación en su acervo artístico, la suntuosidad y valía de la Exposición que acaba de inaugurarse en

los Palacetes del Retiro. A ella han acudido las primeras figuras del arte: Medallas de Oro, Primeras Medallas, Primeros Premios en otros certámenes y concursos. Con el lenguaje elocuente de las cifras —551 obras expuestas—, la Exposición Nacional de Bellas Artes acusa la dinámica potencialidad de nuestro vigoroso resurgir cultural y representa el verdadero exponente del nivel artístico español.

APREMIANTE LABOR

En la primavera de 1940, el Ministro de Educación Nacional, señor Ibáñez Martín, afirmó en la apertura de la Exposición de Pintores y Escultores, instalada en el Museo de Arte Moderno, que el Certamen que inauguraba era una muestra de la vitalidad artística española, que tendría su adecuada manifestación en la Exposición Nacional, preparada para el otoño. El Ministerio contraía así un compromiso formal con los artistas. Había, ante todo, que habilitar los Palacetes del Retiro, sede de las Exposiciones. Aunque enclavados en el Retiro, los Palacios de la Minería y de Cristal son propiedad del Ministerio de Educación. Pero el marxismo clavó en ellos sus garras devastadoras durante la dominación odiosa. El Palacio de la Minería, que toma su nombre de una Exposición famosa de productos mineros, con la que se inauguró el Pabellón, sirvió de cuartel de milicianos rojos y de carabineros. En las salas del Palacio de Cristal, donde tantas obras de arte se exhibieron a la admiración pública, se cobijaban durante la noche manadas de reses, que de día pastaban por las praderas del Parque.

Las obras de reconstrucción de los dos pabellones exigieron, por su volumen, más tiempo del previsto. Hubo también que esperar que el Servicio de Recuperación Artística desalojase los locales, en los que se había instalado al ser liberado Madrid. Más de 300.000 pesetas invirtió el Ministerio en la reforma, que abarcó la pavimentación del Palacio de la Minería, repaso en los dos pabellones de las cubiertas y bajadas de agua, instalación de los servicios higiénicos y



S. E. el Jefe del Estado, acompañado de los Ministros de Asuntos Exteriores y de Educación Nacional, visita una de las salas de la Exposición Nacional de Bellas Artes. (Foto Vidal.)



El Caudillo con el Ministro de Educación Nacional examina uno de los trabajos que se exhiben en la Exposición de Pintura del Retiro.
(Foto Vidal.)

colocación de puertas y ventanas, arrancadas por los rojos, más la pintura y decoración de todas las salas.

Las obras, llevadas a cabo con ritmo acelerado, no pudieron terminarse hasta el verano de este año, por lo que, definitivamente, fijóse para el otoño la inauguración del Certamen. Diariamente llegaban a los Palacetes del Retiro cuadros, grabados y esculturas, con los que nuestros más preeminentes artistas aspirarían a las preciadas recompensas.

LA PRIMERA EXPOSICIÓN

No fué en estos Palacios, por los que ahora desfilan a diario centenares de personas, donde España dió a conocer oficialmente, por vez primera, la valía de sus artistas. Hace más de un siglo —en 1836—, la Real Academia de San Fernando invitó a todos los profesionales y aficionados a exponer sus obras. La convocatoria anunciaba que la instalación sería gratuita; pero exigía de los artistas llevarsen los caballetes para colocar sus producciones. Al vetusto caserón de la calle de Alcalá llegaron los retratos de Vicente López, Federico Madrazo y Carlos Luis Rivera; los paisajes de Villamil y unas manolas de Alenza.

Así nacieron en Madrid las Exposiciones de Bellas Artes, que continuaron su vida endémica hasta 1846. Pocas obras y endebles se exhibían en la Academia.

En 1847, la Dirección de Instrucción Pública organiza el primer Certamen nacional. Las obras se instalan en las galerías del Ministerio de Fomento, situado en el antiguo convento de la Trinidad, en la calle de Atocha, esquina a Relatores.

Seis años más tarde —1853—, don Agustín Esteban Collantes, Ministro de Fomento, a cuyo Departamento estaba vinculada la instrucción pública, reglamentó la celebración bienal de las Exposiciones de Bellas Artes. Estableció los premios y organizó los Jurados de admisión y calificador. Aquel año celebróse el Certamen, exponiéndose las obras en el mismo Ministerio de Fomento.

A primeros de siglo, el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes construye, en los altos del Hipódromo, un edificio para Ex-

posiciones. Es el que hoy día ocupan la Escuela de Ingenieros Industriales, el Museo de Ciencias Naturales y un Tercio de la Guardia Civil. Hasta 1908, celebráronse en dicho Palacio las Exposiciones. En él exhibieron sus obras, que les valieron sendas medallas de honor, Joaquín Sorolla y Mariano Benlliure.

Después, los Certámenes, cuya celebración venía efectuándose cada dos años, tuvieron por sede los Palacetes del Retiro. Allí abrió sus puertas, que la guerra cerró, la Exposición de 1936. Los premios no llegaron a adjudicarse y los autores tuvieron que sustraer bien pronto sus obras a la rapiña marxista. Comenzaba la expoliación de nuestro patrimonio artístico.

551 OBRAS ADMITIDAS

En el Certamen, cuya inauguración solemnizó con su presencia el Caudillo de España, figuran admitidas 551 obras: 337 de pintura, 97 de grabado, 115 de escultura, más una fuera de concurso y una de arquitectura. Siguiendo la tendencia marcada por el nuevo Reglamento de Exposiciones, que aspira a elevar el nivel artístico de los Certámenes nacionales, el Jurado de Admisión examinó este año las obras con riguroso criterio y rechazó 325 trabajos. Han concurrido 343 artistas, de los que 36 son mujeres. De ellos, 18 obtuvieron en otras Exposiciones medallas de honor, de oro o primera medalla. Cruz Herrera, con primera medalla en la Exposición Nacional de 1926; Manuel Benedito, con primera en la Nacional de 1906; Moreno Carbonero, con medalla de primera clase en la Nacional de 1884; Lloréns Díaz, con el mismo galardón; García Camio, con medalla de oro de la Asociación de Pintores y Escultores en la Nacional de 1932; Marceliano Santa María, con dos primeras medallas y la de honor en las Exposiciones Nacionales de 1901, 1910 y 1934, respectivamente; Vila Puig, con medalla de primera clase en la Nacional de 1934; Eugenio Hermoso, con primera medalla en la Exposición Nacional de 1917; José Aguilar, con medalla de primera clase en la Exposición Internacional de Barcelona de 1929 y medalla de oro del Círculo de Bellas Artes en la Exposición Nacional de

1932; Vázquez Díaz, con medalla de primera clase en la Nacional de 1934; Marín Higuero, con medalla de primera clase en la Nacional de 1915; Covarsí Yustas, con medalla de oro en la Exposición Iberoamericana de Sevilla de 1930; Daniel Vázquez Díaz, premiado con primeras medallas en distintas Exposiciones Nacionales de Bellas Artes; Esteve Botey, con primera medalla en la Exposición de 1920 y medalla de oro en la Internacional de Barcelona de 1929; Mariano Benlliure, con medalla de honor en la Exposición Nacional; José Clará, con medalla de honor en la Nacional de 1929; Orduna Lafuente, primera medalla en la Nacional de 1922, y Manuel Hugué, con medalla de oro en la Internacional de Barcelona de 1929.

El nuevo Reglamento para las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes, aprobado por Decreto de 2 de septiembre pasado, establece los siguientes premios:

Medalla de honor, que podrá ser otorgada, indistintamente, en cualquiera de las cuatro secciones, y es el más alto galardón a que puede aspirar un artista español. Lleva aneja, como remuneración, la cantidad de 25.000 pesetas, quedando la obra propiedad del Estado.

Para las distintas secciones, existen:

Pintura.—Tres medallas de primera clase. Seis medallas de segunda. Doce medallas de tercera.

Grabado.—Una medalla de primera clase. Una medalla de segunda. Dos medallas de tercera.

Escultura.—Dos medallas de primera. Tres medallas de segunda. Cuatro medallas de tercera.

Escultura.—Dos medallas de primera. Tres medallas de segunda. Dos de tercera.

El Estado español abonará, por las obras que adquiera, las siguientes cantidades:

Sección de Pintura.—Primera medalla, 6.000 pesetas. Segunda, 4.000. Tercera, 3.000.

Sección de Escultura.—Primera medalla, 6.000 pesetas. Segunda, 4.000. Tercera, 3.000.

Sección de Grabado.—Primera medalla, 4.000 pesetas. Segunda, 3.500. Tercera, 2.500.

En la Sección de Arquitectura, como no es posible la adquisición de las obras, por la índole especial de las mismas, se concederán las siguientes cantidades como premios de aprecio: Primera medalla, 4.500 pesetas. Segunda, 3.000 y tercera, 2.000.

Las obras de pintura y escultura que se adquieran, serán destinadas al Museo Nacional de Arte Moderno las premiadas con medalla de primera clase, a los Museos Provinciales de Bellas Artes de donde sea oriundo su autor, si son premiadas con medalla de segunda y tercera clase. Todo ello, sin perjuicio de disponer el Ministerio de Educación Nacional de las obras que estime conveniente para la decoración de sus despachos. Los gastos que origine el embalaje y envío de las obras, serán sufragados por el Ministerio.

PERFECTA INSTALACIÓN

Con esmerada atención, ha cuidado este año el Jurado de la instalación de las obras. El menor número, que otros años, de trabajos admitidos, le ha permitido colocarlos en una sola fila. Antes, las salas ofrecían un lamentable aspecto de almacén, en el que se apilaban las obras. Ahora, cualquier salón puede competir, por su perfecta y armónica instalación, con la más suntuosa y elegante sala de cualquier Museo del extranjero.

Ha vigilado también el Jurado el exorno del vestíbulo del Palacio de la Minería, que antes era una sala más de la Exposición. Valiosos tapices de la Real Fábrica cuelgan de las paredes, y diseminadas por el amplio salón, se exhiben tan sólo las siguientes obras: retrato ecuestre del Caudillo, de Pons Arnau, discípulo de Sorolla; busto de José Antonio, de Lucarini; tres esculturas de Benlliure, medalla de honor, y dos esculturas de Clará, medalla de honor también.

La Exposición inaugurada por el Caudillo, es un paso de la labor emprendida por el Ministerio hacia el pleno resurgir cultural y artístico de nuestra Patria.

CRONICAS

Formación de los mandos en Alemania

Razones de orden nos exigen divisiones exactas, que, si no pueden abarcar de una manera adecuada las variedades que impone la vida, pueden, sin embargo, llevar a la mente del lector una idea clara del contenido del trabajo, a trueque de algunos rasguños de inexactitud. El orden, pues, de nuestras notas será el siguiente:

I. Esquema general de la enseñanza en Alemania y encuadramiento en él de las Escuelas de mandos.

A. Mandos principales.

1º Formación en los *Ordensburgos*.

2º Medios de llegar a ellos.

a) Desde la Universidad.

b) Desde las Escuelas de *Adolf Hitler*.

c) Por servicios prestados.

B. Mandos secundarios.

1º Formación teórica.

2º Formación práctica.

II. Detalle de los dos establecimientos fundamentales.

A. *Ordensburgos*.

B. Escuelas de *Adolf Hitler*.

Como es natural, en ninguna de estas dos partes profundizaremos en el problema del contenido, aunque siempre, la exposición de lo que conocemos, nos fuerce a destacar algunos rasgos. Lo único que para España sería importante es la copia de su organización: el espíritu y la mística son intraducibles, y nuestra Patria tiene sobrada materia, para no necesitar transfusiones. También los alemanes usan patrones extraños (ingleses), que adaptan a su manera de ser.

I. ESQUEMA GENERAL

Durante el tiempo de lucha bastó, como prueba de capacidad para ser dirigente del partido, la actividad organizadora y combativa; pero desde 1933 se rodearon estas condiciones elementales de una preparación que aumentara su efectividad en el cumplimiento de la nueva misión. No se regateó, desde entonces, esfuerzo para esta formación política, que lleva consigo un concepto del mundo. La vida en común en los campamentos, así como las columnas de marcha, donde se unen enseñanza con fortalecimiento del cuerpo y del carácter, han ayudado extraordinariamente a la formación de estos jefes; pero últimamente se ha comprendido que esto no bastaba, y el director de la organización del Reich (*Reichsorganisationsleiter*) ha creado una carrera para los que han de ejercer los cargos en la dirección del partido. ¿En qué consiste ésta?

Creemos de fundamental importancia, antes de comenzar nuestra relación, y con el propósito de aligerarla, suprimiendo explicaciones accesorias, poner un cuadro de la educación en Alemania en general, en el que, enfrentadas la educación del Partido y la del Estado, podamos percibir las equivalencias y relaciones de ambas. Esta confrontación nos permitirá también conocer las interferencias, alguna de ellas muy notable, entre estas dos ramas de formación.

Cuadro 1º

Años de Enseñanza	Estado	Partido	Edad del alumno
25 años		Jefes del Partido Ordensburgen (3 años y medio)	
3 años	Universidades	SA'44	
1 año	Servicio Militar	NSKK (Frauenwerk) NSFK NSV	
	Servicio de trabajo del Reich	Organización del Partido	
	Colocación Escuelas especiales	Grupos enlazados con el Estado (Angeschlossene Verlände)	
12	Escuela Profesional y técnica	Juventud de Hitler (HJ)	18
11	Escuela Profesional y técnica	Hitler (BDM)	17
10	Escuela Profesional y técnica	Niños Jung-volk (JV)	16
9	Escuela Profesional y técnica	Niños Jung-volk (JM)	15
8	Escuela Profesional y técnica	Grupos de Niños de la obra (Frauenwerk)	14
7	Escuela Profesional y técnica		13
6	Escuela Profesional y técnica		12
5	Escuela Profesional y técnica		11
4	Escuela Profesional y técnica		10
3	Escuela Profesional y técnica		9
2	Escuela Profesional y técnica		8
1	Escuela Profesional y técnica		7
Años anteriores a la Escuela			6

Dr. Benze

Casa paterna [Refugio o Jardines de Infancia]

1 significa comienzo del estudio del inglés (obligatorio)
Fr significa comienzo del estudio del francés (voluntario)

A. MANDOS PRINCIPALES

1° *Formación en los Ordensburgos*. Según podemos ver en el cuadro anterior, la cumbre de formación de los mandos supremos, reside en los *Ordensburgos* (1), a los que podemos considerar como las Escuelas superiores de formación nacional-socialista. No son, ni mucho menos, lugares propicios a experiencias de inseguro resultado, de fácil acceso a jóvenes no maduros: la edad de ingreso es la de veinticinco años, edad en la que se han podido perfilar de manera exacta las aptitudes del futuro jefe. Tres (2) son las organizaciones de este tipo existentes en Alemania: la de *Krössinsee*, en Pomerania, visitada por nosotros; el *Vogelsan*, en *Rheinland*, y *Santhofen*, en los Alpes *Allgäner*. Nótese que todos ellos se encuentran en países fronterizos (3), viniendo a ser como avanzadas de dolor de la nueva Alemania en las llagas de su historia.

Los alumnos constantes de los *Ordensburgos* son los *Junker*, que reciben allí una educación fundamental, de gran amplitud y de firme rigidez durante tres años, después de los cuales marchan todavía a la Escuela de *Marienburg*, en la Prusia Oriental, por espacio de medio año, a completar su formación, que aún debe ampliarse con asistencia a los establecimientos especiales de educación del Partido (4).

2° *Medios de llegar a los Ordensburgos*. Para llegar a estos Centros superiores de formación, encontramos, siguiendo la visión del cuadro, tres procedimientos:

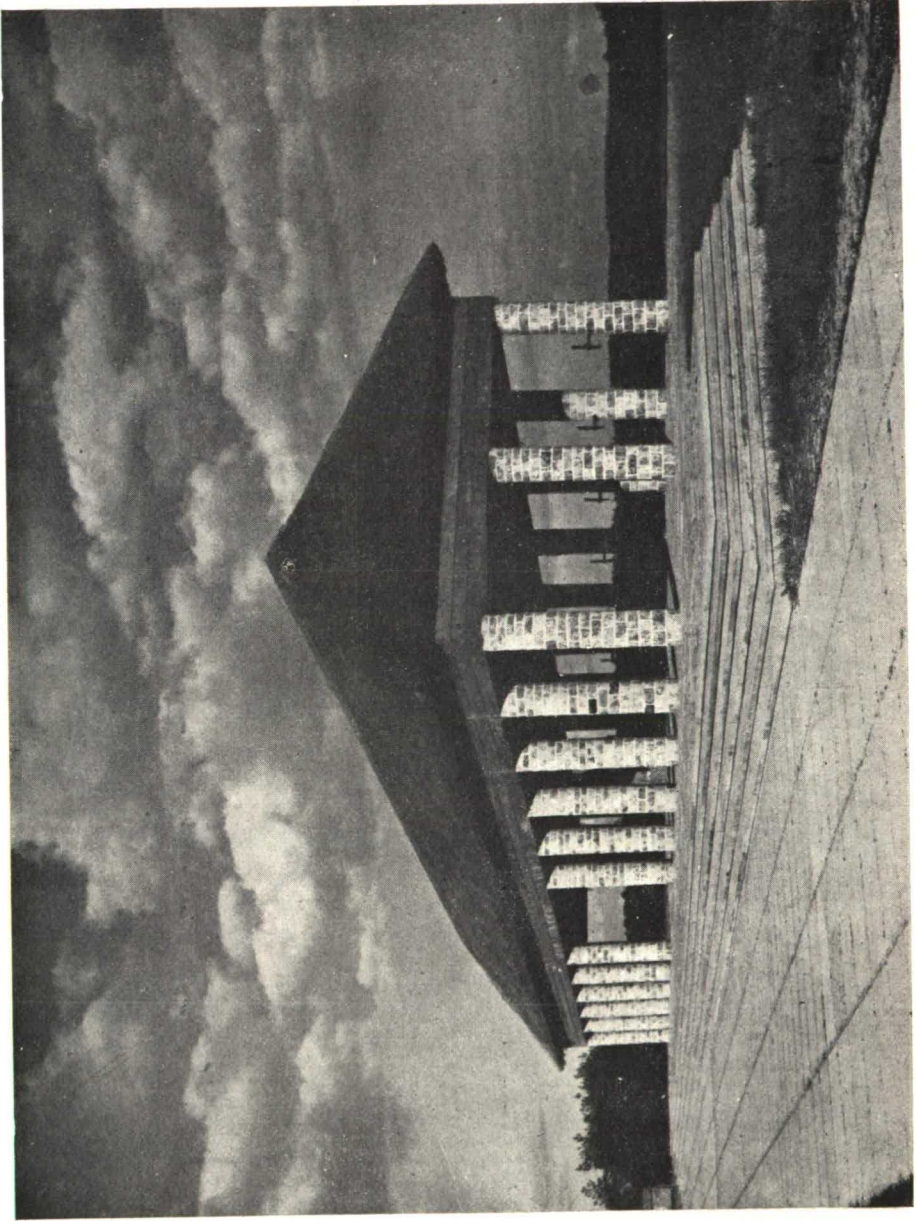
- a) El pase de la Universidad a los *Ordensburgos*; con lo que es-

(1) A los *Ordensburgos* seguirá la fundación de *Gau-, Kreis- y Ortsburgen*.

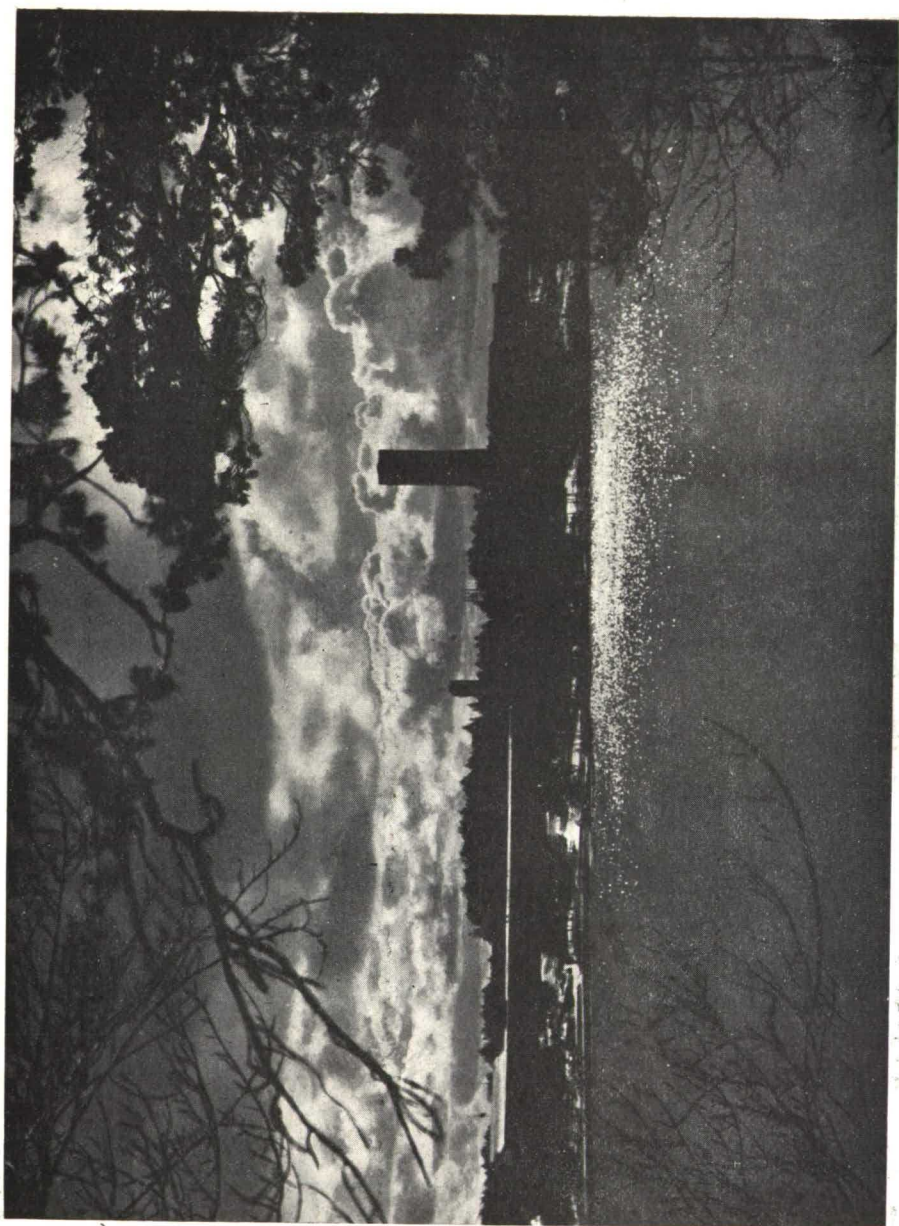
(2) Nuestras noticias, recogidas verbalmente, nos daban la existencia de cuatro *Ordensburgos*; sin embargo, el Dr. Beuze, en su libro *Erziehung un Grossdeutschen Reich*, pág. 97, habla sólo de tres.

(3) Los profesores de *Krössinsee* nos hacían notar cómo el eje de la Sala de Honor y de la construcción general del establecimiento estaba orientado en la dirección oeste-este, símbolo de la tendencia de expansión de Alemania en dirección a Rusia, confirmada actualmente por la ofensiva de las tropas alemanas contra la U. R. S. S.

(4) El Dr. Bauce, en la obra citada, pág. 98, habla también de una proyectada Alta Escuela de N S D A P en *Chiemsee*, sometida al *Reichleiter* Alfred Ronenberg.



Templo de Honor; en el interior las enseñas de la nueva Alemania: El Águila Imperial y la Cruz Gamada.



KROSSINSEE

tos, seminarios de los futuros dirigentes de la política del pueblo, adquieren un rango supremo en la categoría docente.

b) Las Escuelas de *Adolf Hitler*, en las que se ingresa a los doce años, y donde permanecen los alumnos hasta los dieciocho años, con una organización semejante a la de los Establecimientos de Educación Nacional-política, que vemos en la mitad de la izquierda del cuadro, dentro de la organización del Estado, emparejados con la Escuela superior (*Oberschule*) y el *Gymnasium*. El grado de madurez en estas Escuelas de *Adolf Hitler*, capacita también para ir a la Universidad; no pudiendo ingresar en los *Ordensburgos* hasta los veinticinco años; los siete intermedios los han de emplear en conservar su espíritu en medio de la libertad de la vida, en el servicio de trabajo, en el militar, formación profesional, etc.; todo ello unido a la continua ocupación en el Partido.

La elección de profesión es libre; sólo se les exige una dedicación y aplicación especiales. De ellos, los mejores son llamados a cursar en los *Ordensburgos*.

c) El tercer camino para ingresar en los *Ordensburgos* son los servicios prestados dentro del Partido, en los distintos grados.

1) En grupos de niños de la Obra femenina, desde los seis hasta los diez años.

2) En las organizaciones de niños y niñas (*Jungvolk* y *Jungmädel*).

3) Juventud de Hitler, hasta los veintiún años.

4) Posteriormente, en las distintas organizaciones del Partido.

A través de todas ellas, tiene cualquier alemán abierta siempre la posibilidad de hacerse camino hacia los *Ordensburgos*, por los relevantes servicios prestados en la comunidad del pueblo y en el Partido.

B. MANDOS SECUNDARIOS

La educación de los jefes secundarios tiene dos aspectos:

1° *La educación práctica* en la vida de comunidad, en las marchas, en la vida del Partido.

2° *La educación teórica.*

- a) En los establecimientos de las distintas secciones del Partido. (Recordamos, a este propósito, el magnífico Palacio-Residencia de los Maestros, en Bayreuth, en el que se reunían algunas temporadas los dirigentes.)
- b) En cursos de varias semanas en los *Ordensburgos*.

II. DETALLE DE LOS DOS ESTABLECIMIENTOS FUNDAMENTALES

A. LOS ORDENSBURGOS

De ellos tenemos una visión directa, aunque no demasiado profunda: un largo viaje en coche (cinco horas a gran velocidad por las autopistas alemanas) nos llevaron a *Krössinsee*, en la Pomerania; la belleza del lugar (el lago), aquella arquitectura austera (línea y claridad de la arquitectura nacional-socialista, adaptada a la típica del territorio que recorriamos), la recepción, mezcla de cordialidad y austeridad: todo ello emergiendo de unos alrededores tristes y fríos, dieron a nuestra visita la sugestión de un contacto con los héroes de Saga norteña, en país de lagos como los de Selma Lagerlöf.

Los caballeros de *Krössinsee* nos fueron mostrando los encantos de su retiro: su maravillosa colección de balandros, los restos de su magnífica cuadra, sus instalaciones deportivas, la sala de honor, sus bodegas, su biblioteca, apenas iniciada; todo ello, espléndido, pero siempre con la falta de sus alumnos ausentes, en los campos de lucha. Nada pudimos recoger de sus programas y reglamentos; sólo la impresión de la gran importancia dada a la formación corporal, la lejanía de la gran ciudad enervadora y la consiguiente proximidad a las fronteras de constante vigilancia. En aquel ambiente parece tarea fácil captar el ánimo y educar el cuerpo en las fatigas del servicio de la Patria. Si, en España piensan nuestras organizaciones políticas en algo parecido, no dejará de ser interesante el pensar antes, con mucho detenimiento, el emplazamiento del Centro.

B. LAS ESCUELAS DE ADOLF HITLER

Más enterados, por razón de nuestra profesión y por la cantidad de datos que pudimos recoger, nos es dado hablar con mayor conocimiento de las Escuelas de *Adolf Hitler*. Sin embargo, al reyés que en los *Ordensburgos*, no tenemos de ellas visión directa. El Doctor Bense, en su libro *Erziehung im Grossdeutschen Reich* (pág. 97-98), nos da, de las Escuelas de Adolf Hitler, los dos rasgos fundamentales siguientes:

1º La educación en estas Escuelas, existentes desde Pascua del año 1937 (hasta ahora son siete, a las que se piensa añadir más), es firme y llena de disciplina (*zuchtvall*) y *se asemeja en mucho a la forma de los Establecimientos de Educación Nacional política*. En ellas debe ser educado el hombre de fe nacional-socialista, alegre de su responsabilidad política, *para el que la ciencia fundamental sólo es una base donde apoyar la creencia y la acción*.

2º La formación de las Escuelas de *Adolf Hitler*, en número de cursos, materias de enseñanza, así como en la fecha de comienzo del estudio de los idiomas, *responde exactamente a los establecimientos llamados por nosotros «Escuela intensiva»* (1) (*Aufbauschule*, término de difícil traducción; véanse los cuadros 1º y 2º).

Tenemos en esta dos afirmaciones, y a pesar de no haber visitado ninguna Escuela de *Adolf Hitler*, una idea clara de lo que éstas deben ser. Su exposición, por razones de orden, y atendiendo a las dos semejanzas apuntadas, irá dividida en dos partes.

1º *Sistema de educación. Como los Establecimientos de Educación Nacional-política (Die nazionalpolitischen Erziehungsanstalten)*. Ante nuestros ojos tenemos un folleto de lo que son estos últimos, curiosa modalidad de educación, recogido en *Spandan* (en las inmediaciones

(1) Los establecimientos de Enseñanza nacional-política pueden, por el contrario, adoptar el plan de la Escuela Superior (*Oberschule*) o del *Gymnasium*, durante sus enseñanzas ocho años, como en estos centros.

de Berlín), Centro que conocemos *de visu*, editado por el inspector August Heissmeyer (1).

La creación de estos Centros de Enseñanza Media está presidida por la reacción (quizá excesiva) contra el exclusivismo de la inteligencia en la formación liberal: «el aprendizaje necesario», dicen, «es el del bien obrar, no el del bien conocer» (Nietzsche), «donde la educación se agota en enseñanza, se deja, más o menos, a la casualidad lo esencial». En este orden de cosas, la educación en estos Centros ha de ser, en primer lugar, según las palabras del Führer, la educación del cuerpo; después, la del carácter, y, por último, la enseñanza científica del espíritu (2). En lugar del antiguo plan de enseñanza, entra, por tanto, en los Establecimientos de Educación Nacional-política, un plan educativo del hombre en su integridad, basado, al mismo tiempo, en la formación corporal y espiritual y en la del carácter y del sentido de comunidad. En estos Centros, dice el Dr. Benses (3), el fin de la formación es la afirmación nacional-socialista; por tanto, una idea que no nace con una determinada ciencia o facultad, sino *de la capacidad de apropiarse ciencia y poder en una determinada forma y dirección*, para el servicio del Estado y lucha por el nacional-socialismo. Medios de educación, dice, son: a), la enseñanza científica; b), la vida del internado, y c), el servicio práctico.

Para la primera a), vale como principio fundamental *el de suministrar menos material, pero más clara visión*.

b) Al *internado* se pone como fines de educación: *la camaradería, el orden y la disciplina*. La vida en común gana con ello una significa-

(1) Creemos interesante hacer notar que los centros de esta clase, fundados por el Estado, son anteriores en seis años (de 1933 a 1937) a las escuelas de *Adolf Hitler*, lo que nos hace ver que no se trata sólo de un problema del Movimiento, sino que fué el Estado, impulsado, desde luego, por el Movimiento nacional-socialista, el que primero se lanzó a la creación de estos centros.

(2) *An erster Stelle kommt nach den Worten des Führers die Erziehung des Vröppers, dann die des characters und erst an letzter Stelle die wissenschaftliche Schulung des Geistes*, en la pág. 4 del folleto de August Heissmeyer, *Die national-politischen Erziehungsanstalten*. Junker und Dünnhaupt Verlag, Berlín. La alarma que puedan despertar estas palabras, pretende paliarla el autor con la invocación de exigencias vitales. Nosotros insistimos en el carácter meramente informativo de este pequeño trabajo nuestro.

(3) Obra citada, pág. 42.

ción especial, y es de notar cómo en este punto insisten en los ejemplos de los pueblos y organizaciones con fuerza de creación histórica y que estaban orientados a una función directiva: todos ellos han aceptado siempre, por instinto o prudencia política, la formación de la juventud en común; ejemplo de ello, Esparta, la Iglesia Católica (1), el Cuerpo prusiano de Oficiales, asimismo la formación de los caballeros y, muy principalmente, Inglaterra, donde la idea de *School* comprende, muchas veces, la de internado o régimen en comunidad, y, entiéndase bien, no una *Oberschule* (Centro de Enseñanza Media) con internado, en el que éste no sería más que un sustitutivo, *sino el internado base del Centro de Enseñanza Media*.

c) *El servicio práctico enseña*, no como frecuentemente la antigua Escuela, a estar tranquilamente sentado, *sino que capacita para moverse rápida y enérgicamente*. Junto a los deportes de campo, se practican la lucha, equitación, remo, vela, natación, auto, moto, etc. (2). Los mismos profesores y educadores deben tener, aparte de su fe nacional-socialista y su preparación científica, cualidades deportivas.

Las tres condiciones enumeradas pueden considerarse las fundamentales, pero a ellas se añaden otras, cuya infiltración en el alumno se considera indispensable; así, afirman de una manera tajante que no se ha de buscar a los jóvenes por sus medios económicos o posición social de sus padres, sino por las cualidades de los mismos; que, tras de la prueba de recepción, han de sufrir otra de adaptación, durante un cierto tiempo, incorporados ya a la vida del establecimiento. Pero todo ello, en la inteligencia de que nada de esto quiere decir que serán jefes: la juventud es educada aquí al servicio del Estado y del Pueblo: «*los jefes se forman y dan a conocer sólo en la práctica*». Lejos de toda soberbia y conscientes de la dificultad de la futura misión del pueblo germano, la finalidad de estos alumnos *no es llegar a ser algo, sino hacer algo*; en las empuñaduras de sus ma-

(1) A este respecto ha de notarse el mayor proselitismo del clero católico, frente al clero protestante.

(2) Sería interesante, a este respecto, prestar mayor atención a los resultados psicológicos del deporte. Creo que en este sentido podría suministrar datos preciosos la Escuela Superior de Gimnasia de Toledo, según me indicaba su Jefe de Estudios en nuestra reciente visita a ese Centro.

chetes está grabada la frase de Molke: «*Más ser que parecer*». Un grupo de profesores cuidan, independientemente de la enseñanza, de esta formación corporal y del carácter.

Como detalles muy interesantes de su formación, se han de destacar tres disposiciones, que son características de estos Centros. Una de ellas es la obligación que tienen todos sus alumnos de convivir de una manera absoluta, durante una cierta temporada, con familias obreras del campo y de la ciudad, a las que ayudan en sus trabajos, y de cuyos alimentos y morada participan. Otra, son las grandes concentraciones anuales, en las que realizan diversos ejercicios deportivos y militares; y, por último (una característica que ya señalábamos en los *Ordensburgos*): el alejamiento del núcleo de las grandes ciudades.

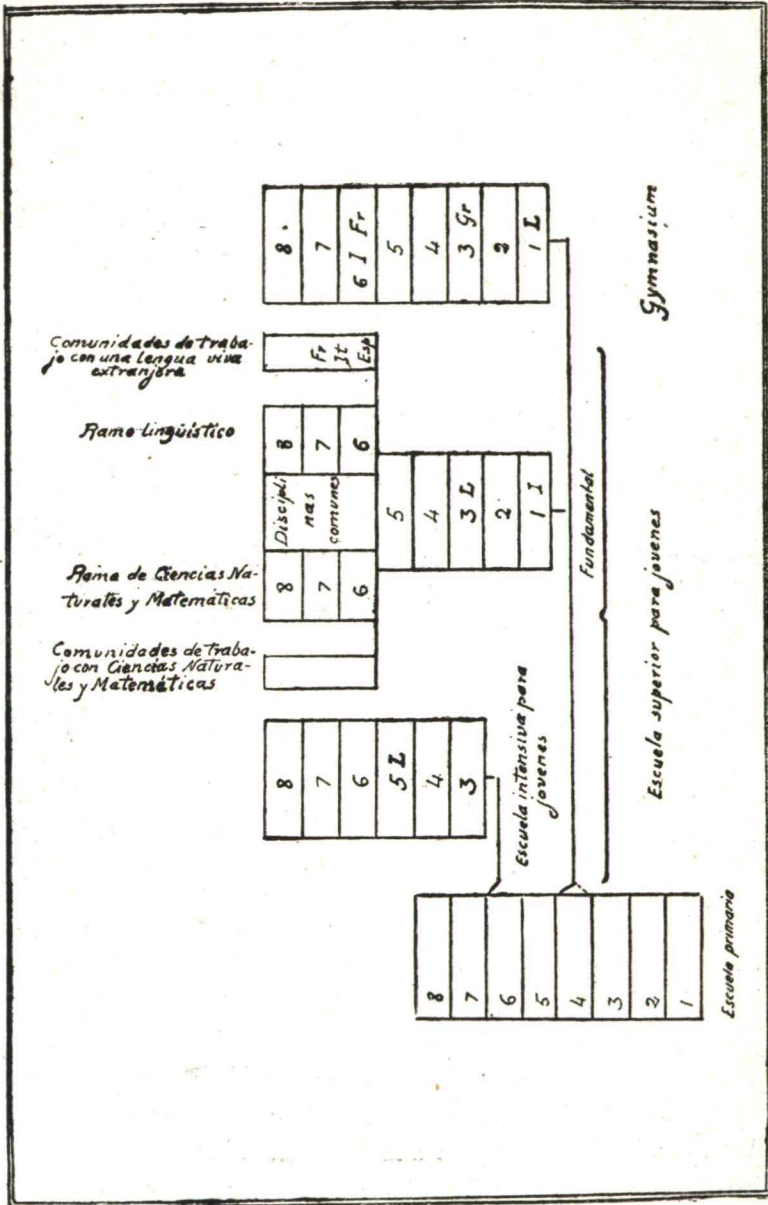
2º *Plan de formación. Responde*, según dijimos en la pág. 15, *al de las «Escuelas intensivas» (Aufzanschule)*. Una ojeada a los dos cuadros (el que figura al frente de nuestro trabajo y el que queda como apéndice), nos dará clara idea de ellas. A diferencia de la «Escuela Superior» (*Oberschule*) y del *Gymnasium*, donde lo hacen a los diez años, se ingresa en ellas a los doce. La razón de esta diferencia, muy digna de tenerse en cuenta cuando se trata de las Escuelas de *Adolf Hitler*, es la necesidad de mantener, durante más tiempo, en contacto con el campo y los trabajos y necesidades de éste a los alumnos procedentes de medio agrícola, con el fin de incorporar a la juventud estudiante la sanidad de su principios y vida, y evitar, al mismo tiempo, la creación de desarraigados. Por lo demás, en el cuadro apéndice va indicado el número de años de estudio (seis) y la fecha de comienzo de los distintos idiomas, en lo que sería muy interesante, si estas notas no se hubieran alargado tanto, hacer un especial hincapie sobre el estudio de latín.

Resumiendo, podemos señalar como principios generales para la formación de los mandos en Alemania, los siguientes:

1º Una ciencia al servicio de una fe y de una acción.

2º Una gran importancia a la formación corporal y del carác-

Cuadro 2º



I significa comienza el estudio del Inglés, L del Latín, Fr del Francés, It del Italiano, Esp del Español, Gr del Griego

ter, como reacción contra la influencia disgregadora de la formación liberal, expuesta a quedarse en meras contemplaciones.

3º Vida en común, en la que el internado sea la base, no un aditamento o sustitutivo.

4º Alejamiento de las grandes ciudades.

¿Son adaptables estas cuatro conclusiones a la formación de los mandos en España? No somos nosotros quienes debemos pronunciarnos sobre ello; sin embargo, nos atrevemos a anticipar, creemos que quizá las dos primeras envuelvan sólo un problema de medida; la cuarta es de utilidad indiscutible para la creación de un espíritu, y en cuanto a la vida en común, de cuya animadversión en nuestra sociedad nos damos cuenta, nos parece que se debe pensar seriamente en la urgencia de recurrir a remedios heroicos, ante la triste imposibilidad de sacar los futuros dirigentes de España del ambiente enfermizo y limitado de las dispensas de escolaridad.

ANTONIO MAGARIÑOS

Creación de un Parque en los terrenos de la Ciudad Universitaria

La Junta de la Ciudad Universitaria, en su afán de llevar a cabo la magna empresa que le está

encomendada, a la par que inicia, con toda actividad, la reconstrucción de los edificios, en los que ha de formarse la juventud intelectual de España, proyecta transformar los terrenos en que radican, convertidos hoy en montones de escombros, en parque arbolado, que constituya marco apropiado a la magnificencia de las construcciones en que han de instalarse las Facultades y Escuelas Superiores.

Acertada iniciativa, con la que se persigue, sin duda, el embellecimiento de esta zona de Madrid, acceso principal de la capital de España y el más frecuentado por su población en las excursiones a la cercana Sierra de Guadarrama, al mismo tiempo que contribuir

a la educación de la juventud española en la compañía de los seres vegetales y animales que viven en el bosque y pueden enseñarle la importancia de difundir por todos los ámbitos del suelo patrio la riqueza forestal.

Pero con ser ello motivo más que suficiente para justificar el proyecto de la Junta de la Ciudad Universitaria, nos parece que con él se persigue realizar una obra digna de la epopeya que un puñado de héroes españoles vivieron durante largos meses, en que sostuvieron sus posiciones, a pesar de los violentos ataques del ejército rojo y de los terribles efectos de sus minas. En el recinto de que se trata, murieron centenares de jóvenes, que escribieron una de las más bellas páginas de la guerra de liberación, y allí mismo, como homenaje a su memoria y ejemplo para las generaciones de jóvenes estudiantes, habrá, sin duda, de erigirse el monumento que perpetúe su sacrificio, que, por su grandiosidad, ha de rebasar los límites fríos e inanimados de mármoles y bronce y merece que sea la Naturaleza, con su vida y su perennidad, la que lo represente, en una de sus más bellas formas, en el bosque natural, que, con sus copas entrelazadas, levante arcos triunfales, que cobijen a cuantos, por España, quedaron sepultados bajo las ruinas de la Ciudad Universitaria.

Se comprenderá fácilmente el fervor con que la Escuela Especial de Ingenieros de Montes se dispone a realizar el honroso encargo de llevar a efecto la creación del parque, cuyo proyecto, redactado por los profesores don Luis Ceballos y don Federico Blein, ha sido ya aprobado por la Junta y va a ejecutarse, con toda la rapidez que la índole del trabajo consienta, con sujeción a las directrices que vamos a exponer sucintamente, para que los madrileños conozcan la transformación que van a experimentar los terrenos que han de constituir, en fecha cercana, espléndido parque, donde podrán reparar el desgaste físico de las semanas de trabajo en talleres y oficinas.

De la extensión de la Ciudad Universitaria, que alcanza la cifra de 441 hectáreas, en el límite Oeste de Madrid, se descuenta la superficie ocupada por las edificaciones, vías de comunicación, etcétera, y quedan unas 290 hectáreas, en las que ha de crearse el parque

natural, que puede repartirse en tres zonas, que, por su distinta topografía y situación, merecen diferente tratamiento: la parte alta de las laderas, en los límites con la Dehesa de la Villa y el Parque Metropolitano, las partes bajas de la ribera del Manzanares y fondos de las vaguadas, y los terrenos, suavemente ondulados, del resto de la Ciudad. Su suelo, formado por tierras pobres en materia orgánica, retiene muy poco la humedad, y, en muchos casos, desaparecida la capa húmifera se encuentran en la superficie las arenas que, por su escasa compacidad, son un factor favorable para la regeneración del suelo por la vegetación, que habrá de acelerarse artificialmente, por el empleo de labores, abonos y riegos, que hagan posible la plantación de especies de ornamentación. Por otra parte, el clima extremado de Madrid, de tipo seco continental, con la característica del largo período de sequía estival y temperaturas elevadas del mismo, es otro factor que dificulta la tarea en proyecto, y que obligará a compensar, por riegos, el déficit de humedad, para lograr obtener, con ritmo acelerado, una vegetación que no es netamente xerófila.

El estudio de la vegetación actual de los terrenos que comprende la Ciudad Universitaria, lleva a la conclusión de que estamos en presencia de las últimas etapas de la evolución regresiva del óptimo natural, que, sin la actuación humana, correspondería al encinar, del que apenas se encuentra algún vestigio arbustivo, y, en cambio, se halla la etapa de retamar, el tipo de tomillar y el terreno desnudo de vegetación o con algunas plantas herbáceas, rastreras y cardos.

El parque que se proyecta, ha de ser un parque de tipo natural, que tenga por motivo fundamental el encinar, tipo monté El Pardo; pero a las tres zonas topográficas antes descritas, han de corresponder distintas formas de vegetación, que vamos a describir. El arbolado que corresponde a las partes más altas, que encuadran la finca por el Norte y el saliente, estará constituido a base de coníferas, de hojas persistentes, que, con sus tonos verde oscuro, formarán el fondo de los edificios, vida de la Ciudad, que la aisle de los barrios de viviendas contiguas y proyecte sobre el horizonte sus esbeltas siluetas. Su superficie de unas 59 hectáreas, de las cuales una parte

sustenta los restos de una cubierta vegetal, obtenida artificialmente antes de la guerra, será cubierta de distintas especies resinosas, predominando el pino piñonero, con bosquetes de cedros, cipreses y pinos (*pinaster* y *laricio* v. *austriaca*) y ejemplares sueltos de cipreses y pinos silvestres y de Alepo.

Por debajo de esta masa se desarrollará un subpiso de retamas, jaras, cantuesos y tomillos, salpicados sobre el tapiz herbáceo espontáneo que corresponde a esta nueva estación.

La vegetación que se implantará en el fondo de las vaguadas y sus laderas de acusada pendiente, principalmente en el arroyo de Cantarranas, el más importante de la Ciudad, y los que corren paralelamente al mismo, sobre una extensión de unas 25 hectáreas, estará constituido por densas agrupaciones de frondosas, que, aunque algo hundidas, den nota de color y frescura, sin ocultar el paisaje, ni las perspectivas de las edificaciones, y sus elementos principales serán los chopos, olmos, fresnos, arces, nogales, abedules, sauces, servales, etc., en agrupaciones, salpicadas entre una masa arbustiva de relleno, formada por especies de menos altura: sauces, serbales, espinos y matorral de zarzas, rosales silvestres, etc., que se completará, más tarde, con otros arbustos ornamentales y plantas volubles (hiedra, madreselva, etc.).

Otra clase vegetativa se localiza en las mesetas y terrenos de suave ondulación, en unas 150 hectáreas, en las que se proyecta dar al terreno de la Ciudad Universitaria el aspecto de paisaje natural, tal como se presentaban, en tiempos pretéritos, los montes que rodeaban a la Corte, immortalizados en los fondos de los retratos velazqueños, aunque con la preocupación de permitir la visualidad de los edificios, por lo cual dominarán las agrupaciones arbustivas y de matorral, con ejemplares especiales de las clásicas encinas y severos pinos piñoneros. Pero como éstos exigen un plazo excesivo de tiempo para su desarrollo, se simultaneará su plantación y la de los matorrales, espinos, retamas, cantuesos, jaras, etc., que han de acompañarles, con otras formas más rápidas de conseguir, que cubra en plazo breve el suelo desnudo, y que constituirán una fase transitoria; las especies que la constituirán serán los chopos, eucaliptos, castaños

de India, almendros, etc., que por abundar en el comercio y en los viveros, pueden satisfacer el fin transitorio a que se las destina.

Por último, una modificación del anterior con tendencia al parque clásico, corresponde a las fajas que bordean las vías que surcan la Ciudad, de unos 25 metros de anchura, con una superficie total de 60 hectáreas, en las que se procura sombra al transeunte con bosques intermitentes de olmos, en primer lugar, y también, castaños de Indias, robles, arces, etc. Por debajo de éstos, un piso intermedio de tejos, acebos, laureles, árboles del amor, espino de fuego, lluvia de oro, etc., espaciados o aglomerados, con todas las combinaciones de porte, color y densidad que aconseje la estética en cada sitio, sobre un suelo empradizado a base de gramíneas. La primera de las etapas sucesivas en que ha de desarrollarse el proyecto que analizamos, incluye la faja central del Arroyo de Cantarranas y la zona de laderas, en la que se localiza el vivero que ha de iniciarse, inmediatamente, con objeto de obtener las plantas necesarias para la reposición de ejemplares y las que sea difícil adquirir en el comercio. Dentro de él se trabajará en los diversos tipos antes descritos, de modo que se tenga, en seguida, muestra de cómo ha de quedar la superficie restante.

El plan comprende tres períodos: de iniciación, desarrollo y final, de reposición de marras, para los trabajos de cada perímetro, y si cada período es de un año, se precisarán siete años para la total ejecución, tiempo que podrá acortarse si se dispone de medios suficientes para poder acometer rápidamente la labor en los distintos perímetros.

A su rápida realización se apresta la Escuela de Ingenieros de Montes, deseosa de contribuir a la gradiosa obra de la cultura española, materializada en la Ciudad Universitaria, en cuyo recinto ha de constuirse, inmediatamente, el edificio en que desarrolle sus enseñanzas.

PIO GARCIA ESCUDERO
DIRECTOR DE LA ESCUELA DE INGENIEROS
DE MONTES

Semblanzas del Movimiento

Las figuras de nuestro Movimiento Salvador tienen tan acusados relieves y perfiles tan definidos, que, por sus hechos, su significación y sus gestas, encarnan la esencia eterna de nuestros valores raciales: el heroísmo, la decisión, la voluntad, el talento sereno, la exaltación mística, la capacidad creadora el sacrificio, el ardor combativo.

José Antonio es la voz profética de la España nueva; Raimundo Ledesma, el impulso y la acción; Onésimo Redondo, el Caudillo místico; Franco, el genio militar; Calvo Sotelo, el estadista por excelencia; Mola, el Gran Capitán de la Cruzada; Varela, el valor y la disciplina castrense; Queipo de Llano, la audacia; Aranda, la inteligencia y el heroísmo; Moscardó, el patriotismo y la abnegación; el capitán Cortés, la epopeya y el temple de acero de la raza.

José Antonio, Franco, Ledesma Ramos, Calvo Sotelo, Mola, Onésimo Redondo, el capitán Cortés y tantos otros héroes, conocidos o anónimos, son como el símbolo de esa España forjada en el duro yunque de las guerras; curtida en el polvo de las batallas; resurgida cien veces de entre sus cenizas; vencedora y vencida; con perfiles de piel de toro ibérico; valiente y heroica; conquistadora y guerrera; colonizadora y fecunda.

España, desde los tiempos más remotos, se bate en su solar hispano contra todos los elementos de la invasión, defendiendo a sangre y fuego la esencia de su personalidad indestructible; y así como Núñez de Balboa, Hernán Cortés, Pizarro y Alvarado escriben con sus gestas, en el Nuevo Continente, la historia gigante de su conquista fabulosa, forjando el Imperio más vasto del mundo, llegado el momento crítico de la revolución, en el que España tiene que escoger entre ser o no ser, se reproduce el valor indomable de la raza y el milagro de su resurrección tiene lugar una vez más.

Las hazañas más inauditas se repiten en la nueva Cruzada, y demuestran que el filón heroico de la raza es cantera inagotable de hechos sobrehumanos.

Tal es el caso de aquel cabo que, al perder su brazo izquierdo en pleno combate, segado por la metralla, aún tiene el valor de

enarbolarlo, animando a sus soldados; tal el caso del comandante Montero, frente a «Peña Aholo», dirigiendo, en vanguardia, su asalto, con una pierna paralítica; tal el del soldado Alemán Ramírez, que, defendiendo su posición, cae cegado por la metralla y vuelve a ocupar su puesto, hecha ya noche eterna la luz de sus ojos...

Pero busquemos el origen de nuestra guerra y la significación de nuestro Movimiento.

La revolución, que había de colocar a España en la pendiente de su negación definitiva, no era, lógicamente, una manifestación que se produjo espontánea, sino el fruto de una elaboración lenta, de siglos, promovida por el desarrollo y la propagación del liberalismo.

Desde «La Carta Magna», otorgada a los nobles ingleses por Juan Sin Tierra, hasta nuestros días, la idea liberal va extendiéndose rápidamente por Europa y acaba por arraigar en el mundo. Su triunfo —que equivale a la implantación del parlamentarismo— es el origen de la democracia, cuya consecuencia inevitable es la demagogia.

«El parlamentarismo —decía Donoso Cortés, proféticamente— muere, dejando a la sociedad en manos de la revolución o de la dictadura». No hay otra salida posible. La historia de la última centuria española, es una demostración elocuente de este aserto; y sólo cuando un período anárquico se sustituye por otro autoritario y justiciero, puede detenerse a un país en su carrera hacia el abismo.

Si volvemos los ojos a nuestro pasado, encontraremos que los hechos nos dan la razón.

El período histórico que precede a la grandeza imperial de España, tiene tantos caracteres de semejanza, tantos puntos de contacto con el que antecedió a nuestra guerra, que los historiadores, no sin motivo, han hecho hincapié sobre las analogías de una y otra época.

En Castilla se dejaba sentir entonces la necesidad angustiosa de una autoridad, de una fuerza y de un poder, del que no supieron hacer uso, con la entereza necesaria, ni Don Juan II ni su hijo Enrique IV. El cuadro que se ofrecía a los ojos de Isabel y Fernando, no podía ser más desconsolador: «el Rey, envilecido; los clérigos, des-

honestos; los nobles, rapaces. En nadie, una idea alta; en nadie, un sueño levantado». (1).

Y he aquí que, por reacción contra todo ello, la Reina Católica, «que llevaba en su sangre el sentimiento de la dignidad humana y de la responsabilidad regia», va a marcar el rumbo de la nueva vida en todos los órdenes. Un tono austero presidirá ya sus actos; y esa austeridad se hará patente en la reforma de las costumbres de la Corte, en el sometimiento de la nobleza levantisca, en las normas reveras y enérgicas que se dictan al clero y, en general, en todos los aspectos, consiguiendo hacer, además, como observa el Marqués de Lozoya, «de una pluralidad política, una unidad esencial».

Pues bien; ese mismo estado caótico es el que precede también a nuestro Alzamiento; ese mismo estado de rebelión continua y de anarquía constante, consecuencia del liberalismo, es el que sume a España en las tinieblas y la sitúa al borde del abismo; esa postura iconoclasta y suicida; esa actitud despreciativa e ignorante hacia todo lo nuestro; «esa espantosa liquidación de nuestro pasado», como escribe Menéndez y Pelayo, en la que «se escarnece a cada momento la sombra de nuestros progenitores y se reniega de cuanto en la Historia nos hizo grandes»; ese volver la espalda a nuestra tradición, negando nuestras virtudes y nuestros valores; esa transigencia liberal, funesta, que hace propicio el ambiente para el libre desarrollo de todas las teorías y todos los «ismos», favorecen el fomento de la revolución y promueven la subversión de las masas; esa política, en fin, bochornosa y caduca, hace que los propios españoles faciliten, con sus divisiones y sus odios internos, los manejos de ciertas potencias extranjeras, empeñadas en destruir la unidad española, de la misma manera que contribuyeron a la destrucción de nuestro Imperio.

El separatismo es la expresión más clara y definida de esos propósitos, que pretendían retrotraer nuevamente a España «al cantonalismo de los arevacos», en frase de Menéndez y Pelayo, y la au-

(1) «Orígenes del Imperio», Marqués de Lozoya.

tonomía concedida a Cataluña, primero, y, más tarde, a Vasconia, son las manifestaciones iniciales del desmembramiento de la Patria; del desgajamiento de aquella nacionalidad, lograda con tanto esfuerzo y constancia por el genio político de los Reyes Católicos.

Pero mientras España declinaba, vencida sin lucha, abandonada a su suerte, un puñado de hombres se disponen a dar la batalla: Ramiro Ledesma es el precursor; José Antonio, el profeta; Calvo Sotelo, el vidente, que hace vibrar con sus discursos las fibras del patriotismo, soterrado a lo largo de tantas generaciones, y Franco, el Caudillo de España y de la Victoria.

RAFAEL NARBONA

DOCUMENTACION

LEGISLATIVA

Un Centro de Estudios sobre Lope de Vega

LA celebración, reciente todavía, del centenario de Lope de Vega Carpio, ha puesto más aún de resalto en el mundo culto su gigantesca figura literaria; rara ha sido, en efecto, la nación de la Hispanidad, donde, en una u otra forma, se dejara de conmemorar bien en actos y solemnidades públicos, bien en numerosos y eruditos artículos de sus revistas y periódicos. En nuestra Patria, además, la Real Academia Española tuvo la felicísima iniciativa de restaurar, a su costa, la que fué morada propia del poeta; y ha poco también que, salvado providencialmente de la barbarie roja, ha vuelto a abrirse de nuevo aquel recinto auténtico y arqueológicamente revivido por las artes de la erudición y de la arqueología. Hoy, la Casa de Lope es refugio espiritual y emotivo de cuantos se sienten fascinados por la vida y la obra del Fénix único español; pero la misma fortuna, que, contra la injuria de los siglos, logró conservarnos estos muros y reconstituir ahora aquellas estancias que vieron nacer tantas comedias inmortales, creando otra vez el ambiente que él mismo, respiró y en que ocurrió su muerte, parece aconsejarnos que tan acertada iniciativa no se detenga ahí, y que la Casa de Lope no sólo sea recuerdo mudo suyo, joya perenne y estática de la tradición española y del turismo madrileño, sino que, a la vez, pueda trocarse en aula viva, donde el espíritu inmortal del gran poeta aliente y rebulla de nuevo en torno a sus gloriosas obras.

En consideración a estas razones, y en prosecución del firme propósito del Nuevo Estado de realzar los grandes valores espirituales de nuestra Era Imperial, a propuesta del Ministerio de Educación Nacional y previa deliberación del Consejo de Ministros,

D I S P O N G O :

ARTÍCULO PRIMERO. Bajo el Patronato y dirección de la Real Academia Española, se crea un Centro de Estudios sobre Lope de Vega, que radicará en la Casa de Lope, perteneciente a la Fundación benéfico-docente García Cabrejo, constituida bajo el superior protectorado de este Ministerio.

ARTÍCULO SEGUNDO. El Centro de Estudios sobre Lope de Vega estará regido por una Junta Directiva, compuesta de un Presidente, un Secretario, un Tesorero y dos Vocales, individuos de número de la Real Academia Española y designados por el Ministerio de Educación Nacional, a propuesta de la Comisión Administrativa de la misma Academia. La Junta podrá nombrar becarios, y asociará a su labor a los investigadores y eruditos que para sus trabajos considere útiles.

ARTÍCULO TERCERO. La misión literaria del Centro de Estudios sobre Lope de Vega será, principalmente, la siguiente:

a) Reconstituir la librería del gran poeta, reuniendo en el que fué su estudio o pieza de trabajo, todas las obras que, ora por confesión suya, ora presumiblemente, poseyó en vida. Para ello, el Ministerio de Educación Nacional, por conducto del Patronato de la Biblioteca Nacional, dará las facilidades reglamentarias que procedan.

b) Formar, asimismo, en la planta baja de la Casa de Lope, una biblioteca especialista lupiana, donde se coleccionen, no sólo sus obras propias, en ediciones antiguas y modernas, sino todas cuantas, consagradas al estudio de la vida y obra del Fénix y publicadas en el mundo, sea posible allegar.

c) Continuar la publicación, actualmente interrumpida, de las

obras completas de Lope de Vega, que hace cincuenta años inició la Real Academia Española, bajo la dirección del glorioso maestro Don Marcelino Menéndez y Pelayo, haciéndolo en la misma forma y con igual aparato de estudios e ilustraciones para cada obra.

d) Contribuir a la vulgarización de la obra literaria de Lope de Vega, con ediciones manuales, populares y económicas, que pongan al alcance de todos su producción lírica y dramática.

e) Fundar una revista, donde, además de los artículos dedicados a la investigación y crítica lupianas, sea recogida toda la bibliografía referente a la literatura dramática española.

f) Abrir certámenes y concursos sobre temas relacionados con la biografía y obra literaria de Lope, y publicar las obras que en ellos sean premiadas o las que lo merezcan por otros conceptos.

g) Empezar todos aquellos otros trabajos o publicaciones que contribuyan al mejor y más profundo conocimiento de la vida y de las obras del gran dramaturgo nacional.

Para las finalidades comprendidas en los apartados anteriores, habrá de solicitarse la colaboración del Instituto Antonio de Lebrija, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

ARTÍCULO CUARTO. El Ministerio de Educación Nacional consignará anualmente, en su Presupuesto, los créditos fijos que sean necesarios para el sostenimiento del Centro y realización de la labor que, por este Decreto, se le encomienda.

Dado en Madrid, a dos de septiembre de mil novecientos cuarenta y uno.

FRANCISCO FRANCO

El Ministro de Educación Nacional,

JOSE IBAÑEZ MARTIN

*Se crea el Instituto de Antropología y Etnología
«Bernardino de Sahagún»*

LA Ley fundamental del Consejo Superior de Investigaciones Científicas afirma que «en las coyunturas más decisivas de su historia, concentró la Hispanidad sus energías espirituales para crear una cultura universal»; y es indudable, también, que en esas coyunturas y en momentos ascendentes hacia la plenitud nacional, se reserva, en el campo de las ciencias, un puesto destacado a la Etnología.

Fueron quillas hispánicas las que, surcando los mares, agrandaron la Geografía conocida y conquistaron para la Cristiandad países y continentes, ofreciendo el espectáculo de nuevos pueblos y nuevas culturas, que ampliaban, en el espacio y en el tiempo, nuestro conocimiento del hombre.

Pronto, a la sorpresa admirativa del orbe cristiana ante los descubrimientos y las hazañas de nuestros navegantes, soldados y misioneros, siguió el pleno Imperio hispánico, la observación desapasionada, la reflexión, y, con ello, la creación de una ciencia núcleo, que es obra hispánica: la Etnología, fundamentalmente española y exclusivamente católica durante los siglos.

Fray Bernardino de Sahagún, no sólo echa los cimientos de la Etnología, sino que construye, por primera vez, el edificio del método y sistema etnológicos. Los hombres de España, en todos los continentes, allegan incesantemente materiales sobre la constitución física, vida anímica y cultura social, material y artística de los nuevos pueblos; materiales que, cuidadosamente recogidos y ordenados, quedan incorporados a la nueva doctrina etnológica.

Proyectada por una curva la línea de la Etnología en España, coincide su plenitud con la de nuestra grandeza e Imperio, hasta que su florecimiento y equilibrio se rompen en el siglo XVIII, al acabar la «clásica y cristiana unidad de las ciencias».

Restablecida en hora buena esta «clásica y cristiana unidad»,

conviene que España la instaure en las ciencias del hombre que integran la Antropología y Etnografía, recogiendo los hilos que, a través de nuestros misioneros y militares, unen a España al mundo vivo de la Etnología, para reanudar, con método científico moderno, nuestra tradición y estilo, personificado por Fray Bernardino de Sahagún, en el estudio etnológico, biológico y paletnológico del hombre.

Por todo lo expuesto, a propuesta del Ministro de Educación Nacional y de acuerdo con el Consejo de Ministros,

DISPONGO :

ARTÍCULO PRIMERO. Dependiente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, se crea el Instituto «Bernardino de Sahagún», de Antropología y Etnología, en el Patronato «Marcelino Menéndez y Pelayo».

ARTÍCULO SEGUNDO. Serán funciones especiales del Instituto:

a) El estudio antropobiológico del pueblo español, tanto en el pasado como en el presente, y tanto sobre el individuo vivo como sobre su esqueleto, creándose, cuando sea oportuno, las secciones de crecimiento infantil, tipología constitucional y endocrina, hematoantropología y herencia.

b) El estudio de las costumbres, arte y creencias populares de España, Marruecos y Colonias.

ARTÍCULO TERCERO. El nuevo Instituto estará integrado por:

a) El Museo Etnológico, con sus colecciones, biblioteca y toda clase de material.

b) Las colecciones etnográficas del Museo Arqueológico Nacional, incluso las de China, Japón e India, y las existentes en Centros dependientes del Ministerio de Educación Nacional, salvo las que se refieren a América y Filipinas.

ARTÍCULO CUARTO. El personal de plantilla del Museo Etnológico pasará a prestar sus servicios en el Instituto.

ARTÍCULO QUINTO. Las consignaciones presupuestarias del antiguo Museo Antropológico pasarán al Instituto de Antropología y Etnología.

Así lo dispongo por el presente Decreto, dado en Madrid, a veintiséis de septiembre de mil novecientos cuarenta y uno.

FRANCISCO FRANCO

El Ministro de Educación Nacional,

JOSE IBÁÑEZ MARTIN

Normas para la educación política, física y deportiva en los Centros de Enseñanza

LA Ley de 6 de diciembre de 1940, en su artículo 10, determina que todos los alumnos de Primera y Segunda Enseñanza, tanto oficial como privada, formarán parte del Frente de Juventudes, bajo el principio de la obligatoriedad de la formación política de la juventud, integrada en una gran unidad nacional desde la más temprana edad.

En sus artículos séptimo y octavo, se especifican las funciones que al Frente de Juventudes están encomendadas, determinándose, en primer lugar, la educación política en el espíritu y doctrina de F. E. T. y de las J. O. N. S. La educación física y deportiva y la educación premilitar para la rama masculina, y las dos primeras, más la de iniciación en la del hogar, para la femenina.

A fin de dar cumplimiento a los citados artículos y de conformidad con lo dispuesto en el noveno de la indicada Ley:

Este Ministerio dispone:

PRIMERO. En el curso de mil novecientos cuarenta y uno al cuarenta y dos, quedarán establecidas, en todos los Centros de Primera y Segunda Enseñanza, oficial y privada, las disciplinas de Educación Política, Física y Deportiva, conforme a las normas y progra-

mas que dicte periódicamente la Delegación Nacional del Frente de Juventudes, y la de Iniciación en las enseñanzas del hogar, bajo la inspiración de la Delegación Nacional de la Sección Femenina de F. E. T. y de las J. O. N. S.

SEGUNDO. Esta formación habrá de hacerse por medio de los instructores designados por el Frente de Juventudes; mas, en tanto no sean hechas las designaciones correspondientes, los directores de los Centros de Enseñanza y los Maestros que tengan a su cargo las Escuelas, deberán llevar a efecto tal misión con personal y elementos propios, si bien ajustándose estrictamente a las normas y programas a que el número anterior hace referencia.

TERCERO. Los directores de los Centros y los Maestros se pondrán de acuerdo con las representaciones del Frente de Juventudes para la fijación del horario destinado a las referidas enseñanzas.

CUARTO. La inspección de la formación a que se hace referencia en los números anteriores y la vigilancia de las consignas del Frente de Juventudes compete, en todo caso, a éste. Y cuando se revelen inobservancias o deficiencias, el Frente de Juventudes dará cuenta a las Autoridades académicas correspondientes, a los efectos que proceda.

QUINTO. Los Centros de Primera y Segunda Enseñanza, tanto oficiales como privados, darán toda clase de facilidades para que la inspección y vigilancia del Frente de Juventudes pueda ser ejercida eficazmente.

SEXTO. Las competiciones y concursos deportivos entre Colegios y Centros de Enseñanza, sólo podrán ser organizados por las Delegaciones de Deportes del Frente de Juventudes.

SÉPTIMO. La Educación premilitar se dará de acuerdo con las normas que dicte la Milicia de F. E. T. y de las J. O. N. S.

Lo digo a VV. II. para su conocimiento y efectos.

Dios guarde a VV. II. muchos años.

Madrid, 16 de octubre de 1941.

IBAÑEZ MARTIN

Creación de diez escuelas españolas en el Extranjero

ILMO. Sr.: Habiéndose interesado por el Ministerio de Asuntos Exteriores, a fin de poder cubrir las necesidades de la Expansión Cultural de España en el Extranjero, la creación de las Escuelas genuinamente españolas, y con el deseo, por parte de este Departamento, de que los Maestros designados para regentar tales Escuelas, con arreglo a las disposiciones vigentes, puedan conservar los respectivos sueldos personales que les correspondan por su situación escalafonal, se precisa dotar del sueldo de entrada en el Magisterio a las Escuelas cuya creación se interesa, y en su consecuencia,

Este Ministerio dispone:

Que se consideren creadas, con carácter definitivo, una Escuela Nacional Unitaria de niños en cada una de las localidades siguientes:

- Una en Perpiñán (Francia).
- Una en Pau (Francia).
- Una en Lyon (Francia).
- Una en París (Francia).
- Una en Marsella (Francia).
- Una en Toulouse (Francia).
- Una en Mostaganen (Argelia).
- Una en El Biar (Argelia).
- Una en Orán (Argelia).
- Una en Argel (Argelia).

La dotación de estas plazas será la que corresponda al sueldo personal que, por su situación en el Escalafón general del Magisterio, tengan los Maestros nacionales que se designen para regentar-

las, y para la provisión de las resultas, se considerarán creadas diez nuevas plazas de Maestros nacionales, dotadas con el sueldo de 4.000 pesetas y emolumentos legales, con cargo al Capítulo 1º, Artículo 1º, Grupo 2º, Concepto 2º, del vigente Presupuesto de este Departamento.

Lo digo a V. I. para su conocimiento y efectos.

Dios guarde a V. I. muchos años.

Madrid, 5 de septiembre de 1941.

IBAÑEZ MARTIN

ESTUDIOS JURIDICOS

REVISTA DE DERECHO PUBLICO

PRECIO DEL EJEMPLAR: **6 pesetas**



ADMINISTRACION:

SERRANO, 16 ~ TELEFONO 53783
MADRID

PEDRO FÁBREGA

DICCIONARIO MODERNO
FRANCÉS . ESPAÑOL
Y ESPAÑOL - FRANCÉS

Compuesto para la juventud estudiosa de habla española.

Moderno por el método en seleccionar y registrar las palabras, se trata de un volumen en 8.^o de 708 páginas, encuadernado en tela. Es rico en locuciones y términos técnicos y facilita el estudio de ambas lenguas a pesar del número reducido de páginas. Su precio es de 25 pesetas.

Antes de hacer un pedido algo importante, pídase contra reembolso un ejemplar a

ESTABLECIMIENTOS CERÓN Y LIBRERÍA
CERVANTES, S. L.

CADIZ

LA MUNDIAL SOCIEDAD ANONIMA DE SEGUROS MADRID

Capital social: 4.000.000 suscrito

Idem id. 2.020.000 desembolsado

Seguros de Vida, Incendios, Ganado (Vida y Robo, hurto y extravío) y Robo en general.

Dirección general:

Plaza del Rey, 2. - Teléfono 21000

Suscriba

una

FICHA AZUL